Jorge Ángel Hernández

Hamartia y otros cuentos

Jorge Ángel Hernández

Hamartia y otros cuentos

Prólogo de Rogelio Riverón

Editorial Capiro
Santa Clara
CUBA
2009

Edición: Miriam Artiles Castro
Perfil de colección y diseño: Leonardo Orozco
Diagramación: Lien Cabrera González
Corrección: Rebeca Murga Vicens

© Jorge Ángel Hernández Pérez, 2009
© Sobre la presente edición:
Editorial Capiro, 2009

ISBN: 978-959-265-000-8

Editorial Capiro:
Gaveta Postal 19, Santa Clara 1, Cuba, CP: 50100
E-mail: ecapiro@cenit.cult.cu / www.cubaliteraria.com

Este libro ha sido procesado en la Empresa Gráfica de Villa Clara y el Taller Gráfico del Centro Provincial del Libro y la Literatura, en Santa Clara, en el mes de noviembre de 2009. La edición consta de 1000 ejemplares.

Algunos consejos para llegar al error

Dar los nombres tiene un término…
PAUL CELAN

La mano maldita que redacta las piezas de Hamartia y otros cuentos *parece gobernada por el espíritu de la contradicción. O es tal su maña para la duplicidad que mientras se enfrasca en concebir un texto, ironiza acerca de esa propia génesis y, lo que es peor, insinúa que el modo en que serán relatadas las cosas influye de alguna furtiva manera en lo sucedido.*

Ignoro si otros se mantienen al escribir tan al tanto de la escritura —alguien me excusará este retruécano—, pero Jorge Ángel Hernández Pérez parece demasiado consciente de que redactar ficciones es un acto que pasa por alguna que otra convención. Como sabemos que un lector verdadero —esa vana silueta— acabará por consentir la mayor parte de nuestros alegatos, no nos remuerde en demasía la necesidad de escenificar *para él con gestos que nunca llegan a resultar totalmente originales. Esa angustia —la imposibilidad de ser del todo nuevos—, que otros experimentan pesarosamente, y otros ni siquiera son capaces de*

experimentar, es en buena medida sustancia de estas piezas de hilaridad engañosa, de una tensión que no se acaba ni cuando comenzamos a reír. Conseguir ese doble efecto, esto es, la credibilidad de una historia junto con la exhibición de algunos de los más trillados recursos de efecto para armarla, es un gesto teatral y al mismo tiempo riesgoso. No basta para ello el dominio más o menos real de la teoría literaria o sobre los fenómenos de comunicación. Se precisa de un talento afinado, de un ojo alerta y de cierto desprecio por el peligro de las fútiles repeticiones.

Se dice que la hamartía*, un concepto que debemos a Aristóteles (384-322 a.C.), es un atributo de nobleza. O sea, que aunque se trate de una caída, esta es producto del error, no del desafío consciente de las leyes de Dios. Es el exceso, no la soberbia, lo que produce el traspié, como bien lo saben los seres de* Hamartia y otros cuentos*, una sucesión de estados límite manejada por la ironía y por una percepción de la cultura como escenario de conflicto y de reajustes. Los mejores cuentos de este libro están poblados por personajes incansables, quienes, para relumbre de sus desventuras, son duchos en diferir la conciencia de que no se les entiende. Si, con un espíritu recargadamente profesoral, fuésemos a indagar por su* hamartia*, quizás nos responderían que esta consiste en ser lo que son, aunque la autenticidad en que se empecinan tampoco escapa de cuestionamiento. Se trata de algo así como víctimas no tan mansas, pues en no pocas oportunidades resultan capaces de exagerar la perfidia del verdugo. De tal modo, ponen en duda las ideas demasiado estáticas acerca del ridículo, la fe, la perseverancia y el éxito.*

A propósito del ridículo, creo entender que es uno de los motivos de este libro, que se vale de algunas tácticas de tipo carnavalesco, como puede ser esa constancia desmedida, fuera de tempo *del poeta José Ramón Pérez Pita, convertido en pirata,*

probablemente por amor, en el cuento inicial de Hamartia…*; o la de Obdulio Marcos —poeta también— en «Curriculum», una breve saga en la que se responde al ridículo con desvergüenza sutil, con un apasionante sentido de la riposta. Una sentencia de Nicolai Vasilevich Gogol (1809-1852) —como se sabe, uno de los ucranianos que dieron esplendor a las letras rusas—, reza:* Los sabios se ríen temblando. *En cualquier caso, tiemblan, no porque deban poner sus barbas en remojo, sino tal vez porque han alcanzado a aprehender la condición usurera de la risa trivial y, en fin, la esencia protectora y provisoria de reír. La narrativa de Jorge Ángel Hernández Pérez suele desenvolverse sobre escenarios recargados, sobre ambientes prestos al acoso, y sin embargo termina siendo tasada con una medida más bien perversa: el humor. Humor amargo, como sugiere Gogol. Un humor de brotes lentos, cuya eclosión sabe parecer pospuesta, aun cuando la sepamos inevitable. Es preciso resaltar además, que sus procedimientos no pasan por alto esa otra zona de conflicto que algunos escritores no han aprendido a manejar del todo: el lenguaje. Tan incisivo como las situaciones de absurdo e impaciencia que nublan las vidas de los personajes de* Hamartia… *es el lenguaje que los perfila. Todos los narradores de este libro —puesto que, como se sabe, el narrador es esa convención que filtra los posibles desplantes del autor; que al manifestarse autónoma rubrica en buena medida el pacto estético con quien viene a leer— son capaces de hacer del lenguaje otro gran momento de tensión. Las palabras, como suele decirse, no están para ser lanzadas sobre la página a como dé lugar. Por otra parte, narrar no estriba precisamente en* subir *a un lenguaje adecuado, o correcto, o actual. Esas ambigüedades, a solas y de conjunto —lo mismo da—, tienden a una neutralidad degradante. Fiel a su inclinación paródica, a sus ademanes carnavalescos, el lenguaje de* Hamartia… *escenifica un simulacro tras otro y en*

ocasiones juguetea de tal modo con ciertos lugares comunes, que supera el mero gesto reproductor. La sensación de encierro de una pieza como «El dulce aroma de la postmodernidad» proviene en buena medida del léxico a propósito anguloso, enrarecido como la atmósfera de los cubículos para fumadores. Una especie de saga a través del sueño lleva a un individuo a experimentar una metamorfosis. En este cuento el discurso en primera persona de lo que solo por hábito llamaremos «protagonista», y su polémica con algunos amigos, alternan con comentarios del narrador, quien pone un énfasis palmario en la teatralidad de las expresiones que a él le parecen ampulosas. Lo inquietante es que el narrador subraya ese doblez con no menos altisonancia, como si quisiera llamar la atención sobre sí mismo. La consumación del absurdo se produce entonces en el propio lenguaje, o se complementa con él, pero el efecto más importante para algunos lectores tal vez se manifieste en forma de pregunta. ¿Es tan fácil medir el efecto de la retórica? ¿No es retórica la forma en que nos explicamos el arte, la cultura, e incluso el comportamiento propio? ¿No es la retórica un fenómeno intrínsecamente hipócrita? Por otra parte, y para presentarlo con el léxico del mal periodismo, ¿es la originalidad extrema una práctica sana*?*

Claro que el absurdo en Hamartia y otros cuentos *puede ser leído también con mayor apego a lo cotidiano, aunque imaginar que estas piezas se limitan a exponer de manera solazada una ristra de las mezquindades que acechan al talento (o al deseo, o a lo que suponemos nuestras pertenencias), acabará siendo una postura transitoria. Jorge Ángel Hernández Pérez es un ser de profundas ironías. En «Los graduados de Kafka», por ejemplo, tiene el tino de «regular» el absurdo mediante una suerte de cociente lírico, de lo que se deriva un lenguaje aparentemente sereno, aunque incluso aquí, con pensamiento dúctil y tiempo para alguna*

que otra metáfora, se desdibuja un panorama cuyos referentes son la voluntad que se agota, el poder y la pérdida del deseo de originalidad. El pertinente grado de abstracción de este cuento —una malediciente semblanza del esquematismo y del miedo a lo raro— lo convierte en uno de los más agudos del libro.

La percepción emblemática y de todas formas cuestionadora de ese problema: la literatura, es una noción extendida por casi todas las piezas de Hamartia y otros cuentos. *Los escritores de Jorge Ángel Hernández Pérez parecen siempre metidos en camisa de once varas, pero alcanzan a* significar *más allá de esas angustias gremiales en las que encallan otros cuentos de tema similar. En «Predicciones» —un texto capaz de recordarme algunos recodos de* El Maestro y Margarita*, la famosa novela en la que el ucraniano Mijail Afanasievich Bulgakov (1891-1940) trabajó durante más de la mitad de su vida— hay un bien tramado juego con el tema del mal, lo inevitable, la pequeñez y los esfuerzos vanos. Para mantener la fidelidad a la más visible recurrencia de su libro, Hernández Pérez retoza además con la incertidumbre de ser o no ser, de ser hombre o de ser —aun sin saberlo— personaje. Una de las piezas más sólidas de su libro es, según lo que entiendo por ese ambiente que brota de una serie de cuentos operando entre sí, «En el principio fue el trabajo», colocado a pocas páginas del final. Un guarda relata la forma en que, para apurar el paso de las noches, se convirtió en contador de parábolas. Lo que empezó como un ejercicio monótono cobra una potencia tan vasta, que pone en peligro al fabulador. Su alegato, que se demora en su propia* toma de conciencia *y no desaprovecha ni por un instante el punto de vista mordaz, es a la vez una aguda reflexión acerca de los riesgos, de la presunta categoría y de los beneficios de la literatura. Como verás, el testimonio del gran cuentero —pues hasta él se desplaza, por supuesto, el espíritu del*

muy villareño Juan Candela— es apuntalado por declaraciones de sus adoctrinados, una estratagema que, debo admitirlo, me parece innecesaria, ya que la energía fluyente del discurso principal no precisa de más explicaciones. Pero mis balanceos en el sillón de lector no tienen verdaderamente nada que objetarle a las tácticas de H. P.

Incluso aquellos cuentos que no se acogen de lleno al ambiente de los escritores o de los creadores en general —no olvidemos que esta edición tiene su origen en Hamartia *(Editorial Capiro, 1995), ganador del Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara un año antes— están poblados por adictos a la idea de la existencia como puesta en escena. La vida no será* un divino guión*, pero parece inevitable interpretarla según algunos símbolos que de tanto proliferar se vuelven trillados. O maquinales, aunque no pierden la pertinencia. «Los amantes de Pompeya» es un relato en el que se alude a esos mitos que los libros o los medios de comunicación han ido dejando entre nosotros. Es, de alguna manera,* otro cuento fatal*, cuyos protagonistas se aprestan a ser juzgados por una cultura tal vez sedimentada. Tienen una rara fe —rara y casi seguro inservible— en las conclusiones altisonantes, o más bien sentenciosas, y practican una irreverencia melancólica. Uno de ellos afirma aceptar* el esplendor de la historieta mejor que la farsa del poema*, pero lo hace acaso nostálgicamente, evocando los tiempos en que soñaba lo contrario.*

Pasar de seis cuentos en el Hamartia *clásico —algún lector esperará que ese* clásico *sea una broma; algún otro lo sopesará— a diecinueve en la presente edición, no ha de ser visto como una elemental aptitud antológica. Si uno suele esperar que con los años aumenten los poderes persuasivos de un escritor, ello no se produce de forma espontánea.* Hamartia y otros cuentos *no se queda en un recorrido más o menos esperado por las ficciones que ha conseguido sumar, en unos tres lustros, Jorge Ángel Hernández*

Pérez. Este libro, por el contrario, consigue vibrar como un cuerpo autónomo, pues recoloca con precisión y con donosura algunos problemas que —dicho sea como al desgaire— acechan desde otros géneros caros a su autor. Aun cuando, como repitió Jorge Luis Borges (1899-1986), el único tema sea el hombre, el recorrido por esa condición es tan vasto que sobran las páginas garabateadas con el único fin de patentizar que conseguir la meta con un poco de lucidez, resulta algo quimérico. Al principio de estas notas jugué con un postulado un tanto nebuloso, según el cual el modo en que serán relatadas las cosas mediará de alguna furtiva manera en lo sucedido. La idea, como se sabe, ha sido manipulada por el propio Borges, así como por José Lezama Lima (1910-1976) y —probablemente— por el poeta Ossip Mandelstam (1891-1838), entre otros. Pudiera resultar un bramido más desde la ironía, pero los libros como Hamartia y otros cuentos*, por donde vagan seres tan pendientes de la forma en que serán puestos en juego, nos recuerdan que la literatura verdadera nos involucra peligrosamente en nuestra propia existencia.*

Rogelio Riverón
La Habana, octubre de 2009

El paciente espejo del pirata José Ramón Pérez Pita

—Ana Cecilia... de la Rosa —respondió ante la mirada de tonto del pirata.

Podía haber agregado otros nombres, con la correspondiente hilera de ilustres apellidos, pero había comprendido en el impulso que las tres primeras letras hubieran satisfecho al interrogador, pasmado ante el cuerpo desnudo, turgente, irresistible como una aparición. La sorpresa, dueña de la situación, irónica hasta el colmo del desprecio, dejó que se adentrara aún más en su ridículo.

—Ni un movimiento en falso, ni una trampa, ni el más mínimo intento de gritar —advirtió, con fuerza maquinal en el tono de la voz, inconsciente de su función previsora en el diálogo radial.

Ana Cecilia, sorprendida más por la actitud del asaltante, tan terrible en su aspecto, que por la repentina presencia, no intentó cubrirse, ni siquiera con ese absurdo gesto femenino de cruzar los antebrazos por encima de los senos. Asintió casi imperceptiblemente, ajena a

toda razón que pudiera provocar tantas amenazas y medidas preventivas. Segura de sí estuvo desde el inicio, pero la intranquilidad emocional de aquel pirata, delatado por la humilde actitud que lo hostigaba debajo de tanta autoridad convencional, comenzaba a inquietarla, a incitarla a tirar de las sábanas y cubrir su cuerpo, o al menos a hacer un gesto ligeramente protector. (No era de esperar que la sorpresa cediera su terreno fácilmente).

Con firme voz de mando y diáfano tono de imbatible autoridad, el temible asaltante le informó:

—Desde este momento forma usted parte del botín.

Sorprendida realmente, la muchacha optó por arrancar de un tirón la tela de las sábanas y cubrirse con un giro del cuerpo. En sus planes no estaba semejante destino. Desde antes supo del ataque, previó las zonas de saqueo y escogió el lugar y la forma en que sería descubierta. La confesión de una amiga de su madre, con quien había trabado una secreta amistad, y sus instintos personales aún sin estrenar, habían limpiado de riesgos la ocasión. Se entregaría al pirata con fingida resistencia, como si se dejara llevar por el terror inmediato. Pasado el tiempo del primer suceso, decidiría si emprender una actitud de cómplice. Así, le advirtió la pícara amiga de su madre, podría repetir las emociones sin quedar a merced de habladurías de villorrio. Pero, pasar a ser parte del botín pirata, era un asunto para el que no se había preparado. Sabía que el violador desconocido podría ser un hombre despreciable, desfigurado, maloliente acaso; se había decidido consciente de que se arriesgaba a insospechados maltratos aun cuando era conocido que la piratería gozaba de una fama de crueldad exagerada y

que sus relaciones con los habitantes de la villa y de los caseríos armonizaban a la perfección. Para sus fines bastaba la emoción, con que el aparecido (o los aparecidos) tuviera una verga que mirar y conocer, un miembro que la penetrara y que arrastrara en su empuje el cosquilleo irresistible que alteraba sus noches. El gesto de cubrirse, la timidez repentina, que ahogaban la indemne postura de su desnudez, devolvieron al aturdido agresor la confianza en sí mismo.

—Y no tienes nada que temer —susurró.

Se acercó sin dejar de mirarle a los ojos, profundamente, casi en éxtasis. Con movimientos viriles, pero amables, acarició su rostro, rozó las apacibles mejillas con su cara curtida por el mar y abrió el manto que debía servir de protección. El cuerpo desnudo brincó hacia él con decisión y las manos diminutas palparon con ávido interés la fuerza de los músculos.

Los consejos de la amiga secreta, un tumulto sin tino en su recuerdo, perdieron su papel de lección y el instinto condujo cada uno de sus gestos. Era su hamartia —única tal vez, desconocida sin duda para ella—: su hamartia. Buscaba el cuerpo desnudo debajo de las ropas; echaba abajo el camisón, los pantalones rasgados, los zapatos: quería sentir en su cuerpo cada centímetro de la piel de aquel hombre, quería saber cómo un amante se entregaba palmo a palmo hasta quedar indefenso y sin botín. El riesgo parecía bien resarcido. La suerte le entregaba a un hombre fuerte, imponente, que alentaba en ella una seguridad inclaudicable, un ansia creciente de atrapar todo cuanto se había ocultado a su imaginación. Sería una inspiración, o quizás fuera también un

empleo inconscientemente precursor de la paronomasia que García Márquez llevaría hasta el delirio, pero Ana Cecilia de la Rosa María Lutgarda Segunda Jiménez de Quesada (y algunos apellidos más) llevaba en la sangre la habilidad para hacer el amor con magia de ardiente meretriz y candor de sutil adolescente. Rendido ante la actitud de la joven, que no cesaba de palpar, de probar el sabor de cada músculo, de intentar apresar el misterio del sexo que la había hecho llorar durante meses su ignorancia, el pirata quiso jurarle amor eterno, confesarle que nunca en su vida de amante y violador había sido tan inmenso el empuje de la habilidad y alguna que otra frase galante que le permitiera disminuir la evidencia casi vergonzosa de su derrota. Pero, como estaba hecho para rudos abordajes y mañosas transacciones, le recordó que era parte del botín y que pondría su vida en serio peligro si intentaba escaparse.

—Mi nombre de verdad es Sebastián, pero me dicen el Tajo —dijo mientras ella se vestía lentamente, recuperada en toda su confianza, aunque tal vez un tanto alterada por la curiosidad.

Una mujer así, pensó él, sin dejar de mirarla, es lo más grande que puede pedírsele a la Virgen.

Así fue como Ana Cecilia Jiménez de Quesada (para resumir) pasó a ser parte de un botín pirata y alteró el curso existencial de toda la tripulación, de su ilustre familia y del inspirado habitante de la villa, José Ramón Pérez Pita.

El Tajo había levantado la admiración de todos los marinos. Sabían que un hombre solo no puede regresar cargado de despojos y, además, con una prisionera en la

que no se advierten huellas de maltrato. Lo del rapto no era más que un pretexto para conseguir que respetaran el ingreso de la joven al barco. Tal vez fuera la reacción del capitán al mirar esos ojos o que cada uno logró captar esa mirada por un instante o quizá el balance de la intriga entre una situación y otra; cuestiones todas que los piratas, poco versados en el análisis del relato, prefieren no apuntar. Lo cierto es que Ana Cecilia subió sin contratiempos, sin advertencias ni plazos que reglamentaran su estancia. A bordo, sintió que nada había aprendido de ese misterio que pretendía desentrañar, que la aparente magnitud del imprevisto no era más que un pálido comienzo, un punto de partida en la infinita carrera que debía esperarla. Sobre las mantas rugosas donde habían hecho el amor hasta el agotamiento, Sebastián, *el Tajo*, escuchó las palabras que rompían, sin lugar a inmediatos forzamientos, su compromiso y supo, en medio de divinas caricias y con toda la solemnidad de una figura retórica ya hecha, que ella se sentía libre y ansiosa por hacer el amor con otros hombres. No es que la usaran ni que alquilaran su cuerpo como lo hacían con algunas mujeres en los puertos, sino que ella se hacía conquistar. No podía deslumbrarse ante el oro atesorado, las telas o las joyas, porque todo ese lujo le había sido familiar desde la infancia. No podía impresionarla la seguridad en el mando del joven capitán, porque ella había visto a su padre tratar con militares y monteros. Se maravillaba solo ante al ansia de sexo que brotaba de aquellos que se le acercaban, ante el esfuerzo que hacían por conquistarla y ganarle en la lucha que se abría entre los cuerpos. Unos y otros conservarían como trofeo en su memoria

haberla iniciado en este o aquel recurso del amor, pero todos ellos llegaban a saber que ella habría de derrotarlos una vez que su instinto aprehendiera la lección. Mantas, velámenes, tablas rasas, banquillos, rollos de soga, la línea de cubierta y el para el caso muy cómodo lecho del capitán, se empaparon con el sudor de su cuerpo desnudo y se impregnaron del olor que brotaba en sus orgasmos. Quería saber; sentía que un lenguaje muy hondo la esperaba más allá de ese misterio inextinguible; que entregarse a las caricias de un hombre era algo más que un rito, más que un placer, más que un momento de amable concesión. Y aprendió que no hay hombre perfecto así como tampoco hay hombre totalmente inútil para las lides amatorias. Aun cuando cada uno de ellos le entregara lo mejor de sí, nada sería si no sentía a la vez lo mejor de aquellos que antes se le habían entregado y de aquellos que imaginaba recibir.

Los piratas no podían entender tamañas sutilezas y acaso ella misma no sabía organizar el porqué de su búsqueda y la razón de su apetito. No sabía, a fin de cuentas, que era el peso de su hamartia el que empujaba sus ansias y horadaba la lógica.

Así comenzaron las revueltas, asesinatos y rencores. Las viejas rencillas afloraron bajo el disfraz de la rivalidad. Una antigua deuda entre los dos vigías, contraída en el final de una partida de dados, supuestamente saldada en el olvido, tintineó moneda por moneda, puño por puño, después de porfiar desesperadamente que la muchacha los miraba con algo de favor. El pirata más joven de la tripulación humilló a su protector llamándole cáncamo gastado, inútil y tirano, y recordando

en público que él salvara su vida en un momento de peligro. Panakis, el griego lector del lenguaje que hablaban las estrellas, descubrió, a despecho de su siempre fiel Sachidis, que en la línea de Venus él era el sátiro más privilegiado. El contramaestre, quien soñaba llegar a capitán, multiplicaba las órdenes para que la constante ocupación no les permitiera rondar a Ana Cecilia. El propio capitán hundió la daga en el estómago de su amigo el escribano, a quien había rescatado de una condena por falsificación, al descubrir, oh cuervos criados, que ese joven consumía su turno cuando él se rendía en el cansancio. Y así, hasta agotar tantas y tantas hipérboles de sexo y de violencia.

El mañoso Sebastián el Tajo, reconocido cada vez menos como el ariete quebrador de la santificada Ana Cecilia, propuso la idea del rescate. Sí, lanzarse a alta mar con semejante manzana de la discordia arriesgaba la vida de cada uno de los tripulantes, el capitán lo comprendió, no sin un molesto sentimiento de culpa, no sin la incomodidad de aquel que ejecuta una orden que no siente, asunto más que opuesto al arquetipo de valor de los piratas. Pero el sentido práctico se impuso al influjo romántico (aún fuera de época) y Sebastián el Tajo, el hábil negociador, fue enviado a la costa en secreta misión o, más bien, aparentemente abandonado en una escaramuza.

No fue difícil hacer las conexiones y comenzar las demandas.

El señor Jiménez de Quesada había tenido la prudencia de no armar aspavientos y el aplomo y la energía suficientes para neutralizar a su esposa. Esperaba, impaciente

ya por la demora, el arribo de una embajada solicitando un alto rescate que podía disminuirse en ligeros regateos. Sabía que no dañarían a alguien que podría proporcionarles una buena recompensa, aunque el tiempo habitual en el que se iniciaban las negociaciones había sido consumido. Sorprendido ante lo ínfimo de la demanda, aceptó el precio en el momento, sin suspicacias y sin regatear. De más está decir que el Tajo le juró que la integridad de su hija había sido respetada hasta en sus más mínimos detalles y que el trato al que había sido sometida no comprendía nada que la hubiese contrariado, lo cual era por completo cierto. Y advirtió que por lógicas cuestiones de seguridad, el lugar del canje y los detalles relacionados con el procedimiento no serían revelados hasta el último instante.

Ana Cecilia era la única hembra —por suerte, decía su padre— de una familia de cuatro hermanos. El mayor, de quien no tenían noticias hacía más de dos años, había tomado un barco en el puerto habanero, supuestamente rumbo a Canarias, después de haber sufrido una decepción amorosa. El siguiente, cuatro años mayor que ella, había partido apenas un mes antes, para buscar a su hermano, desde Puerto Príncipe. El menor era aún un niño y no tenía conciencia de las responsabilidades y peligros que acechaban a quien era raptado por los piratas. Más bien le parecía interesante la aventura y le admiraba saber a su hermana en ese lance. No fue, como su padre lo solicitara, nada discreto. En menos de un día el suceso fue noticia en la villa. El señor Jiménez de Quesada desmintió todas las versiones y explicó las causas del increíble viaje que la había alejado.

Parecía buen filón para la sátira: también la única hembra se marchaba, repentinamente; información que proporcionaba el otras veces arisco cabeza de familia. Esta vez la hablilla popular no reclamaba un viaje, sino que manejaba la posibilidad de un rapto.

Fuése en prisión de piratas,
tras innumerables penas,
a sufrir por las cadenas
que amarraron a sus patas.
Digan las lenguas sensatas
que hubo recia castidad,
pues cuentan que la verdad
nadie en sus manos ajusta;
porque, si canta la fusta,
¿quién pone contrariedad?

Este era el tono de la copla popular, el golpe de la décima, vasija en que el cubano vertía sus humores, acentuado en la medida en que la espera dibujaba una franja de temor en el rostro del hermano menor de Ana Cecilia, quien había dejado ya sus secretas revelaciones, no solo porque quedaran pocas personas a quien no se había confiado, sino porque comprendía que su madre había comenzado a consumirse.

No todo podía ser sufrimiento familiar y burla colectiva.

José Ramón Pérez Pita, el menor de los hijos del colono sospechosamente arruinado Ramón Ramón Pérez Pérez, a quien prepararan durante un largo período para funciones clericales con aceptables progresos, sufría

heroicamente la situación del rapto. El heroísmo no radicaba en que hubiera formado una partida de valientes para enfrentar a las huestes de ese capitán Laferté que asaltara la villa, ni en clamar al Señor con dramatismo de místico orador, ni en imponerse penitencias, sino en su llanto solitario, en su estoico padecer, que iba dejando páginas de inspirada épica relacionadas con el suceso. José Ramón había renunciado a su familia un año antes, cuando su padre, declarado en deuda absoluta y bajo temor de ser acusado de traición a su Majestad, abandonó la villa con rumbo desconocido y sin enterar ni a su amigo el capellán, de quien tenía inconfesables sospechas. Los motivos que lo hicieron quedarse no eran conocidos más que por el propio Pérez Pita. Al señor Jiménez de Quesada en persona había suplicado un empleo en su finca hasta obtener, más por cansancio que por convicción, un puesto de porquerizo que le pagaban con la comida y alguna ropa. Había sobrepasado todas las expectativas en su desempeño. Su capacidad para el trabajo se hacía notar gracias a esas motivaciones secretas que lo retuvieran en la villa: un amor infinito, no confesado ni al Señor, por Ana Cecilia de la Rosa María Lutgarda Segunda Jiménez de Quesada y Ayala (para no continuar).

Como era común tomarlo por un poco lelo, gracias a su afición por la lectura, su desinterés por los asuntos materiales y su actitud distraída, era difícil sospechar el verdadero fondo de sus intenciones y, menos aún, relacionar las noticias sobre el rapto con su repentina enfermedad. Gracias al empleo contemplaba diariamente, al menos una vez, al objeto secreto de su amor. Desempeñaba sus

funciones con notable perfección, presto siempre, feliz por su destino. Y a la luz del candil de las noches de calor, en el rancho vara-en-tierra que le habían permitido conservar de las propiedades de su padre, rasgaba uno que otro verso inspirado en la belleza de la joven. La idea del rapto, saber que semejante beldad, la más bella entre las bellas, temblaba a merced de sanguinarios piratas, había caído como una enorme peña en su pecho. Enfermó de repente. Entre incesantes vómitos y estados febriles totalmente desordenados, se vio redactando un poema que haría temblar de envidia al propio Alonso de Ercilla. En octavas reales, con versos candentes y llenos de tensión dramática, rematados en rimas que hacían fluir el discurso como un manso arroyo, narraba la mordaz captura, la feroz resistencia, la vileza del plan, el valor de la familia y los vecinos de la villa. Por último, con mucha discreción, la mención de los versos de un humilde poeta consumido de amor por tan bella actitud y tanta firmeza en mantener la castidad. Contrastaban los rostros ahítos de maldad de los piratas con la belleza hechizante de la pobre indefensa, la lujuria insaciable y repulsiva de los hombres con el candor y la inocencia de la joven, el olor nauseabundo del camarote que servía de prisión con el aire fresco y añorado de los bosques, la visión sucia y miserable del interior del barco con el grato esplendor de la campiña, los fantasmas errantes en las noches de fuegos de San Telmo con el brillo infinito de las estrellas en el campo, y la vulgaridad infamante de las coplas y décimas que en envidiosas voces circulaban con la sublime devoción de quien llevado por el amor podía escribir.

La inestimable inspiración de José Ramón Pérez Pita lo llevaba a escribir verso tras verso sin que la náusea, el fuego arrullador pero abrasante de la fiebre o los esporádicos vómitos, lograran cortar su torrente creativo. Podía decirse que estos inconvenientes se convertían en alimento, si no fuera una frase tan pueril. Con el título, que había encontrado tras la última línea, cesó la enfermedad. Con mirada ya libre de estrabismo febril, el poeta enamorado, devenido cantor épico, leyó por primera vez su propio texto. Según las normas del estilo, faltaba al poema la distinción que siempre concede la mitología y era de lamentar tanta fauna criolla y frases carentes de elegancia retórica, así como el exceso de tropos lexicalizados por el habla común. Esta fue la opinión de Jiménez de Quesada, convencido de que su loco porquerizo no se marcharía hasta que él no repasara el texto. Pérez Pita coincidió plenamente. Iba a mostrarse dispuesto a emprender las enmiendas, cuando la amable voz del padre de su Ana Cecilia se interpuso para prometerle que haría lo posible por dar curso al asunto. Jiménez sabía que no hay nada como dar esperanzas para ganar tiempo.

—Vaya tranquilo a su trabajo, que le avisaré —le aconsejó, palmeándole en los hombros. Y, antes de verlo marchar—: Y pronto, más de lo que usted imagina.

Para José Ramón Pérez Pita, el tiempo se dividía en momentos de contemplar a Ana Cecilia y momentos en que soñaba verla, y se medía en dos formas ajustadas a tales requisitos. Por eso había decidido titular su poema *Espejo de la paciencia*, aunque, llamado a reflexión, lo sustituyó por *Espejo de la paciencia y castidad de Ana Cecilia*

de la Rosa María Lutgarda Segunda Jiménez de Quesada y Ayala Ramos de Balboa, que a Helena de Troya ha superado. Marchóse, eso sí, contento y muy esperanzado.

Glorificar a un ser tan puro es lo más grande que los dioses pudieran conceder, pensó mientras regresaba a los corrales.

Si será imbécil, se decía al mismo tiempo el ya desesperado padre de Ana Cecilia. Dar el poema a la publicidad, lo sabía y mascullaba una y otra vez la maldición, significaba poner al corriente del rapto hasta al mismísimo gato de la villa.

Se disponía a lanzar el manuscrito al fuego justo cuando, casualidad del arte, aparecieron las señales de Sebastián el Tajo. Delegó la encomienda en una de sus esclavas y se dispuso para la entrevista.

Sabemos ya que, sin regatear, aceptó el precio del rescate y prometió no mezclar a las autoridades. Desconocemos, sin embargo, qué decidió hacer con el ya peligroso porquerizo en su recién revelada condición de autor, ni qué hizo la esclava con el manuscrito, redactado en menos de tres días del mes de septiembre de 1599, en la villa de San Juan de los Remedios del Cayo.

¿Qué hace la esclava cuando le entregan al pequeño heredero que su padre ha maldecido gracias a la profecía? Compadecida, lo coloca en una canasta y lo deja a su suerte en algún río. El niño es adoptado: la profecía se cumple. La esclava a quien se le había dado la orden de echar el manuscrito al fuego no andaba muy bien en cultura clásica y, en cambio, sabía con quemante exactitud que desobedecer al amo podía marcar rostro y espalda para el resto de sus días. Sin detenerse a mirar los

rasgos apretados de la letra, que no hubiera entendido, tiró a la hoguera un cuaderno al que no concedía ningún valor histórico, ético o filológico.

Con José Ramón sucedería algo más acuñado por la tradición: el padre, preocupado por el futuro de su hija, da de beber al intruso en la copa del olvido y lo envía a un viaje de placer y negocios. La única condición impuesta a los piratas por el señor Jiménez de Quesada fue incluir en el botín a su inspirado porquerizo. Saber que justo por él sería cambiada la divina Ana Cecilia, lo hizo experimentar la mayor felicidad del mundo y aceptar sin poner la más mínima atención a esos engorrosos detalles sobre planes futuros de rescate, fortuna y gloria terrenal que el amable señor, pluguiera al cielo que futuro suegro, intentaba explicarle.

Nada más simple para un señor de buen nombre que un negocio con una partida de piratas. José Ramón Pérez Pita subió al barco bajo el éxtasis total de la visión de Ana Cecilia, más limpia después de su agónica firmeza. Fue aceptado con maliciosa duda, que oscilaba entre tomarlo como sustitutivo (aunque nunca sería igual) o arrojarlo por la borda apenas llegaran a alta mar. Los marineros, guiados por el Tajo, cargaron el pequeño rescate. Ana Cecilia volvió junto a su padre sin nada que lamentar, dócil y dispuesta a acatar cualquier condición que su familia le impusiera, convencida de que, aun bajo su intensa aplicación, nunca podría conocerlo todo de ese lenguaje que aprendía.

Tal vez la devoción del poeta por la joven —ella era, en esos momentos, la figura principal e indiscutible del altar pirata— o quizás lo divertido que resultó a los

marineros (no confundir: sabía el texto del poema de memoria y podía recitarlo a petición, inmutable ante el estruendo de las carcajadas) o a lo mejor porque podía asumir las funciones vacantes del escribano, algo brilló en su suerte y permitió que lo aceptasen al menos hasta llegar a puerto.

La vida en el mar no le hizo perder su devoción, su amor para entonces confesado a todo el mundo, pero sí curtió su piel, tostó sus músculos y le infundió un apetito animal por la hembra, sin identidad ni formas, que nunca antes había reconocido y que le hubiera permitido con tanta posibilidad conseguir la unión que regía su quimera. Aprendió a manejar las armas blancas y a preparar las cargas exactas para las armas explosivas y, sobre todo, a ser un ayudante imprescindible para el capitán. Hasta que un día, tras abordar un galeón rumbo a Santo Domingo, descubrió entre las prisioneras el rostro inolvidable de Ana Cecilia. La tomó de la mano —separándola de su aterrado esposo, novato en nupcias y abordajes— con la decisión de un marinero endurecido por la vida. Ella se dejó llevar anhelando esa hambre sexual que adivinaba y presintiendo, además, que su lenguaje estaba a punto de comprender desconocidas estructuras.

Dispuso libremente y por derecho indiscutible del camarote del capitán.

Sobre la cama que su antecesor vigilara, oprimido por la exaltación, se entregó a un amor torpe, inhábil, empañado por la seguridad de su pareja, aun cuando sus instintos vibraban de necesidad. Y, cuando hubo vencido el sobresalto, sintió el olor de los corrales que nunca había notado, que apenas recordaba; lloró la humillación

de su familia y se cagó en la madre del señor Jiménez de Quesada. Descubrió que eran ciertas las historias que hacían los piratas y que ninguna de las hazañas contadas podía superar la realidad palpable de esa mujer nacida para hacer el amor (conservaba su aire petrarquista, aunque era de esperar que un algo voltaireano comenzara su efecto en ese instante y cruzara los mares, rumbo a Europa).

Ana Cecilia regresó llorando a los brazos de su esposo, quien optaría por la discreción. Ni fingía con el llanto ni en su interior se sentía decepcionada. Había reconocido su impotencia para ganar en la lucha a ese hombre que hubiera muerto por tenerla y en cuya mente se agolpaban las más audaces acrobacias de la cópula, llenas de espléndida lujuria y dúctil maestría. Había enfrentado su primera derrota —y la última, porque nada podría vencerla después de conocer la táctica—. Comprendió, mientras sollozaba en el hombro de su esposo, que eran esas las nuevas estructuras que acudían a su lenguaje y que nada podía destruirla si, en lugar de enfrentarlas, las sumaba. Y ese llanto, esa actitud indefensa de la joven concedió un profundo respeto hacia el pirata José Ramón Pérez Pita y apagó las búsquedas de mitos que ceñían su leyenda.

Pero el poeta porquerizo, que había renunciado a su familia, prefirió no salir a recoger las prebendas de la fama y pidió autorización al capitán para encerrarse, decepcionado por los crueles espejismos de este mundo. Del encierro brotó, primero lenta, rítmica después, vertiginosa al fin, una obra repleta de engaños, picardías, traquimañas y sucios personajes; una obra que asesinaba al poeta ya definitivamente.

Sin el más mínimo desdén, sin sombra de desgarramiento, la abandonó a su suerte en un barril, en alta mar. Como en la vez anterior, la tituló una vez terminada y releída: *Reverso de la imagen que el Espejo de la paciencia muestra*. Supo, sin remedio y al instante, que tanto pillo, tanto tramposo y tanta deslealtad, no estaban conformes con las normas del estilo. Era el arma terrible de la burla, sobre la que solo el destino podía decidir (lo que sí se acercaba a la costumbre clásica). Tal vez llevado por un rapto de modestia, en el último instante atribuyó el manuscrito a un tal Doctor Ralph, alemán que lo había compuesto a partir de las notas del francés Arauet quien, a su vez, había contado con la colaboración del patagonio J. Borges.

No cobró el precio del rescate por los diez prisioneros, pero sí aceptó los regalos del capitán Laferté y su proposición de continuar siendo su ayudante personal. El pirata nacía definitivamente de las ruinas de un poeta.

Y una tarde de invierno de 1603, en las Tortugas, pasado de tragos y con la lengua suelta, se atrevió a aconsejar al capitán Gilberto Girón, amigo personal de Laferté:

—Si prepara un rapto, no escoja una mujer, mucho menos si es joven. Búsquese un cura. —Y, tras un trago que ya no toleraba—: Un obispo: es lo mejor.

Curriculum

Acodado en su mesa de trabajo, el joven poeta Obdulio Marcos creyó haber encontrado una síntesis de tendencias artísticas en la convocatoria para el concurso municipal «Palma Cana». Mimeografiada en tinta azul, ofrecía un aire barroco en entrelíneas, aunque podía tornarse impresionista, de acuerdo con la maestría empleada para distribuir los caracteres a lo largo del papel. Lo sedujo la idea de contemplar la hoja, adentrarse en la marcada exuberancia de figuras y descubrir sus infinitas sugerencias. Necesitaba descifrar el texto. Recordó viejas lecturas policiales, mensajes, asuntos de espionaje. ¿Cuál sería la clave del cifrado? Su habilidad condicionada para enfrentar aquello que —aparentemente— amenazaba con convertirse en género literario, le permitió poseer una idea general apenas rebasada la tercera lectura. Inspirado en algún aniversario de indudable relevancia, y apoyado por un sinnúmero de organismos y organizaciones, se concursaría con un poemario inédito —como todos los suyos, pensó— y se ofrecía como premio, además

de una cifra económica, la publicación de la obra. La oportunidad parecía única; calva o no, tendría que aprovecharla.

Al dorso de la hoja, medida preventiva, anotó sus transcripciones de las bases fundamentales mientras se preguntaba cómo titular su poemario. Suponía que más del cincuenta por ciento de los libros que asistían a concursos eran rechazados por no llevar buen título; que más del cincuenta por ciento del por ciento restante se malograba por falta de un buen nombre de autor; que más del cincuenta por ciento de ese otro por ciento fracasaba por no comenzar con un poema impresionante, y que solo ese mínimo por ciento que parecía sobrevivir se frustraba por la baja calidad de la obra.

Sus reflexiones se cortaron mientras revisaba el quinto requisito. Decidió copiarlo, palabra por palabra, para sacar propias y desprejuiciadas conclusiones.

De su puño y letra, encontró el siguiente texto:

5. Los trabajos deben ser anónimos y estarán firmados por un anónimo que identificará a la obra y, en sobre aparte, identificado por dicho anónimo, se consignarán los datos del autor.

Creer o no creer. Los trabajos debían ser anónimos: ¿El Cantar de las Huestes de Igor, el del Mio Cid, el de los Nibelungos…? Y firmados *por un anónimo*: ¿Utilizaría algo como: CUÍDESE, LO PERSIGUE EL MONSTRUO; o ABANDONE A MI ESPOSA, O LE PESARÁ (LO DIGO POR EXPERIENCIA)?

Y en sobre aparte, datos del autor. ¿Probaban su capacidad para resolver enigmas insolubles? ¿Datos de un autor anónimo? Un laberinto que hubiera envidiado el propio Minos.

Obdulio Marcos no era un poeta que se dejara amedrentar por reminiscencias shakesperianas y, menos aún, por acertijos policiales. Lo mejor sería enviar su último poemario —inédito, desde luego— identificarlo con un seudónimo y, en el solicitado sobre aparte, insertar datos personales. Le apasionaban los concursos. No medraba en él que fuera conocido en el mundillo literario como El Eterno Mencionado. Lo complacía encontrar su nombre en las relaciones, siempre largas. Allí estaba su especialidad, su concurso ideal sería aquel en que se otorgara una mención y cuantos premios el jurado estimase conveniente. Aún conservaba la euforia de uno de los momentos más felices de su vida —apenas dos semanas antes— cuando, oficialmente, le comunicaron que había sido mencionado en el concurso «29 de Febrero» por su poemario *Nuestros años bisiestos*. Una decisión que respondía, era obvio, a una tradición cultural. ¿Qué otro motivo podía existir si él no había tenido noticias del concurso, ni había enviado ni escrito el poemario? Fortalecía su espíritu con saber que recibía una mención, sin reparar en nivel ni envergadura del certamen. Dedicó esmero y tiempo libre a su trabajo de pulcra mecanografía, sin sospechar que recibiría una grata sorpresa desde el mismo Sectorial del municipio Palma Cana.

No se trataba de su mención habitual, sino de una tarjeta acusando recibo de su obra, procedimiento en desuso que lo halagó notablemente. No recordaba, en toda su etapa de concursador persistente, haber recibido siquiera una simple comunicación de insulto. La cortesía de los organizadores reafirmaba sus sospechas de

que él, el joven poeta Obdulio Marcos, se convertía cada vez más en una tradición cultural, en la omnipresencia de todos los concursos. Y si era cierto que se convertía en una personalidad, pensó, debía ser igualmente cortés, corresponder y demostrar que él no resultaría una elección vacía; conservar el lugar que su talento había ganado.

Cursó una comunicación acusando recibo del acuse de recibo y se sintió tranquilo, en paz con su sentido de la deferencia. El simple gesto de introducir la carta en el buzón le produjo una calma espiritual capaz de avivar sus reflexiones. En el camino de regreso, casi sin preocuparse por sortear las hileras de escombros que parecían formar parte del patrimonio municipal, se dijo que pronto sería creada la ANM (Asociación Nacional de Mencionados). Como persona ideal para ocupar la presidencia, estaba en el apremiante deber de elaborar un documento que la reglamentara y que sería aprobado por unanimidad en su primer congreso. La expectativa de los días posteriores no le permitiría emprender su redacción. En vano intentó censurar su desespero. Sumido en la impaciencia, se acodaba en su mesa de trabajo sin lograr concentrarse en la escritura. Soñaba con un nuevo cuaderno. Buscaba en su mente el concurso ideal para su próxima mención. Pero se bifurcaban sus ideas. Apenas conseguía escribir párrafos breves, incoherentes. Emprendía viajes al correo, como quien pasa llamado por la casualidad y, sin interés, pregunta si hay algo para él. Esperaba un acuse de recibo del acuse de recibo que habían enviado. Le parecía absolutamente lógico que su manifestación de cortesía recibiera su correspondiente reconocimiento. Consideraba natural esa atención para

un poeta de sus méritos y confiaba en la gentileza de quienes auspiciaban el certamen.

No hubo respuesta.

De nuevo las dudas lo cercaron, lo acorralaron y lo hicieron meditar, interrogarse y decidirse. Cursó una nueva carta. Con tacto preciso para no ganarse la animadversión de jurados, organizadores y personal de observación, contaba en una prosa franca y limpia la historia de los acuses de recibo. Sutilmente, se preocupaba por no haber recibido un acuse de recibo del acuse de acuse de recibo que había enviado.

Alimentó su regocijo al descubrir en su correspondencia un nuevo acuse de recibo. Tan feliz fue, que redactó una carta, casi de un tirón y con muy pocas enmiendas, en la que agradecía el gesto y los instaba a conservar aquellos dignos valores de la cortesía que bien supieron demostrar. Confiaba en el curso del concurso en curso. Se sentía capaz de delinear los puntos de su soñada ANM. Se enfrascaba en la tarea con profunda devoción cuando, oh sorpresa, recibió un acuse de recibo de la carta de agradecimiento por el envío de acuse de recibo que había enviado. Particularmente dotado de un aura sagaz y práctico sentido de las relaciones públicas, el joven poeta no permitió que la euforia lo venciera.

Reflexionó, acodado en su mesa de trabajo.

Tras el amable reproche por no haber supuesto normal semejante solución, creyó que este sería el momento para ofrecer el golpe de gracia que lo conduciría, inobjetablemente, hasta la presidencia de la ANM. En papel corto, con estricto cumplimiento de los requisitos

para una carta oficial, sobre la textura de hilo de la hoja, colocó el texto de un nuevo acuse de recibo.

El joven poeta comenzó a tener malos sueños. Se veía en medio de una multitud eufórica, que batía palmas y coreaba fragmentos de sus mejores poemas mientras él atravesaba el salón hacia el podio de las premiaciones. Aquel importante escritor de la provincia, presidente vitalicio en todos los concursos municipales, leía emocionado los elogiosos comentarios del acta y lo esperaba con una sonrisa franca, lo abrazaba y le entregaba el diploma que lo convertía en el único premio del concurso. Aclamado por la multitud, que gritaba de histeria ante sus balbuceos iniciales, en gradual ascenso, pronunciaba un discurso capaz de erizar al universo. Lástima que no sea el Nobel, se lamentó aun antes de despertar de su última pesadilla. Quizá la impaciencia de las vísperas le provocaba semejante malestar; o se debía solo a que no había recibido contestación a su último acuse de recibo. Decidió no quedar por más tiempo a merced de aquella incertidumbre. No le vendría mal una vuelta por el municipio Palma Cana, como quien llega de pasada, en busca de vivencias o por simple curiosidad cultural y, ya que estaba allí, hacer una ligera visita al Sectorial Municipal de Cultura.

La secretaria y/o recepcionista debió sentirse repentina y/o gravemente enferma, pensó Marcos al no verla en su puesto de trabajo. Sus papeles recorrían el departamento en alegre juego con la brisa. El joven poeta, seguro de que la cultura es para todos, se adentró en el local. Sin quererlo, mientras se acercaba a la oficina del director, escuchó una voz airada que aludía a un

asunto relacionado con acuses de recibo. Como era enemigo de la indiscreción prefirió no interrumpir. Permaneció en silencio, sin llamar a la puerta, escuchando cómo desde la oficina brotaban burdas estadísticas sobre el ascenso en el costo de los acuses de recibo, ríspidas maldiciones y alguna que otra injuria injustamente proferida. Cuando el ciclo de blasfemias fue dominado por la reiteración y la monotonía, el joven poeta decidió marcharse sin conceder el honor de que recibieran su visita. A fin de cuentas, se dijo a la salida, no había llenado el modelo y sus nombres no constaban en documento alguno.

—Llegará el tiempo —farfulló— en que redacte mis memorias y este pasaje sea motivo de bochorno para tantos funcionarios ineptos.

Se marchó con la secreta certeza de que esta vez no obtendría su mención. Y aunque sus sospechas se harían realidad, los resultados del concurso lo sorprenderían.

Ironizaba a costa de jurados y premiados y divertía al auditorio con anécdotas hirientes y acotaciones agudas y sutiles cuando recibió la noticia: Obdulio Marcos era el premio del concurso «Palma Cana». Quienes lo escuchaban se turbaron, sin saber si debían felicitarlo o darle el pésame. De felicitarlo admitirían que entraba en la categoría de mamador favorecido en que el propio joven poeta había incluido a los premiados. De lamentarse, la tradición los haría incurrir en un acto de descortesía evidente, lamentable antisolidaridad y ligera grosería. El desenfado en que habían levitado se esfumaba cuando la atinada voz de Obdulio Marcos salvó la situación.

—Esta vez el jurado quiso ser honesto —dijo, y se dispuso a recibir agasajos, felicitaciones y efusividades.

Una hora después, acodado en su mesa de trabajo, comprendió que aceptar el premio afectaría a su dignidad de mencionado y le haría perder su futura condición de Presidente de la ANM. Lo exasperaba, además, la idea de romper una cadena que ya era parte de la cultura nacional. Decepcionado, emprendió numerosas gestiones para revocar la decisión, pero solo recibió negativas. Luchando contra el abatimiento se ofreció para correr los trámites, correr con los gastos, correr el lugar de los premiados y, si era preciso, correr —en virtud de precisión semántica— para mantener la forma física. Hizo llamadas telefónicas y llamadas a la cordura —en urgente abandono de la exactitud semántica—, pero ni organizadores ni funcionarios —poco dispuestos para la apreciación de sus juegos sonoro-lingüísticos— ni jurados, ni siquiera los poetas de la extensa lista de mencionados, aceptaron sus razones. En un desesperado gesto de gallardía se negó a asistir a la premiación. Los organizadores del certamen, preocupados y rabiosos, consternados y atónitos, decidieron valerse de sus lecturas de novelas de espionaje y designaron a una persona para que, amistosamente, descubriera el móvil de la decisión. Varias rondas de añejo Carta Plata, en amable conversación junto a la barra del bar Confesionario, propiciaron la revelación de Obdulio Marcos.

—Es mi único libro —dijo, con gravedad, como quien sabe que ha llegado la muerte de un familiar allegado—, le ponía un nuevo título, intercambiaba los poemas, y lo enviaba.

Después de un trago largo, su última frase, la que lo hizo desplomarse, pareció salir del fondo de sus ojos, vidriosos por el alcohol y la tristeza.

—Aceptar el premio significa que no podré obtener otras menciones.

Y aceptó solo cuando el administrador de su centro de trabajo le entregó el importe de su última serie de llamadas telefónicas.

Estas páginas serán leídas por suspicaces colegas, empecinados críticos, y algunas personas, se dijo, de nuevo acodado en su mesa de trabajo. Los poemas necesitaban una revisión, estaba seguro. Reescribir algunos, enmendar otros, ordenar y reordenar el libro. Hubiera comenzado, como quien hace un apunte para un informe inmediato, pero alguien cortó su impulso al anunciarle, con perfecta sinécdoque gestual, que lo solicitaban por teléfono.

—¡Felicitaciones! es un libro excelente —dijo la voz desde el auricular.

Conversó, casi con alegría. Dejó escapar algunas invectivas, escuchó sutiles alusiones y colgó después de una despedida cordial, que retornaba al punto inicial de los elogios. Recordó que el poeta no es un simple cantor de asuntos personales, sino un trasmisor de sentimientos comunes. Molestaban, cierto, giros del lenguaje, influencias directas, adjetivos que… Una nueva llamada cortaba su meditación.

—¡Felicidades, joven poeta! —dijo la voz, entusiasmada, contagiosa—, le había dicho que usted tenía voz propia en nuestra literatura, ¿no es cierto?

Conversó, más animado. Le agradó escuchar aquella voz desenfadada, con fácil disposición para el elogio.

Sintió que la tensión de los días recientes se aliviaba y hasta pudo reír al escuchar algunos chistes.

Que lance la primera piedra aquel que esté libre de influencias. A fin de cuentas —según tenía entendido— Dante partió de Virgilio, Virgilio de Homero y Homero de Cervantes, o algo parecido. Lo protegía, por demás, el cómodo asidero de la intertextualidad. Esta idea lo reconfortó. Pero no podía dejarse arrastrar por los sutiles espejismos de la vanidad. Sabía que el poeta vive esa eterna amenaza que pende sobre la calidad pura de su obra. Se prometió reescribir los poemas que acusaban desniveles de lenguaje, además de un uso poco acertado de algunos vocablos. Y hubiera comenzado de no haber sido por otra inesperada interrupción.

—Sabía que ese dominio de la frase poética podría llevarte lejos —dijo el efusivo recién llegado.

Abrazos. Contenturas. Entusiastas predicciones. Una conversación que reconfortaría a aquel que hubiera obtenido la decimotercera mención de un concurso municipal. Y, para mayor seguridad, el Hasta luego en forma de resumen de sus inefables valores y de su rigor poético.

Los aparentes desniveles del lenguaje, es cierto, se convierten en virtud, en una carrera ganada contra la monotonía, admitió, otra vez solo, acodado en su mesa de trabajo. Dudaba si debía dudar de algunas frases que le habían parecido innecesarias cuando fue reclamado por una nueva llamada telefónica; esta vez del editor.

Escuchó el tono moderado de la voz, sopesó los tanteos, se molestó con la aparición de sugerencias y concluyó, con voz precisa y firme:

—Cada palabra está en su justo lugar, en su acepción precisa; cada verbo; cada adjetivo; cada giro; cada metáfora…

Y colgó, con auténtica indignación, seguro de que los editores eran un estorbo universal.

Se había irritado al escuchar las proposiciones de cambios y se irritó aún más cuando descubrió que el prólogo a su cuaderno mostraba, en forma de análisis crítico, una relación ampliada y corregida de aquellas sugerencias. Intentó persuadir al editor, pero su gestión fue absolutamente baldía. A un amigo pidió que redactara el Prólogo al Prólogo. El editor, a quien probablemente le zumbaban los oídos desde la última conversación con Marcos ripostó con una Introducción al Prólogo al Prólogo en la que, además de profundizar en la falta de pericia del joven poeta, ofrecía algunos indicios de su vida personal. Se escribió —suerte de mecanismo rector en la reiterativa vida de Obdulio Marcos— una Introducción a la Introducción al Prólogo al Prólogo.

Sucediéronse amigos y respuestas, cada vez más agudas, cada vez más dedicadas a detallar la vida de autores y familiares —incluidas alusiones acerca de la paternidad, maternidad, etcétera— hasta que una mirada retrospectiva al índice mostraba:

- Prólogo.
- Prólogo al Prólogo.
- Introducción al Prólogo al Prólogo.
- Introducción a la Introducción al Prólogo al Prólogo.
- Palabras preliminares a la Introducción a la Introducción al Prólogo al Prólogo.
- Palabras preliminares a las Palabras preliminares a la Introducción a la Introducción al Prólogo al Prólogo.
- Sobre Palabras preliminares a las Palabras preliminares a la Introducción a la Introducción al Prólogo al Prólogo.

• Sobre Palabras preliminares a las Palabras preliminares a la Introducción a la Introducción al Prólogo al Prólogo.

Y, después del poemario:

• Epílogo.
• Epílogo al Epílogo.
• Introducción al Epílogo al Epílogo.

Etcétera.

Un sagaz editor (extranjero), que había leído los manuscritos sin tener noticias de la extendida polémica, se interesó por el libro.

Quizás el alto grado de ebriedad al que lo había llevado la crisis de respuestas y contrarrespuestas no permitió al joven poeta reparar en que se hablaba del cuaderno como de una novela experimental realzada por una audacia formal insospechada. Sentía confianza —y aceptó el ciento por ciento de las nuevas recomendaciones—, porque un editor extranjero sí sabe lo que hace.

Fue así como aquel cuaderno, mencionado en tantos concursos y, por fin, premiado, se convirtió en una novela vendida y revendida, traducida y premiada, iniciadora de un movimiento literario. Aunque aún el joven poeta se acoda en su mesa de trabajo y dice:

—Quiero escribir aunque me salga espuma.

El dulce aroma de la postmodernidad

Al despertar Joaquín Otaño Bermúdez una mañana, tras un sueño intranquilo, encontróse en su cama convertido en un monstruoso insecto. No se hallaba echado sobre el duro caparazón de una espalda que no le permitiría voltearse ni descubrió la figura convexa de un vientre oscuro, surcado por curvadas callosidades ni la profusión de patas que ofrecerían a sus ojos el espectáculo de una agitación sin consistencia.

En su interior sentía el alma repulsiva del insecto, por fin la prueba de que su más entrañable añoranza se convertía en realidad. Por fin el día de su metamorfosis, minuciosamente pensada y calculada.

No abrir. Responder solo desde el sonido animal, ronco y mordaz del *medium*. Demandar. Advertir sobre posibles futuras consecuencias. Amenazar en cada racha de empuje gutural. Y aun otros verbos que el exceso de tensión no le permitía relacionar. Su habilidad autohipnótica haría que la noticia irrumpiera en la mañana con su lógica estampida de caos e imprevisibilidad.

Además de un acto de rebeldía enérgica y vibrante, sería una *performance* en toda su extensión, una muestra de sensibilidad artística, rotundidad de que era posible asimilar la vida en su entera poesía. Una vez en la edad del redentor, si no lograba marchar hacia la crucifixión, acudiría a la inmolación por la metamorfosis. No era un golpe de azar. La bien premeditada acción de su más franca voluntad lo transformaba, restituía su alma, transponía el volumen de su cuerpo y lo impelía a sentir como un insecto.

—Tengo el poder del espíritu de Kafka —se dijo, en un momento de abierta dramatización o acaso en un impulso de manía literaria.

Quizá como contrapartida, recordó el ritmo de aquella canción tantas veces cantada en el coro de sus ebrias amistades:

Esta mañana Gregorio Samsa
se convirtió en un cucarachón
cucarachón
cucarachón
se convirtió en un cucarachón.
Gregorio Samsa Gregorio Samsa
se convirtió en un cucarachón
se convirtió
se convirtió
se convirtió que lo digo yo.

Inevitables y continuas, acudirían a su memoria las versiones en ruso, inglés, francés, portugués e italiano. Demostraban la universalidad de Kafka, a su vez estructurada en lo universal del ron. De ese modo, aseveraban en controversia con cierto Premio Nobel, no

era difícil imaginar en qué tipo de insecto se había convertido el señor Samsa. Efectivamente intranquilo, el sueño convocaba una fragmentaria antología de su última polémica. Tres amigos, de quienes no conservaba sospechas especiales, rivalizaron con él por varias horas hasta llevarlo al momento de la revelación. Como detalle nimio, casual del todo, mostró el argumento de su última canción, fruto de las rebeldías de un trovador errante. Su filiación oficial, su espíritu de lucha irrenunciable, su corazón agradecido y sus declaraciones de fidelidad, no le impedían apostrofar la sociedad. El valor le sobraba. Tenía sentido crítico como para no detenerse a soñar limitaciones.

Bajo el poder siempre ascendente del Hueso de Tigre, el tema desencadenaría diálogos que el sueño de Joaquín Otaño Bermúdez recopiló (brevemente anotados para esta edición) de la siguiente manera:

Joaquín Otaño Bermúdez:
Maldita sea la noche en que fui concebido Maldito sea el día en que nací Ojalá aquel día se hubiera convertido en noche y Dios lo hubiera pasado por alto y no hubiera amanecido Ojalá una sombra espesa lo hubiera oscurecido o una nube negra lo hubiera envuelto o un eclipse lo hubiera llenado de terror Ojalá aquella noche se hubiera perdido en las tinieblas y aquel día no se hubiera contado entre los días del mes y del año (La tragicidad del tono pudiera hacer pensar en algo así como Electra, sin embargo, la renuncia a los signos de puntuación remite a una contemporaneidad más de vanguardia) *Ojalá hubiera sido una noche estéril en que faltaran los gritos de alegría Ojalá la hubieran maldecido los hechiceros que tienen poder sobre Leviatán*

(Utiliza el arcaísmo en pos de una epicidad más emblemática) *Ojalá* (nótese la predilección por la palabra) *aquella mañana no hubieran brillado los luceros ni hubiera llegado la luz tan esperada ni se hubiera visto parpadear la aurora Maldita sea la noche que me dejó nacer y no me ahorró tanta miseria Por qué no habré muerto en el vientre de mi madre o en el momento mismo de nacer Por qué hubo rodillas que me recibieron y pechos que me alimentaron Si yo hubiera muerto entonces ahora estaría durmiendo tranquilo descansando en paz* (Esto parece indicar que la exagerada voluntad autodestructiva mostrada hasta aquí responde a un largo padecimiento de insomnio y a un exceso de trabajo, no resuelto incluso por el psicoanálisis) *con los reyes y ministros que se construyen grandes pirámides o con los gobernantes que llenan sus palacios de oro y plata* (El Hueso de Tigre ha despertado cierta voluntad anacrónica en este punto) *Por qué no me enterraron como a los abortos como a los niños muertos antes de nacer En la tumba tiene fin la agitación de los malvados y los cansados alcanzan su reposo allí encuentran paz los prisioneros y dejan de escuchar los gritos del capataz allí están grandes y pequeños por igual y el esclavo se ve libre de su amo Por qué deja Dios ver la luz al que sufre Por qué le da vida al que está lleno de amargura al que espera la muerte y no llega aunque la busque más que a un tesoro escondido La alegría de ese hombre llega cuando por fin baja a la tumba Dios lo hace caminar a ciegas le cierra el paso por todos lados Los gemidos son mi alimento mi bebida las quejas del dolor* (De momento remite a una tragicidad calderoniana, ecléctico falaz) *Todo lo que yo temía lo que más miedo me causaba ha caído sobre mí No tengo descanso ni sosiego no encuentro paz sino inquietud.*

Los Anales del sueño abrieron un espacio dramático al primero de sus amigos. Tal vez ante el peso de la

polémica o acaso en un gesto de inusitada modestia, se presentó bajo seudónimo.

Elifaz:

Seguramente, J. O. B., (se vale de las iniciales para abreviar nombre tan altisonante y, de paso, lo humaniza y lo hace coloquial) *te será molesto que alguien se atreva a hablarte, pero no es posible quedarse callado* (Es evidente que este interlocutor prefiere no prescindir de los signos de puntuación, marcando así su punto discordante)

Tú que dabas lecciones a muchos y fortalecías al débil; tú que animabas a levantarse al que caía y sostenías al que estaba por caer (Seguro alude a cierta ocasión anterior en que debieron compartir alguna que otra botella del inevitable Hueso de Tigre, pero con resultado inverso) *¿Te acobardas y pierdes el valor ahora que te toca sufrir? Tú que eras fiel servidor de Dios, un hombre de recta conducta, ¿cómo es que no tienes recta confianza? Piensa, a ver si recuerdas un solo caso de un inocente que haya sido destruido. La experiencia me ha enseñado que los que siembran crimen y maldad cosechan lo que antes sembraron. Dios en su furor, sopla sobre ellos y los destruye por completo. Por más que gruñan y rujan como leones, Dios los hará callar rompiéndoles los dientes. Morirán como leones que no hallaron presa y sus hijos serán dispersados. Calladamente me llegó un mensaje, tan suave que apenas escuché un murmullo. Por la noche, cuando el sueño cae sobre los hombres, tuve una inquietante pesadilla* (Aprovecha el viejo recurso del sueño dentro del sueño) *El terror se apoderó de mí; todos los huesos me temblaban. Un soplo me rozó la cara y la piel se me erizó. Alguien estaba allí, y pude ver su silueta pero no el aspecto que tenía* (El nombrado Elifaz se vale, además, del recurso sensorial

del cine de terror para introducir un momento clave en su punto de vista) *Todo en silencio*… (y estos puntos suspensivos parecen la acentuación de la música de fondo, tétrica, expectante). *Luego oí una voz* (momento arquetípico del cine de horror: ruptura repentina de la tensión) «¿PUEDE EL HOMBRE SER JUSTO ANTE DIOS? ¿PUEDE SER PURO ANTE SU CREADOR? NI AUN SUS SERVIDORES CELESTIALES MERECEN TODA SU CONFIANZA. SI HASTA EN SUS ÁNGELES ENCUENTRA DIOS DEFECTOS, ¡CUÁNTO MÁS EN EL HOMBRE, SER TAN DÉBIL COMO UNA CASA DE BARRO CONSTRUIDA SOBRE EL POLVO, Y QUE PUEDE SER APLASTADO COMO LA POLILLA! ENTRE LA MAÑANA Y LA TARDE ES DESTRUIDO; MUERE PARA SIEMPRE Y A NADIE LE IMPORTA. SU VIDA ACABA COMO UN HILO QUE SE CORTA; MUERE SIN HABER ALCANZADO SABIDURÍA». *Grita, J. O. B.* (insiste en abreviar coloquialmente el nombre) *a ver quién te responde. ¿A qué ángel vas a recurrir? Entregarse a la amargura o a la pasión es una necesidad que lleva a la muerte. He visto al necio empezar y prosperar, mas su casa fue pronto destruida. Sus hijos no tienen quién los ayude; en los tribunales los tratan injustamente y no hay quién los defienda. Sus cosechas se las comen los hambrientos sacándolas de entre los espinos, y los sedientos les envidian sus riquezas* (La norma poética del llamado Elifaz adquiere una sobrecarga de valores arquetípicos de la filosofía bíblica) *La maldad no brota del suelo* (o sea, la maldad no es una planta ni un árbol) *la desdicha no nace de la tierra: es el hombre el que causa la desdicha, así como del fuego salen volando las chispas. En tu lugar, yo*

me volvería hacia Dios y pondría mi causa en sus manos; ¡él hace tantas y tan grandes maravillas, cosas que nadie es capaz de comprender! Él envía la lluvia a la tierra, y con ella riega los campos; él enaltece a los humildes y les da seguridad a los afligidos; él atrapa al astuto en su propia astucia, y hace que fracasen sus planes malvados: ¡a plena luz del día andan ellos a tientas, envueltos en tinieblas, como si fuera de noche! ¡Dios salva al pobre y oprimido del poder de los malvados; él es la esperanza de los débiles, él les tapa la boca a los malvados! feliz el hombre a quien Dios reprende; no rechaces la reprensión del Todopoderoso. Si él hace una herida, también la vendará; si con su mano da el golpe, también da el alivio. Una y otra vez te librará del peligro, y no dejará que el mal llegue a ti. En tiempo de hambre te librará de la muerte y en tiempo de guerra te salvará de la espada. Te protegerá de las malas lenguas, y no habrás de temer cuando llegue el desastre. Te reirás de hambres y calamidades, y no tendrás miedo a los animales salvajes. Las piedras no estorbarán tus campos, y las fieras serán tus amigas. En tu casa tendrás prosperidad y al revisar tu ganado lo encontrarás completo. Tendrás tanta descendencia como hierba hay en el campo. Llegarás a la vejez en pleno vigor, como un manojo de espigas maduras. La experiencia nos enseña que esto es así; escucha esto y compruébalo tú mismo (También este interlocutor acusa cierta voluntad anacrónica, aunque como ya se ha hecho ver, parece una propiedad de su poética, un método estilístico que evade vocablos de uso popular, no aceptados y efímeros, como *titimanía, chivatiente, jama*, etcétera).

Joaquín Otaño Bermúdez:

Ya he oído muchas veces cosas parecidas Ustedes en vez de consolarme me atormentan Es que no hay fin para las palabras huecas

Qué manía es esa de contradecirme Si ustedes estuvieran ahora en mi lugar también yo hablaría como ustedes movería burlonamente la cabeza y les lanzaría un torrente de palabras palabras amables y consoladoras para darles ánimo y valor Pero ni el hablar calma mi dolor ni el callar me trae alivio Dios ha acabado con mis fuerzas me ha quitado todos mis amigos y me ha puesto en prisión Ha levantado testimonio contra mí contra mí ha presentado acusaciones falsas El Señor me persigue y me desgarra me amenaza como una fiera me clava los ojos cual si fuera mi enemigo La gente se amontona contra mí hace muecas y me da bofetadas para humillarme (Aquí Joaquín Otaño parece utilizar un lenguaje simple y directo a favor de un resultado simbólico o, lo que sería igual: significantes y significados han intercambiado sus funciones) *Dios me ha puesto en manos de gente malvada y criminal Yo estaba en paz y él me agarró del cuello me estrujó me hizo pedazos Me convirtió en el blanco de sus flechas De todos lados me dispara atraviesa mi cuerpo sin ninguna compasión y se esparcen mis entrañas por el suelo me abre herida tras herida se lanza contra mí como un guerrero Lleno de tristeza me puse ásperas ropas y hundí en el polvo mi cabeza La cara se me ha hinchado de llorar* (Tal vez la inflamación fuera a causa de golpes recibidos en alguno de esos escarnios) *se me ha nublado la vista a pesar de que nunca hice violencia a nadie (¿Niega su participación en el disturbio?) y de que ha sido pura mi oración este crimen contra mi clama justicia tierra no sepultes mi clamor* (Busca a toda costa la grandiosa elocuencia de la epicidad) *Alguien debe haber en el cielo que declare en mi favor que interprete ante Dios mis pensamientos para que él vea mis lágrimas alguien que habla ante Dios en mi favor como se habla ante un hombre a favor de otro Los pocos años que me quedan van pasando y pronto emprenderé el*

viaje sin regreso (Todo hace suponer que esta metáfora aluda a la muerte y no, como se ha especulado, a alguna intención repentina de exilio).

El segundo de los amigos, apellidado Vidal —a estas alturas indeterminadas del Hueso de Tigre solo le fue posible presentarse como Bildad— también emitió sus criterios.

Bildad (o Vidal):

¿Cuándo va a dejar de hablar esta gente? Si fuera razonable podríamos hablar. ¿Por qué se nos trata como animales y se nos considera estúpidos? ¿Crees tú que por desgarrarte rabiosamente al malvado se le apagará la luz, y su fuego no volverá a dar llama? Su lámpara se apagará; en su casa no brillará la luz. Su paso firme perderá fuerza y quedará atrapado en su propia trampa. Se pondrá una red a su paso, y en esa red quedará atrapado. Se tenderá un lazo a sus pies, y alrededor del tobillo se le cerrará el nudo. La trampa estará oculta en el camino para atraparle cuando pase. Por todas partes se siente amenazado; se siente perseguido en cada paso. Sus fuerzas se acaban por el hambre; la desgracia está lista a caerle encima. La enfermedad, hija preferida de la muerte, le devora la carne poco a poco. Arrancado es también de la paz de su hogar y llevado a rastras ante el rey del terror. Se prende fuego a su casa: sus posesiones son rociadas con azufre. Es como un árbol de raíces secas y ramas marchitas. Su recuerdo se borrará de la tierra y no se volverá a pronunciar su nombre. Lo arrojarán de la luz de las tinieblas; lo expulsarán de este mundo. No tendrá descendientes en su pueblo, nadie en su casa quedará con vida. Cuando sepan su destino, en oriente y occidente quedarán espantados, llenos de terror. En eso acaba la vida del malvado, del hombre que desprecia a Dios (El reiterativo

estilo de este amigo, Bildad —o Vidal— hace difícil predecir la suma de botellas de puro Hueso de Tigre que han llegado hasta su fondo).

Joaquín Otaño Bermúdez:
Una vez más mis quejas son amargas porque Dios ha descargado su mano sobre mí Ojalá supiera yo dónde encontrarlo y cómo llegar a donde vive Presentaría ante él mi caso pues me sobran argumentos Ya sabría yo cómo responder a lo que él me contestara Pero él no usaría la fuerza como argumento sino que me escucharía y reconocería que tengo la razón me declararía inocente me dejaría libre para siempre pero busco a Dios en el oriente y no está allí lo busco en el occidente y no lo encuentro Me dirijo al norte y no lo veo me vuelvo al sur y no lo percibo (Nótese el escrupuloso cuidado, a pesar del alto consumo alcohólico, por evadir la redundancia) *Él conoce cada uno de mis pasos Puesto a prueba saldré puro como el oro Yo siempre he seguido sin desviarme el camino que él me ha señalado Siempre he cumplido sus leyes y mandatos y no mi propia voluntad* (Se especula en relación con este fragmento, que Otaño Bermúdez intenta suavizar su punto de vista ante el ataque airado de sus amigos. Las frases pueden ser interpretadas como un lamento, como una alusión más precisa a la prisión, mencionada metafóricamente). *Cuando él decide realizar algo lo realiza nada le hace cambiar de parecer Lo que él ha dispuesto hacer conmigo eso hará junto con otras cosas semejantes Por eso le tengo miedo solo el pensarlo me llena de terror Dios el Todopoderoso me tiene acobardado* (Esto parece reafirmar la acotación anterior) *Ojalá la noche me hiciera desaparecer y me envolviera en la oscuridad.*

El empuje del sueño trajo entonces la intervención del último de los polemizantes. Para no perder la línea, lo llamaremos

Zofar:

El malvado es arrastrado por el agua. Sus tierras quedan bajo maldición y nadie vuelve a trabajar en sus viñedos. Con el calor de la sequía la nieve se derrite; y en mi sepulcro, el pecador desaparece. Su propia madre se olvidará de él; los gusanos se lo comerán, y nadie volverá a acordarse de él. (Este Zofar, aunque repetidor de ideas ya planteadas, se hace eficaz cuando amenaza al confundido J.O.B con el peligro de perder todo acceso a la posteridad) *El malo caerá como un árbol cortado* (¿Quiere decir que el mal sí puede ser un árbol o una planta?) *¡Con las mujeres sin hijo y con las viudas fue siempre cruel; jamás las ayudó. Pero Dios con su fuerza derriba a los poderosos, cuando él actúa nadie tiene segura la vida. Dios los deja vivir confiados, pero vigila cada uno de sus pasos. Por un momento se levanta el malo, pero pronto deja de existir, se marchita como hierba arrancada, como espiga que se dobla* (Entonces sí; puede ser una planta). *Y si esto no es así, ¿quién podrá desmentirme y probar que estoy equivocado?* (Este emplazamiento se sale, a las claras, del lenguaje poético en que la polémica se había presentado durante todo el sueño, efectivamente intranquilo, de Joaquín Otaño Bermúdez).

Llegado a un punto en que el debate parecía sin puerta de salida —lo que en buen argot se conoce como círculo vicioso—, intervino el Secretario General del Partido de la dramatización.

—Ustedes, sabios e instruidos, escuchen mis palabras. El oído distingue las palabras, igual que el paladar

reconoce los sabores. Así también, examinemos nosotros el caso y decidamos lo que nos parezca mejor. J. O. B. (al parecer, a todos parece mejor la simplificación coloquial) afirma: Yo soy inocente, pero Dios se niega a hacerme justicia. Sería una mentira el admitir que soy culpable; mi herida no sana, aun cuando no he pecado». ¡No hay nadie como JOB! Se burla de Dios como quien bebe agua; le gusta juntarse con los malvados, andar con la gente mala. Dice que nada gana el hombre con tratar de agradar a Dios. Pero ustedes, gentes sensatas, escúchenme. ¡Ni pensar que Dios el Todopoderoso, haga el mal o cometa injusticias! Él paga a cada uno según sus obras; hace que cada cual reciba lo que merece. En verdad Dios, el Todopoderoso, no hace nada malo, ni injusto; de nadie recibió el poder para gobernar el mundo entero. Si les quita a los hombres el aliento de vida, todos ellos mueren por igual y otra vez vuelven al polvo. Si tú eres sensato, escúchame; pon atención a mis palabras. Si Dios odiara la justicia, no podría gobernar. ¿Cómo puedes condenar a quien es inmensamente justo? Si los reyes y los nobles son malvados, Dios no duda en echárselo en cara. Él no se pone de parte de los gobernantes, ni favorece más a los ricos que a los pobres, pues él fue quien los hizo a todos. Los hombres mueren en un instante, en medio de la noche; la gente se alborota y desaparece; el poderoso es eliminado sin esfuerzo humano. Dios vigila los pasos del hombre y conoce todas sus andanzas. No hay tinieblas tan oscuras que puedan ocultar a un malhechor. Dios no fija un plazo al hombre para que se presente ante él a juicio. No necesita investigar para derribar a los grandes y dar a otros su lugar.

Dios conoce lo que hacen, llega de noche y los destroza. Los azota como a criminales a la vista de todos, porque no quisieron obedecerle ni aceptar sus normas de conducta. Hicieron que los gritos de los pobres y oprimidos llegaran hasta Dios, y él los escuchó. Pero si Dios calla, ¿quién podrá condenarlo? Si oculta su rostro, ¿quién podrá verlo? Él vigila a pueblos e individuos para que no gobierne el pueblo un malvado que lo engañe. ¿Acaso le has dicho a Dios: me dejé engañar, no volveré a pecar. Muéstrame las faltas que yo no veo. Si he actuado mal, no lo volveré a hacer? ¿Acaso quieres que Dios te recompense como mejor te parezca, aunque tú lo hayas rechazado? Ya que eres tú quien decide, y no yo, dinos lo que sabes. Los hombres sabios que me escuchan, y las personas sensatas, me dirán: JOB está hablando sin saber; sus palabras no tienen sentido. ¡Que se examine a fondo JOB, no solo es pecador, sino rebelde, delante de nosotros se burla de Dios y se pone a discutir con él —dijo.

El proceso de autohipnosis se hallaba a esas alturas en su plenitud. Joaquín Otaño Bermúdez, enfrascado en un constante ir y venir de debajo del sofá a las paredes, de la cama al ropero, de las sillas al techo, respondía con increpaciones mordaces y tajantes amenazas. Aun así desde el otro lado de la puerta reclamaban su presencia en el teatro. Podía atenuar, decían, la irritación provocada por su tardanza al ensayo. La decisión parecía firme. Sus respuestas se condimentaban cada vez más con acusaciones precisas y afiladas. Quién sabe si continuando la perfecta condición del juego hipnótico o gracias a la persistente presencia del sueño, efectivamente

intranquilo, escuchó una voz que lo detuvo en un silencio expectativo y, progresivamente, humilde.

La voz:
Muéstrame ahora tu valentía, y respóndeme a estas preguntas: ¿Pretendes declararme injusto y culpable a fin de que tú aparezcas inocente? ¿Acaso eres tan fuerte como yo? ¿Es tu voz de trueno, como la mía? Revístete entonces de grandeza y majestad, cúbrete de gloria y esplendor. Mira a todos los orgullosos: da rienda suelta a tu furor y humíllalos. Sí, derríbalos con tu mirada, aplasta a los malvados donde se encuentren. Sepúltalos a todos en la tierra, enciérralos en la prisión de los muertos. Entonces yo mismo reconoceré que fue tu poder el que te dio la victoria. Tú que querías entablarme juicio a mí, al Todopoderoso, ¿insistes todavía en responder?

El trovador apareció en la puerta, lívido. De una mano colgaba el estuche de la guitarra, en la otra la hoja de papel con la letra de su última canción. Estrenada justamente esa noche, en memorable concierto, retransmitida por radioemisoras y televisoras y dada a conocer, casi siempre acompañada de entrevistas y fotos, en diarios y revistas de todo el país.

Este es el texto:
Yo sé que tú lo puedes todo
y que no hay nada que no puedas realizar.
¿Quién soy yo para dudar
de tu providencia, mostrando así mi ignorancia?
Yo estaba hablando de cosas
que no entiendo,
cosas tan maravillosas

que no las puedo comprender.
Tú me dijiste: «ESCUCHA
QUE QUIERO HABLARTE;
RESPÓNDEME A ESTAS PREGUNTAS».
(estribillo)
Hasta ahora solo de oídas te conocía,
pero ahora te veo con mis propios ojos.
Por eso me retracto arrepentido,
sentado en el polvo y la ceniza.

Fue así como Joaquín Otaño Bermúdez se desentendió de su anterior vanguardia. Vivió más cómodo, limpio en su resarcimiento. Recibió solo aplausos y respeto; y olvidó la agonía de los sueños intranquilos.

Mientras, los calumniadores —que siempre habrá— se recomieron los hígados, desesperados y ansiosos por incrustarle un buen par de pescozones.

La neblina es un testigo que al ser llamado a declarar se esfuma

I. Primera historia

Felicia Gallardo, la ejemplar cederista, ratificada en esa distinción desde el momento en que se fundaron los Comités de Defensa de la Revolución y hasta la fecha, dispuesta a continuar cumpliendo todas las tareas y siempre lista para solucionar cualquier eventualidad que pudiera entorpecerlas, llegaba al colmo de la felicidad en su noche de guardia. A pesar de sus 72 años su vista era un primor. En su juventud había asombrado al mundo; emplazada ante un especializado equipo de optometristas, había captado letras minimicroscópicas. La prueba tendría un momento más trascendental: con sus ojillos vendados, todos los intentos resultarían positivos. Se hubiera convertido en un gran personaje, posiblemente al servicio de la ciencia, precursora, en medio tan hostil, de nuestro creciente desarrollo científico, pero la prensa sensacionalista de la época enredó el asunto, lo hizo trascender a una querella política y la magnífica vista de

Felicia Gallardo se adentró en el olvido. Feliz, respirando el aire de la fría noche, adaptaba sus ojos a la oscuridad mientras Lorencina del Campo, su habitual compañera de guardia, también incomparable impulsora de las tareas cederistas, intentaba conversar sobre uno de sus temas favoritos:

—Creo que si el Fondo Monetario Internacional (¡Dame la F, dame la M, dame la I, martilló tercamente en su memoria!) continúa con los desmanes de su política, los pueblos deudores no podrán pagar.

Felicia asintió de inmediato. Hubiera profundizado aún más, después de salir del estado de honda reflexión al que la impulsaba este asunto, pero Lorencina escuchó un ruido, casi imperceptible, a solo dos cuadras de distancia.

—Es una zapatilla *gold cup* talla siete y medio que acaba de hundirse en el excremento de un niño —aseveró precipitadamente.

Lorencina, a pesar de sus 70 años, conservaba perfecta capacidad para escuchar. También ella había tenido su historia acerca de los prodigios de su oído. Sometida a insospechados tests, había alcanzado satisfactorias conclusiones. Aunque también los políticos corruptos se habían apoderado de su popularidad y habían hecho sucumbir su potencial. Felicia Gallardo, instada por la alarma de su compañera, volvió los ojos hacia el lugar de donde provenía el ruido. No tardó en sentenciar:

—Tienes razón, pero te equivocas en cuanto a lo del excremento; si la vista no me engaña, parece demasiado grande para ser de un niño.

(La investigación posterior comprobaría que el excremento fue depositado por un viajero adulto que, al

no encontrar servicios sanitarios disponibles, optó por soluciones menos burocráticas).

Su vista no la había engañado. Lorencina, acostumbrada a semejantes alardes de menor cuantía, aceptó el señalamiento mientras, empleando toda su sagacidad policíaca, contuvo los impulsos de gritar: ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

—Podemos acercarnos hasta la cabina telefónica —dijo, señalando justo a la cabina telefónica.

—De aquí se ve perfectamente —objetó Felicia.

Tendrían que llamar a la Unidad de Policía, argumento que, apenas expuesto, gozó de unanimidad incuestionable.

El ladrón lleva un pitusa *Levis* —aportó Felicia.

—Imposible —se apresuró Lorencina—; las rozaduras del *Levis* jamás producen semejante sonido.

El desplazamiento rápido, silencioso, modelo insoslayable de cautela, no hubiera sido advertido por el más sagaz de los rateros. La práctica de la gimnasia aerobia, en su club de abuelos, les ofrecía esta virtud. El ladrón, empeñado en dejar en la hierba hasta la más mínima partícula de excremento adherida a su zapatilla *gold cup*, de talla siete y medio, no había avanzado mucho; podría ser fácilmente capturado. Con asombrosa maestría, Lorencina descolgó el auricular; ni un ruidito, ni un leve sonido que quebrara la noche y delatara su presencia. Había preparado, además, un ingenioso mecanismo para silenciar la vibración del disco telefónico, derroche de profesionalidad que su colega pudo ver con precisión cabal. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro arrugado, pero bello aún, de la anciana.

Una pausa.

Otra.

—¿Cuál es el número de la policía? —preguntó al fin.

La memoria no era su fuerte. Su incapacidad para recordar fechas, recados, encargos, le había costado horas de castigo en su juventud. Aunque no lo recordaba, cuando se presentó ante el último tribunal de expertos olvidó su agudeza auditiva y fue declarada sorda de cañón. Felicia Gallardo logró ver, con exuberancia de detalles, la expresión de desconcierto de su compañera. Sintió una identificación profunda, incontenibles deseos de ayudarla; pero la memoria tampoco era su fuerte. ¿Cómo recordar el número de la Policía si ni siquiera recordaba el número de teléfono del vecino? Hicieron sendos esfuerzos, hurgando en la memoria. Por un momento Lorencina recordó la fecha de su boda en tanto Felicia conseguía hilvanar las primeras letras de la dirección donde había estudiado su nieto: CCCP, posiblemente una clave postal, pensó.

Las lágrimas les surcaron los rostros, de por sí surcados por las arrugas. Enmudecida, Felicia Gallardo vio cómo el ladrón terminaba su limpieza de calzado y se alejaba. Lorencina del Campo, inmóvil, escuchó con absoluta precisión el roce apresurado, casi escandaloso, del pitusa *Lois*, fondo patético a la fuga del ladrón.

II. Segunda historia

El agente FEO, en su primer día de infiltración —en una casa amplia (suerte del agente), llena de habitaciones que conocía gracias a las múltiples tomas de la pantalla de entrenamiento—, había realizado un trabajo arduo;

lento; preciso. Lógicamente: durante la preparación, rigurosa, sintió la tentación de abandonarlo todo, sin confesarlo a sus preparadores porque su objetivo real era conseguir una misión sencilla para llenarse de dólares y vivir cómodamente toda su vida. Cómo sería posible llenarse de dólares con una misión sencilla era una pregunta que prefería no descubrir. Estaba preparado para cumplirla y hasta el momento marchaba de lo mejor.

Terminaba de instalar un sofisticado sistema de transmisión, último modelo especialmente capacitado para la captación en pasillos, donde la información resultaba más precisa. Dispuesto a meditar mientras tomaba un descanso, el timbre de la puerta interrumpió sus posibles reflexiones. No sentía deseos de recibir a nadie, pero negarse a abrir, estando dentro, podría provocar sospechas y hasta provocar a los perros del Comité de Defensa de la Revolución a hacer que se lanzaran sobre él. También era posible que la especulación popular, llamada *chisme* por los clásicos contemporáneos, creara la historia de que un infarto lo hubiera sorprendido e hiciera que los infatigables perros del Comité de Defensa forzaran la vivienda. Una de las coartadas utilizadas para su infiltración era la propensión al infarto.

Se dirigió a la puerta. Cabía la posibilidad, pesada, grave, de que hubiera sido descubierto. Podía ser alguien de la agencia telefónica —un agente comunista en realidad— a quien sería fácil descubrir, no solo por su cara de rojo repelado, sino porque en la casa no había teléfono. No estaba seguro de si la contrainteligencia del país conocía el truco de enviar al plomero, el electricista, el que cobra la luz, el cartero o un simple publicista, pero

sí tenía la certeza de que sería capaz de descubrir cualquier espía.

Junto al umbral apareció una niña de unos diez años.

—Soy Yunicansa —trataba de explicar que ese era su nombre—. Lorenzo era muy bueno conmigo; me dejaba estudiar Mecánica Cuántica en su biblioteca —agregó, con cierta timidez.

Yunicansa aludía al dueño de la casa, recién fallecido. El agente FEO se había instalado como su único heredero.

—Lorenzo decía que yo era su sobrina —insistió la niña.

Quizás dejándose llevar por su estado de cansancio, sintió impulsos de patearla, poner en práctica sus lecciones de kárate, aplicar una llave de inmovilización, estrangularla, hacerla rodar escaleras abajo, contemplar la caída desde su infalible superioridad. Escarmiento que pondría en peligro su misión. Debía ser amable, comportarse con extrema dulzura, evitar toda sospecha. La invitó a pasar, preguntó si necesitaba ayuda. La niña sabía dónde encontrar los manuales de Mecánica Cuántica; pasó a la biblioteca.

Solo poco antes de la media noche se marchó, con un fajo de anotaciones.

A pesar del cansancio, permanecía en un estado casi febril de vigilia. Los motivos de visita de la niña, precoz acaso, lo habían empujado al mismo centro del cerco de las dudas, que giraban como tétricas sombras o, por turno, danzaban sus macabras imitaciones de la Duncan. Hamlet siniestro, el agente FEO se debatía en-

tre provocar un incendio que redujera a cenizas a todo el vecindario para escapar en medio de la alarma, o continuar con su misión a la que solo le faltaban 24 horas. Sin proponérselo, acudieron a él momentos felices al lado de su hija, especialmente aquel en que la veía debatirse en medio de la creciente del río, en peligro irreversible de perecer, imagen que solía recordar en sus horas más dulces. Ella, su hija, intentaba salvarse asida a una rama, aunque él le advertía que no, que no resistiría. La desesperación la hizo desobedecer, aferrarse, soportar la creciente. Felicidad de padre cuando la vio llegar en un temblor, empapada, apretando aún contra su corazón la rama salvadora. Desbordante regocijo al recibirla con paternales advertencias que su puño incrustaba en el cerebro inexperto. No es tiempo para desviaciones sentimentalistas, se dijo. Era un agente, debía cumplir con su misión.

Decidió poner sus dudas en orden:

1. ¿Quién era aquella niña, en apariencia tímida? Yunicansa, había dicho.

1.1 ¿Sería ese su verdadero nombre?

1.1.1 ¿Estaría su nombre dentro de alguna clave cifrada?

1.1.2 ¿Sería ese un nombre?

Difícil responder con exactitud.

En otro tópico, ordenó sus dudas de esta forma:

2. ¿Cómo era posible que una niña de unos diez años estudiara Mecánica Cuántica?

2.1 ¿Sería un pretexto para ocultar que le interesaba la Mecánica, solamente?

2.1.1 ¿Sería una niña prodigio?

2.1.2 ¿Tendría razón la propaganda comunista sobre los adelantos educacionales?

Más difícil aún responder con exactitud.

Dormir; le era imprescindible. Había intentado con potentes somníferos, violación grave del código de entrenamiento, posibilidad advertida por sus entrenadores. La presencia de la niña rompía su estado de equilibrio. Menos de 24 horas y ya habría dejado el país, fuera de peligro, pensaba. Su misión le exigía vencer el insomnio, borrar el cansancio del día, la tensión de la noche, en perenne vigilia hacia la biblioteca.

Era un espía. Probaría todas sus sospechas, se dijo Yunicansa.

Complacida, imaginaba exaltados homenajes en su centro de estudios, ovaciones, diplomas de reconocimiento, miradas de envidia de sus compañeros de clase. La regocijaba predecir la representatividad que adquiriría para toda su familia y, sobre todo, sentir los augurios de la libertad de que se dispone después de haber realizado un acto heroico. Recordó la mirada siempre firme de su maestra de letras e intentó imaginar la expresión de su rostro al contemplar el diario, con un explosivo titular junto a la foto de su alumna. Aprovecharía ese éxtasis para golpearla certera y sutilmente en su canilla izquierda, inversamente proporcional a su diestro pie derecho; valga la redundancia, aclaró, para no perder el mecanismo.

Era un espía. Sus múltiples anotaciones ofrecían la clave irrebatible. Solo un espía, en su afán por parecer natural y su temor a las sospechas, hubiera dado crédito a su historia: estudiar Mecánica Cuántica (cuando solía

estudiar Mecánica, simplemente). Solo un espía habría instalado con semejante sutileza un sistema de tanta sofisticación para transmisores de onda corta. Solo un espía, mordaz y cruel, habría esperado hasta la media noche, sonrisa amable, rostro complaciente, felicidad total, mientras ella fingía estudiar en la biblioteca de Lorenzo. Solo un espía sería capaz de acompañarla hasta la puerta y, obsesionado por sus agotadores entrenamientos, despedirla con una sonrisa plena de cariño, una voz dulce y aquella invitación a repetir la visita. Solo un espía, con su adiestrada sangre fría, cerraría la puerta con simple suavidad, imponiéndose a sus secretos impulsos de tirarla con fuerza tal que estremeciera al vecindario.

Tenía total seguridad. Un espía. Y solo ella, Yunicansa Valdés, lo había descubierto.

III. Deliberaciones del Jurado

—Voto por dejarlo desierto —dijo categórico en su manía de mirar con desdén a los enigmas, pero sin renunciar al tacto característico de los escritores policiales.

El aserto, sustentado por la seguridad, trazó una línea de silencio reflexivo. Como por designio divino y simultáneo, los demás miembros del jurado recordaron que estaban preparados para analizar, con métodos comparativos, los finales de sus novelas junto a aquella sentencia, firme, irrevocable en apariencia. Adoptaron, *motu propio*, expresiones de apóstoles maravillados o de miembros del CC ante su Primer Secretario. Muy en su interior y casi como un destello, evocaron la invectiva principal —imperfecciones del milagro— que circulaba entre sus enemigos literarios: imposible continuar la lectura de

sus libros más allá de las primeras trece páginas; con unanimidad condescendiente, y aun muy en su interior, se recriminaron aludiendo a que no existía demostración científica, encuesta de laboratorio o experimento que probara tal afirmación. Parecía mejor atenerse a la meditación profunda y en apariencia acatadora para una posterior complicidad. Los argumentos podrían agotarse en primeros discursos, lo que haría débil su posición en los finales. Las condiciones naturales del hombre, más que las posibilidades lógicas del caso, sustentaban estas esperanzas. Todos habían escuchado comentarios acerca de su tenacidad y algunos —nobleza del testigo— habían pasado ante sus ojos las seiscientas ochenta y dos páginas de su última novela.

—La literatura policial debe adentrarse por nuevos derroteros, trascender, sin abandonar, claro está, la tradición marcada por los precursores —agregó. Lo acompañaba un gesto de viva y ejemplar modestia que evadía sorprender las miradas de admiración que sin dudas le concederían al relacionarlo con la palabra *precursores*.

Quienes lo acompañaban en la responsabilidad de ofrecer un veredicto, conocían hasta en sus más mínimos detalles el curso de su participación en el recién finalizado Congreso Internacional de la Novela Negra. Periodistas que habían tenido más de doscientas oportunidades para entrevistarlo —incapaces de reconocerlo a simple vista a pesar de que en varios buffets, casi al desgaire ante la bandeja enorme como un campo de preparación para la defensa del país, disputaron algún que otro *minipetit* entremés de jamón y queso— esperaron horas junto al teléfono para conocer sus impresiones

y, sin sobrepasar los seis minutos que concedía la redacción, preguntarle acerca de sus libros futuros. Órganos de prensa que apenas insertaban en sus páginas noticias muy breves sobre la aparición de alguna de sus novelas, sufragaron los gastos de un enviado especial que, además de asediar a cuanta figura ideológicamente entrevistable divisaba, no perdió ninguno de sus movimientos y opiniones. Generosos titulares, insistentes reseñas y numerosas entrevistas otorgaron al evento una repercusión difícil de obviar. Sabían que el fraternal clima de intrigas, misterios y asesinatos auguraba el éxito y habían leído con orgullo la declaración final: *El asesino es, y seguirá siendo, el mayordomo*. Aun los más reacios al género tuvieron noticias de que él, representante de nuestra escuela policial, había propuesto agregar al lema la importante frase: *manejado por el imperialismo*, suprimida en aras de un consenso lo más unánime posible. No se desconocía su reconocimiento en el certamen competitivo internacional y sus numerosos premios nacionales. Tal vez por eso el breve silencio pareció infinito. Hasta que el analista, especializado en novela policial, que había permanecido en actitud de éxtasis divino, prefirió rebatir, disciplinadamente.

—Sería una verdadera lástima —dijo, refiriéndose a la opinión del escritor—, una verdadera lástima.

Todo especialista que se precie sabe cumplir la tácita e insoslayable ley gremial de rebatir las soluciones de los escritores. Es obvio que solo la falta de pericia los llevaría a la ingenuidad de declararse abiertamente en contra. Nada como la diplomacia para la buena marcha de su talento. En este caso se aplicaba una técnica nacional

de mucho arraigo: hurgar, mediante aristas sentimentales, en la solidaridad del contrario. En busca de un paso más firme, argumentó:

—Hay que premiar al talento y, a la vez, estimular al género.

—La modalidad, diría yo —acotó el profesor, investigador y crítico, y aludió a su última conferencia acerca de los géneros literarios, las modalidades, géneros ancilares y subgéneros.

Tanto para uno como para otro, cualquier tema podía ser objeto de debate, polémica, discusión y agresiones en letra impresa. El profesor, investigador y crítico era conocido como un connotado detractor de toda tendencia que intentara desviarse, siquiera un ápice, de su propia metodología. A su trabajo habitual había agregado, en los últimos tiempos, el descubrimiento de una docena de plagios, debidamente probados; quince refutados y veinticinco en proceso de investigación. Su capacidad para citar de memoria, y en lengua original, a los más notables autores de teoría literaria, le concedía un aspecto de enciclopedia vagante —que algunos detractores insistían en transmutar en vacante— y proponía en él alguna especie de sabio consultivo que descubría en el marxismo la clave para todas las combinaciones. Nada le gustaba tanto como que lo consultasen, aunque, puesto en trance, adoptaba un aire de ligero fastidio, acentuaba el esfuerzo de memorización y, como quien no acaba de ubicar con exactitud su objeto de búsqueda, seguía el cauce de eruditos meandros antes de dejarse empapar por la fuente original.

—Se debe ser preciso en asuntos semejantes —advirtió, casi con dulzura, y se dispuso a memorizar una

poblada lista de referencias, bien diferenciado el tono de la voz entre bibliografías activas y pasivas, citas y paráfrasis.

Firme, muy seguro, especuló acerca de futuros estudios y auguró próximas brillantes conferencias. Tenía el don de monologar durante horas ante cualquier auditorio, siempre escoltado por un devastador silencio; de admiración y respeto, sin duda. Su habilidad para la compartimentación del trabajo intelectual le permitía ir detectando en sus exposiciones fragmentos sensibles de ser acusados de plagio —acusación que mentalmente realizaba y que, también mentalmente y sin interrumpir su intervención, refutaba, incuestionable— e ideas que la posteridad podría convertir en axiomas aplastantes. Y, desde luego, conocía cómo regresar al tema original, que parecía perdido a través de intransitables laberintos y enrevesados enigmas policiales.

—Por estimular a una modalidad este concurso ofrece perspectivas al futuro. Es una idea magnífica que no he dudado en respaldar —concluyó.

—Premio compartido —intervino el editor de la revista promotora del concurso. Su mirada, capaz de resumir la conciliación perfecta de sus gestos, expresiones del rostro, tono de la voz y curvas de entonación más que precisas, buscaba una mínima señal de solidaridad—. Estoy a favor de un premio compartido.

Para el editor nada era tan importante como lograr el equilibrio; nada tan esencial como arbitrar a favor de la armonía de todos los valores, por opuestos que pudieran presentarse. Sus años de trabajo en la revista —única de su tipo en el país, resaltaba— le habían enseñado a admitir sucedáneos de Holmes quienes, vestidos con el

uniforme de la policía, olfateaban el delito por las calles y capturaban al ladrón en persecuciones dignas de *Omnivideo Corporation*; meticulosos tenientes —envidia segura de Agatha Christie— que desentrañan todo tipo de intrigas de familia para desenmascarar a la malvada pareja que, en su codicia por no vivir como agregados, provocan el infarto de su fornido bisabuelo; ancianas con la sagacidad de un comisario Maigret; agentes 00X que transmiten, desde todas las guaridas de la CIA, hasta las conversaciones de pasillo; infiltrados que, sin notar que bajan del avión con la cruz de ceniza dibujada en la frente, no pueden suponer su captura irremisible; hasta muchachas fanáticas de la novela policial —probablemente con las habilidades de un inspector Lestrade— que siguen las pistas exactas de un asesino mientras los investigadores se pierden en los laberintos trazados por su lógica académica.

—Los premios compartidos forman parte de nuestra actualidad y hacen que el público se adentre en valoraciones comparativas —explicó. Su frente adoptó la posición de quien apunta asuntos obvios—. Contribuimos así a una lectura activa, a un incremento de los valores en nuestra literatura policial.

Su costumbre de conseguir el concurso aprobatorio —una vez rebasada la fase de equilibrio— lo hizo reclamar, con la mirada, el consentimiento unánime. Ningún editor que se respete accede a perder su ciento por ciento de razón, sí, pero con habilidad, inteligencia, capacidad para el convencimiento y maestría en conquistar el equilibrio. Era su lema secreto y, por ello, inevitable en comentarios sobre su persona (siempre que

no ocurrieran en presencia de sus fieles). A un buen observador no le hubiera resultado fácil asegurar que las miradas de respuesta le dedicaban su adhesión y, tal vez se hubiera visto en la necesidad de aludir a su posición ventajosa como editor de la revista para ofrecer un comentario favorable. Lo mismo en una historia que en un suceso no hay mejor observador que el propio autor, se dijo, quién sabe si para permitirnos una pista que haga posible deducir que él se sentía un autor de las historias y sucesos que editaba y, consecuencia directa, poseedor de la sugerida aprobación unánime. Semejante fidelidad a la tradición gremial no le impedía poseer un rasgo de tipicidad capaz de distinguirlo: sufría delirios profilácticos. En lugar de acudir, como la mayoría de sus colegas, para disputarse los futuros clásicos del género, prefería el trabajo con desconocidos. Sentía especial predilección por editar óperas primas. La hablilla intelectual sostenía que atesoraba ideas y propuestas de principiantes para dedicarse, después, a escribir su obra. Sus afanes profilácticos le permitían recorrer todo el país; como jurado de concursos de alcance regional o como invitado de la capital que ha tenido la amabilidad de escuchar maratónicas lecturas en talleres literarios. Con movimientos de rutina —en lenguaje literario explicado como lugar común— hojeó ambos trabajos mientras esgrimía el argumento final, tal vez considerado irrebatible.

—Además, ocupan poco espacio y son de fácil lectura.

—Mejor sería iniciar un pesquisaje íntegro —dijo, después de un arduo silencio, el último integrante del jurado—. Cuartadas, pistas, evidencias, todo es sensible de ser analizado a fondo, de ser investigado con rigor y,

entonces, sometido a justa decisión, acorde con nuestros más altos principios.

Su intervención, siempre la última, había sido esperada con estoicismo catedrático. Desde la frase introductoria se hubiera podido improvisar un coro hablado con perfecta armonía de voces —al menos conocían contenido, giros y pausas—, pero la insistencia intelectual en diferenciar estilos mantuvo el silencio. Habían esperado por aquella última opinión, todos a una, fingiendo meditar.

—Se hace imprescindible indagar bien, investigar y, sobre todo, detectar los resortes, aun los más sutiles, que actúan en cada hecho, cada estrofa y cada línea —concluyó, con esa mirada enigmática y a la vez expresiva, que solo los inspectores policiales consiguen exhibir.

Su condición de investigador policial no era, precisamente, lo que lo hacía miembro del jurado, sino sus dotes literarias. A su talento debían nuestras letras la creación del sagaz inspector Moya, personaje de intuición fortuita superior a Watson y de originalidad más que exclusiva; su especialidad consistía en adelantarse y prevenir el delito. Su cuento «El extraño caso del carné de identidad sin número de serie» había obtenido el premio del concurso del ramo durante la campaña nacional por la prevención del delito. En estos momentos trabajaba en su primer libro, compuesto por los cuentos aparecidos en publicaciones periódicas y por dos relatos inéditos que, según le aseguraba el editor, le concedían una mayor dimensión dentro del género en el país. En uno de ellos, el más brillante, el inspector Moya logra evitar una catástrofe nuclear mientras disfruta de un viaje de estímulo por el extranjero.

—Cada línea… su por qué… su repercusión… —balbució y advirtió una vez más que todas sus historias tenían un punto de partida autobiográfico.

El humo gris de los cigarros inundó el recinto y, tal vez llevado por intenciones metafóricas, decidió formar una neblina espesa y silenciosa.

Con horarios de almuerzo, merienda, baño, comida y actividad cultural de por medio, cada opinión fue repetida unas doscientas veces. El respaldo de los respectivos *curriculum* afianzaba cada asidero individual. El avance de las negociaciones transcurrió entre ligeras alteraciones en el orden consecutivo y cambios levemente progresivos en los giros del lenguaje. El último diálogo, trascripción directa, simple, sin acotaciones acerca de la procedencia, ocupación, vida y obra de los personajes, se ofrecía en estos términos:

—Voto por dejar desierto el pesquisaje —dijo el escritor, seguro en el tono, categórico en su habilidad para ofrecer con desdén sus opiniones—. La literatura policial ocupa poco espacio y es de fácil lectura.

—Sería una verdadera modalidad —rebatió disciplinadamente el analista, especializado en novela policial—. Hay que estimular los premios compartidos y, a la vez, adentrarse por nuevos derroteros. Detectar los resortes, aun los más sutiles, que actúan en cada línea.

—La tradición marcada por los precursores, diría yo —asertó el profesor, investigador y crítico, y aludió a su última conferencia acerca de la lástima, el talento y la necesidad de detectar el género—. Debe ser imprescindible al proponer una lectura activa, un aporte al incremento de las pistas, coartadas, evidencias, sensibles de

formar parte de nuestra actualidad acorde con nuestros más altos principios.

El silencio, arduo, reflexivo, demorado en espera de la intervención del investigador policial, se quebró en un sobresalto brusco y cedió espacio a la neblina gris, imperturbable en su afán de ser testigo.

El inspector se levantó, iracundo:

—Usted, señor mayordomo, es el asesino —dijo.

La acusación flotó en el humo, se pavoneó de reojo hacia el rincón donde el silencio observaba en un temblor.

—Usted dejó desierto el premio para estimular al talento, al género, la lástima, la modalidad y géneros ancilares y subgéneros —aclaró; los ojos vidriosos, alargados hasta un punto indefinido, pero empequeñecidos por los juegos literarios que hacían la diversión del humo—. Quería adentrarse por nuevos derroteros, trascender, ser preciso en valoraciones comparativas, sin abandonar, claro está, la tradición marcada por el premio compartido.

Todas las miradas escrutaron su rostro, buscaron en sus ojos una explicación. Incluso el silencio abandonó su mutismo temeroso para posar su atención en la mirada febril del investigador. Acaso el humo —justicia del testigo— se convertía en el único en situación para dar fe de la intensidad de su mirada, la rigidez de su rostro… —y otras figuras retóricas comunes que la neblina, por espesa, no dejaría entrever con claridad.

—Usted, señor mayordomo, es y seguirá siendo el asesino —repetía.

Y, en momentos de viva exaltación:

—Usted, señor asesino, es y seguirá siendo el mayordomo.

Durante los primeros impulsos de la palabra asesino los demás miembros del jurado, por instinto, miraron fijamente a alguno de sus colegas. Pero, lo que fue original, por obra y gracia de la repetición, perdió valor. Solo esperar; solo confiar en que el día siguiente ofrecerá un veredicto. Abiertas las ventanas, disipada la niebla y el silencio, la acusación se esfumó en la claridad. El investigador policial recogió su impecable maletín de mano, donde guardaba las peripecias de su sagaz inspector Moya, y se alejó, sin despedirse. Solo esperar; saber que la neblina acudirá si es conminada a declarar.

IV. Solución última

Confiados en sus siempre atinadas soluciones, y en su demostrado sentido de la discreción, le trasmitimos nuestras inquietudes acerca del posible resultado final —que hemos vislumbrado casualmente— del concurso cuyo jurado usted preside.

Conoce, además, que nuestras sugerencias no son obligatorias y que las decisiones del jurado no están SUJETAS a restricción alguna. Solo como un modesto aporte a nuestra cultura adjuntamos relación posible de premiados en el orden en que conseguiría una perfecta justicia literaria.

Los graduados de Kafka

1

—Franz Kafka —respondí.

—Piso seis, sección cinco, aula cuatro, fila tres, mesa dos, turno uno —indicó, displicente en su mecanicidad.

Descubrí, con algo de estupor en ese instante, que las escaleras continuaban para alzar al edificio en una hilera incontable de pisos superiores. No pude asegurar si los había contado (seis) en la distancia o si solo se trataba de una de esas suposiciones que el pensamiento convierte en hechos reales. Buen síntoma, de cualquier manera, para mi primer día de curso.

2

Impecablemente vestidos, hemos colmado la explanada de la Plaza. El siempre enérgico director lleva esta vez su rostro de felicidad. El informe final, en lugar de un panfleto, parece un documento esclarecedor, interesante, didáctico y ameno. Las felicitaciones, una vez más, para los abnegados miembros del curso de Ernest

Hemingway cuyo ciento por ciento de retención de matrícula se une al ciento por ciento de aprobados. Muy de cerca y empatados casi hasta el final, los aspirantes a Rulfo y García Márquez. La extensa lista de menciones, reconocimientos y diplomas para las numerosas especialidades restantes —nombradas una a una y con entusiastas exclamaciones, aplausos y consignas en la aparición de Marcel Proust, T.S. Eliot y Octavio Paz, y un hondo silencio estructural en Rimbaud y Mallarmé— mantuvo nuestros ánimos despiertos hasta que llegara la llamada de atención, en reprimenda, para las vergonzosas deserciones en el curso de Alejo Carpentier, justo en el momento de regresar a América. Solo después, los escasos graduados de Franz Kafka nos miramos con orgullo, a pesar de los reproches: pobre matrícula, alta deserción y varios insuficientes en la calificación final. Por fin llevamos, alta la frente, un título de identidad. Un diploma que hará orgullo en nuestras vidas.

Por fin es posible responder:

—Franz Kafka —sin ser enviado a un manicomio.

3

—Franz Kafka.

—Franz Kafka.

—Kafka.

—Señor K., por favor.

—Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka

Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka Franz Kafka.

—Telegrama para el señor Franz Kafka.

—Señor Kartero, esta Karta es para el señor Franz Kafka del número Kuarenta y Kuatro. Debe ofrecerle mis disKulpas puesto Ke he leído el teKto.

—¿Dónde está ese imbécil de Franz Kafka?

Franz Kafka obtiene Premio Nacional de Literatura

—Y ahora, respetable público, el show más esperado de la noche: ¡Franz Kafka y sus F. K. K!

—Lo siento mucho, pero con ese nombre raro, y extranjero por demás, no puedo inscribirle a su hijo.

—El que a buen Kafka se arrima, buen proceso lo cobija.

Conceden a Franz Kafka Distinción por la Cultura Nacional

4

—Quizás —reconoció— en un período de juventud tuve intenciones de unirme a esa locura. Por suerte pude entenderlo a tiempo y me retiré sin mayores compromisos.

Asentí con un gesto inexpresivo y una mirada profunda y sentenciosa.

—De más está decirle que no conservo ni el más mínimo vínculo con jóvenes de aquel momento. Mi vida ha estado fuera de toda pretensión de ese tipo —aclaró, sin poder ocultar su nerviosismo.

La foto, la página facsimilar de los diarios rescatados por Brod, y las lujosas ediciones de *El Castillo* y *El*

proceso, tiradas sobre mi mesa con premeditado descuido, crecieron en presencia mientras el señor hacía esfuerzos sobrehumanos por mirar a otro lugar.

—Mi gusto, mi manera de ver y de pensar, mis concepciones estéticas —agregó, nervioso ante el silencio— están radicalmente cambiadas. Si algo de eso padecí se ha evaporado ya, y soy otro.

Levanté la mirada en busca de sus ojos: temblaban. Debió pensar que admitiría las sospechas si bajaba la vista. Sostuvo su mirada unos instantes. Intrínseco, lo delataba el temor. Sabía que observaba con fatal detenimiento sus temblores, de ahí que se esforzara por mostrarme un rostro a punto de sonrisa.

Lo dejé hacer hasta que pregunté:

—¿Podríamos decir que ha sufrido usted una feliz metamorfosis?

Vertiginoso, más bien atropellado, contuvo impulsos de asentir. Frunció ligeramente el ceño. Se arrugó, como si fuese un muñeco de estopa en el susto de una hoguera, mientras hurgaba en su mente buscando una salida.

—La verdad es que apenas me gusta esa palabra —dijo, después de demostrar su rechazo con muecas sobreactuadas—. Sería demasiado incómodo su empleo. Si digo que soy otro, es porque nunca he sido aquel —continuó, enredando el idioma en su alegato—; no puedo asegurar que haya sufrido una transformación.

—¿Indica eso —acoté, abundante la ironía del tono— que tampoco está envuelto en un proceso?

—Desde luego —se apresuró—. Esto es apenas un acto de rutina, necesario para conservar los entrañables

valores de la nueva nacionalidad con que nos iluminan. Ustedes cumplen un deber al que no pueden entorpecer con distinciones. Sería absurdo, irracional de mi parte adjudicarle a estas conversaciones carácter de proceso.

—¿Absurdo? ¿Irracional? —recalqué.

—Improcedente; impropio —resumió.

—Pero usted va a cumplir su primer aniversario de interrogatorios...

—¿Qué puede ser un tiempo tan breve en la vida de un hombre en toda la extensión del tiempo universal y la proyección de ese tiempo en el futuro?

Recuperaba su tono de pasividad, una vez más seguro en sus respuestas.

—¿Y no le gustaría regresar con su familia? —pregunté, con pesada reticencia, después de un breve silencio, quizás infinitamente breve en el silencio universal—. ¿Ver por fin a Dora, su esposa, o a su hija Milena? ¿No le gustaría abandonar este castillo de una vez?

De nuevo se arrugó, como si fuese un fósforo en el agua, mientras se esforzaba por ahuyentar de su mente la nostalgia. La breve luz que subía de sus pupilas pasó de la inquietud al miedo. Alargó el ceño y, abriendo cuanto pudo la expresión, gesticuló con el rostro.

—Como a cualquier otra persona —admitió, distraídamente al fin—. Pero sé que he sido necesario en este sitio y que primero está la existencia de la nación que han venido a construir que todos los rezagos de identidad personal; sé que el mundo de luz que nos ofrecen compensa cualquier relación de intimidad.

—¿Entonces, no considera una invasión lo que hemos hecho, ni supone que sea un sinsentido este proceso?

—De ninguna manera —respondió apresurado—. Todo responde a una lógica de acción y consecuencia, a una necesidad perfectamente demostrable.

Contuve su discurso. Una mirada segura, directa a sus ojos, firmes como un dibujo natural, le indicó que era inútil el esfuerzo, que solo acumulaba argumentos en su contra. Aun así, disimuló los síntomas de desconcierto y se dispuso a escucharme, como si no supiera con exactitud qué le diría.

Se repetía el ciclo ante mis ojos. Con similares gestos y respuestas. No importaba la vía que escogieran ni las artimañas pensadas y ensayadas. Acopiaba, siempre, elementos de juicio para sorprenderlos en contradicción, para fulminarlos en esa paradoja ineludible entre lo que decían ser y lo que sus respuestas delataban. No habíamos invadido su nación de decadentes kafkianos para dejar que lo siguieran siendo. Y sabía, por demás, que esperar un cambio brusco se inscribiría más allá de toda lógica. Era un profesional, y mi labor consistía en atender a los pequeños progresos para que ninguno perdiera ese preciado derecho de la sedimentación, la posibilidad de contarnos la existencia sin conceptos ni absurdos, como una historia de simple trascendencia.

Un ciclo que muy bien dominaba, ciertamente. Dejaba que el tiempo de interrogatorio se extendiese en proporción con la habilidad que mostraban para crear nuevas variantes y con el interés que solían organizar soñando convencerme. Días enteros luchando con su propia manera de pensar, con su estilo de vil razonamiento. Y en ocasiones semanas, y hasta meses, sin que el tiempo contase en realidad. Esta vez, no obstante su

destreza, me abrumaba el cansancio, acumulado a lo largo de cientos de entrevistas.

Opté por atenerme a la rutina. Lo haría regresar hasta el primer nivel: al ABC de nuevo. Redactaría el informe con la habitual reserva de evidencias.

Aunque negado de palabra, la condición de proceso fue admitida en el juego de preguntas y respuestas; la metamorfosis había aflorado casi descaradamente y no faltó la tromba de ansiedad, binaria, opuesta, por Dora Dymant, Milena y la colonia penitenciaria. Por no profundizar, insinuaría, en esa serie de nuevos elementos que realzan el dogma de una lógica eficaz del argumento absurdo.

Hábil, sí, debo reconocerlo a pesar del informe que una vez más lo ahoga hacia el inicio. Uno de tantos graduados de Franz Kafka, no apto para reincorporarse a la pulcra sociedad que hemos fundado, donde la simple identidad de cada historia factible de contarse es hilo rojo, eje rector de todas las acciones.

Predicciones

I

El rodillo de la vieja *Underwood* chirrió ligeramente cuando Severino Alcántara tiró de la hoja. Era su último horóscopo. Había concluido su breve jornada de predicciones astrológicas quizá más rápido que de costumbre; solo faltaba hacer la entrega habitual. Después sería la voz de Isis, estudiadamente sentenciosa, la que haría de aquellas páginas la revelación inefable de los astros.

Involuntariamente, leyó la advertencia que cerraba la primera cuartilla: *Si decide ir de paseo, debe andar muy atento, porque algo imprevisto pudiera afectarlo a usted y a su familia.*

Le pareció risible.

No solía releer sus predicciones. Había adquirido la habilidad de olvidarlas apenas redactadas.

Buscó en la página el signo al cual le atribuyera la frase: su propio espacio zodiacal. Se burló interiormente. Le extrañó haber redactado semejante advertencia, en contra del perfil. Lo común era insertar esperanzas,

posibles golpes de suerte. Las adversidades debían ser tratadas con sutil ambigüedad, con variaciones más o menos discretas, atenuadas. Quizá se había permitido un chiste de consumo personal mientras pensaba en la faena que lo esperaba al regresar a casa. Seguro. Su hija aguardaba para asistir a la Feria de los Regalos. Se imaginó intentando persuadirla, convencerla del peligro —basado en las sentencias del horóscopo— y hacerla renunciar a aquella visita para la que había creado una víspera que sobrepasaba los tres meses. Todo adquiría mayor comicidad, aunque muy rara vez se permitía bromear con su trabajo.

Abandonó la emisora, después de haber hecho la entrega habitual, convencido de que el resto del día transcurriría lleno de sorpresas, alegrías y diversiones.

Con los ánimos altos, casi comparables a la euforia de su hija, llegó a casa. Sus frases de apremio, dichas con hábil sentido del humor, hicieron que la pequeña saltara de alegría y que su esposa reclamara calma. Como la Feria de los Regalos ocurría cada cinco años, era una verdadera suerte para las familias conseguir el ticket de entrada en los sorteos. Los niños solían hostigar a los padres para mejorar su buena suerte y les declaraban odio eterno cuando resultaban infructuosas las numeraciones compradas. Como la suerte no suele ser equitativa, aquellos que conseguían multiplicarla otorgaban los boletos sobrantes, en acto de verdadera solidaridad con la niñez, a cambio de cifras económicas que podían estropear el mejor de los salarios. Severino había sorteado estas dificultades gracias a la cortesía de los patrocinadores de la Feria hacia quienes, con un simple programa, lograban tal

audiencia. Sintió un relajamiento total y se dijo que, después de todo, no era tan desastroso ganarse la vida redactando horóscopos. En ese momento su estado placentero se vio interrumpido por repentinos mareos y un inexplicable sudar frío. No dijo una palabra, para evitar que cundiera la alarma en la familia. Sin saber por qué, intentó precisar la hora consultando el reloj de su muñeca, pero los números se tornaban borrosos, se oscurecía la esfera como si estuviera a solo unos segundos de estallar. Miró entonces al reloj de pared. Ocurrió algo similar, aunque le pareció que esta vez el estampido vibraba en su cerebro. Como empujado por la detonación se tendió en la cama y extendió una mano hacia el radio, llevado por su insólita obstinación en precisar la hora.

—Porque algo imprevisto pudiera afectarlo a usted y a su familia —se escuchó la voz de Isis, estudiadamente sentenciosa.

Contrariado, imponiéndose al lento malestar, cortó la transmisión. Habituado a la violencia del cine, a la tensión de la novela negra, al sensacionalismo de la prensa, no sabía determinar si lo embargaba una sensación de peligro real o si sufría alarma ficticia. Meditó unos segundos. Se estremeció cuando creyó haber tomado conciencia del suceso. ¿Lo habría asistido una advertencia secreta? ¿Alguna fuerza divina le ofrecía la oportunidad de evitar el peligro? Suposiciones que le parecieron ridículas, aunque no pudo evitar su habitual sonrisa de burla. Él mismo, a pura suerte, había escrito ese horóscopo por más de cinco años. Él mismo creaba los destinos a pesar de que le era imposible identificar más de un par de constelaciones en el firmamento. ¿Cómo admitir

el más mínimo indicio de veracidad en sus propias predicciones? Estaría bien sorprenderme pendiente del horóscopo que yo mismo escribo a cálamo currente, se dijo.

Su hija, rebosante de alegría, a todo correr entró al cuarto. Interrumpió sus reflexiones con abrazos y besos. Una vez más lo apremió para partir. ¿Si algo le ocurría durante la Feria, se preguntó, qué derecho tenía para poner su vida en peligro?

Estaba enloqueciendo.

Molesto, zarandeó la cabeza como si el gesto fuera a sacudir sus reflexiones. Pensó que le vendría bien renunciar al programa, al menos por un tiempo. La idea se le antojó torturante. Era un programa sencillo, muy popular y mejor remunerado. Por épocas se convertía en la principal figura de la programación, sobre todo si los accidentes no pasaban de unos pocos muertos o si andaban escasos de conciertos de rock o presentaciones públicas de baladistas. No había sido fácil conseguirlo. Durante más de dos años soportó la aspirantura, acumuló experiencias, atesoró un vocabulario que le permitiría ganar rotundamente la prueba de oposición y le serviría para derrotar en cada oportunidad a nuevos opositores. Se estaba convirtiendo en el modelo a seguir cuando de hacer horóscopos se hablara. De un momento a otro, esperaba, cualquier universidad le pediría impartir un ciclo de conferencias. Sería una torpeza renunciar precisamente ahora que había roto el récord de permanencia y prometía extenderlo hasta que fuera insuperable. Le sería necesario conseguir unas vacaciones. No se atrevió a comentar estos asuntos con su esposa, pero lo acosaba la idea de estar perdiendo facultades

mentales. No podía desprenderse de la amarga situación que lo situaba en vísperas de la locura.

Fingió ser feliz en el trayecto hacia la Feria. Había conseguido un estado de naturalidad que prometía tranquilizarlo cuando, justo a la entrada, muy cerca de la empleada que recibía los tickets envuelta en una permanente atmósfera de amable sonrisa, alguien comentó con cierta alarma la amenaza que el horóscopo tendía sobre su signo. Aquella insulsa predicción lo seguía a todas partes, lo hostigaba, intentaba acorralarlo. Acaso estaba pagando, en la conciencia, el precio por violar el perfil, por alterar la cátedra que él mismo había creado durante años de trabajo.

La niña, ajena al curso de sus pensamientos, se había adelantado y regresaba ya con la alegría de la primera sorpresa: un bebé llegado hasta sus pies en un vistoso coche. Fuera de sí, con un gesto brusco, Severino se apoderó del bebé, lo acercó a su oído, sin atender a las instrucciones que la niña ofrecía para hacerlo llorar o sonreír. Escuchó el paso de un reloj. Como una revelación vertiginosa, se nubló su vista, experimentó de nuevo aquella absurda situación de malestar y escuchó el eco de una explosión de vastas dimensiones. Sin perder tiempo, impulsado por un raudo instinto de conservación, devolvió la muñeca a su coche, la hizo rodar lo más lejos posible, abrazó a su hija y a su esposa y las obligó a parapetarse tras un banco, seguro de que la bomba no tardaría en estallar.

La explosión demoraba.

La niña, en silencio gracias al momentáneo estupor, comenzaba a preguntar, reprochar, lamentarse. La

esposa, sin saber si asombrarse o comenzar a dar gritos, visiblemente turbada por el nivel de observación de los paseantes, lo interrogaba con mirada inquisidora. Severino, decidido a confesarle sus sospechas, a alertarla del peligro, quedó estupefacto cuando vio pasar a una niña, feliz de que la sorpresa hubiera llevado hasta sus pies aquel presunto coche-bomba.

Fue imposible dar explicaciones. Se adentró en el bullicio sin escuchar los hirientes reproches de su esposa, quien sufriría de por vida el complejo de sentirse observada; sin prestar atención a los constantes lamentos de su hija, de cara a su primer desarraigo por la infancia. Seguía firme en su decisión de deshacerse de todos los regalos. El peligro pesaba sobre su conciencia, inquebrantable. Alguna fuerza extraña lo obligaba a arrebatar los objetos de las manos de su hija y a arrojarlos. Bombones, dulces, enormes *cakes* y golosinas (posiblemente envenenadas); juguetes (en realidad bombas de retardo); objetos domésticos de utilidad para el hogar (sospechosos de provocar atentados eléctricos) y hasta una pequeña rueca de incalculable valor histórico (por reminiscencias que aludían a la Bella Durmiente). Todo fue rechazado por el insobornable Severino Alcántara.

Tras abandonar la Feria, satisfecho por haber cumplido su misión de proteger a la familia, decidió compensar los desagravios y salió de compras.

Llenó la casa de regalos, ante los desorbitados ojos de su hija y de su esposa a quienes ya nada parecería lo suficientemente insólito. Dio la orden de abrirlos al momento y ellas obedecieron casi mecánicamente. De aquella sarta de envoltorios, camufladas entre objetos y juguetes, comenzaron a brotar bombas de tiempo.

Al día siguiente, el atentado fue reivindicado por la organización autodenominada «Movimiento de los Nuevos Horoscopistas».

II

El rodillo de la vieja *Remington* chirrió ligeramente cuando Nicasio de la Rosa tiró de la hoja. Era su última cuartilla, como de costumbre, apremiado por el editor. Apenas disponía de tiempo para hacer una ligera revisión. Tachó palabras, reescribió alguna que otra frase. De nuevo un borrador. Las notas al margen entorpecían la lectura y bifurcaban el curso de la narración. Parecía obligado a mecanografiarlo una vez más; eternamente. Cuánto tiempo delante de aquel texto. Miró su reloj: detenido el mecanismo, el tiempo se divertía en la multiplicidad de la apariencia. Se prometió no hacer otras enmiendas. Sería un juego interminable, se dijo.

Lo abrumaba aquella obligación de escribir una historia semanal. Pero no podía permitirse la renuncia ni, al menos, unas vacaciones. Era, entre tantos, un afortunado. Sus primeros cuentos, plenos de síntesis y análisis, contundentes, depurados y con buen humor, cautivaron la simpatía de la dirección del semanario. Luego de aquel contrato, ostentaba el respeto de amigos y lectores y la envidia de colegas y críticos. Torturaba el tiempo de llenar aquel espacio. Espacio. Tiempo. Todo se fundía en el abismo de dar y recibir. Debía salir, tomarse un buen café —o al menos un café—, aliviar la carga del cerebro. Solo después sería posible terminar.

Adivinando el ajetreo, las gasas de neblina buscaban su refugio en las distancias simples. Sintió de nuevo

fuerzas al entrar al leve frío de la madrugada, la luz del sol aún no advertida, barruntada a través de los carteles lumínicos, ya mustios. Podría seguir; quién sabe si firmar de nuevo el año próximo.

El café era un líquido oscuro, casi hirviente, acaso un esterilizante incalculable. Pidió una taza más, sería igual en cada una de las cafeterías. Tal vez un próximo milenio y no se encontraría un chiste original sobre el café. Riesgo perpetuo, dejarse consumir. Pensó en el cuento que esperaba encima de la mesa. El editor protestaría. No era el perfil. Ni costumbrismo ni sátira ni crítica directa. Quebraría el hábito, extrañaría; un argumento ajeno. Los editores suelen desconfiar del humor negro. Desconfiaría también del uso del horóscopo. Como si fuera sencillo conseguir un buen tema todas las semanas.

Un estudiante, madrugador apresurado, tiró a la acera una hoja de papel. Nicasio de la Rosa se detuvo. Seguro de que nadie lo observaba, recogió con un gesto el papel arrugado. Era un horóscopo: argumento perfecto para enfrentar al editor. Leyó las primeras predicciones. Como en un juego, dio vuelta a la hoja, en busca de su signo:

Algo imprevisto pudiera afectarlo a usted y a su familia, sentenciaba.

¿Sería una broma?

Imposible. Había pasado la noche escribiendo. Ni aun el editor conocía el cuento. La coincidencia se le antojaba demasiado absurda. Pero lo absurdo desconcierta y él se desconcertó, inmóvil en medio de la acera. ¿Sería todo tan simple, se preguntó, segundos después,

cuando echó a andar, o estaba recibiendo una advertencia? ¿Era él quien podría enloquecer? No aceptaría, por un vago presagio, renunciar al contrato.

Se estremeció al comprobar la similitud de las frases, aunque él no tendría que temer por su familia. Decidió no salir en todo el día. Debía llamar al semanario y pedir que alguien pasara a recoger el cuento. Estaría enfermo, estado febril casi en delirio. No le importaba cuán ridículo pudiera parecer. Nadie conocería los motivos verdaderos. Solo él, y no estaba dispuesto a confesarlos.

El día fue una suma perpetua de agonías. Sin contestar, escuchó el timbre del teléfono, las llamadas a la puerta, el aviso del cartero. Renunció a preparar algo de comer; perdió el sueño mientras que el hambre marcaba una línea lacerante en su interior. No consiguió concentrarse en la lectura. Estaba dispuesto a cumplir su voluntad. Borraría este día de su vida para no tener que borrar su vida en este día, se dijo. Creyó estar en el delirio, sobre todo al comprender que su axioma tenía un amplio por ciento de *slogan* para la prevención de accidentes del tránsito. Lo anotó. Había encontrado el tema para su próxima historia.

Vencido el tiempo que abarcaba el horóscopo, pálido, débil, con ligeros mareos, pero tremendamente feliz, salió a la calle, suerte de un nuevo Sísifo desafiante y vencedor. Su nivel de euforia no le permitió percatarse. A pesar del esfuerzo repentino del chofer, el camión golpeó a Nicasio de la Rosa, muerto en el instante con una sonrisa entre los labios. Vertiginoso resarcimiento para el nuevo Sísifo.

Ni Movimientos ni Organizaciones reivindicaron el accidente.

III

Ligeramente, chirrió el rodillo de la vieja *Olivetti* cuando Asdrúbal Llorente tiró de la hoja. Los giros de las cámaras, primeros planos y planos generales harían el resto del trabajo. Lo hacía feliz aquella historia doble, su continuidad, su ruptura. Lo divertía.

Como tentando a la suerte, esparció las hojas del libreto encima de la mesa e hizo rodar una moneda, que se detuvo justo en la frase:

Algo imprevisto pudiera afectarlo a usted y a su familia…

Etcétera.

Odelí

Quizá no sepa bien por qué, pero siento debilidad irresistible por esos hombres sin huella ni futuro, seres que llegan a mi vida dispuestos a arraigarse, a no dejarme escapar de sus fracasos. Tal vez sea un don que pone en juego el otro yo que de mí misma oculto, o un juego maternal que me lanza al placer de Clitemnestra. Nadie se explica por qué de un hombre saturado por las presiones internas de su personalidad y sus problemas de conducta, paso a otro capaz de desbordarlo. Es un sino que arrastro, como cada persona de este mundo, sin buscarle una exacta explicación y sin poder evadirlo una vez que se lanza a roer en la existencia.

Esos hombres frustrados que suben a mi cuerpo son en mi compañía románticos, amables, dóciles, pequeñitos y tiernos. Los acaricio como si fuesen juguetes en mis manos, regalos que añoré y colecciono por un simple capricho de adultez. Con la paz de los ángeles contemplo sus bandazos, su trabajoso empuje encima de mi vientre. Les tomo el pulso al fin, para sentirlos

exhaustos, resarcidos, culpables; para que no se demoren en bajar su mirada ante mis ojos de niña insatisfecha. Tal vez mi amigo Joel esté en lo cierto y sea precisamente esa conciencia de superioridad lo que me traba en sus círculos viciosos. Otros, lo sé bien, opinan que es un juego de traumas arrastrados, acumulados con algo de sadismo. Y el poeta, raro también y fracasado en su perfil de sabio, se complace en decirme que es afán insaciable de aventura simbólica, puesta en escena del tópico freudiano de la insatisfacción. Tampoco es importante, al menos para mí. Pensémoslo bien si nos complacen los relatos trucados con las vidas ajenas: si es mi sino cargar con esos seres extraños, o es un llamado sádico al placer, no debe ser imprescindible para aquellas personas que contemplan, con más o menos atención, los rumbos de mi vida.

No es buen antecedente haber iniciado mi carrera de casada con un hombre que nada agregaba a sus múltiples caricias. Mi adolescencia, que ya veo lejana, me ayudó a esperar mejores resultados hasta que todo se hizo insoportablemente sospechoso. En tiempos como estos, en los que toda convención fincada en la virginidad parece de leyenda, no me atreví a confesar que mi elogiado matrimonio cesara bajo el saldo de un himen cabal e inmaculado y un desconcierto insufrible en mi cabeza. No creo en psicólogos; humanos al fin, experimentan las mismas tentaciones y, como una, semejantes deseos y naufragios. A salvo estaba pues el halo de temor de mi primer esposo: no habría comentarios. Se lo juré, pero aun así se hacía dúctil a mi antojo, de ahí que inventara una excursión para poder dejarle mi virginidad a algún desconocido.

Difícil fue desprenderme de ese cándido ariete. De nada valió que le contara la historia del novio a quien amaba, con quien me casaría en apenas dos semanas —le pareció tiempo suficiente para crear una ruptura—; de las esperanzas de mi madre y mis abuelos —solos y sin sustento en la buhardilla en que vivíamos, agregué, intentando en vano ablandar sus sentimientos—; de lo vil que me sentiría viviendo junto a un hombre a quien me entregué sin conocerlo. Todo tenía su justificación. Una virgen, a mi edad y en estos tiempos, colmaba el secreto ideal de más de algún desprejuiciado. Por suerte tuve la precaución de hacer que toda información fuese estrictamente falsa. Un lejano lugar de residencia, profesión ajena, y los inevitables nombres y apellidos supuestos. Ninguna huella que pudiera llevar a mi vergonzosa primera relación.

Al día siguiente, temprano en la mañana, tomé un taxi, con el último reducto del dinero que mi esposo legítimo me había facilitado, y decidí, con la velocidad del viento que hendía las ventanillas, que mi futuro estaría en la actuación. Había hecho las pruebas para la Escuela de Arte por un rapto de embullo, por evadir de pronto un día de clases. El instructor había insistido en que yo demostraría facultades que nadie sospechaba. Me entusiasmó la prueba, obligada a resolver hipótesis a partir de sentimientos y experiencias reales pero entendiendo que todo se hacía en falso. Aun así —estimulantes apremios del insistente instructor en horas extra— no sabía si decidirme puesto que nada entrañable me ataba a la actuación.

—Las artistas son todas unas putas —protestaba mi abuela—. ¡Y maricones los artistas! ¿Cómo vas a encontrar un matrimonio?

Mi abuela es de otra época, por eso prefería dejarla blasfemar.

—No vas a descansar buscando una pareja.

¿Qué sabía ella, verdad?

Y el tiempo parece entregarle la razón. Mis relaciones se atoran, acosadas por hombres —nada me lleva a probar con las mujeres— cuyas marañas internas enmarañan mi vida de manera que pintan a infierno en poco tiempo.

El paso por el círculo infernal con Bardo fue especialmente angustioso, debo reconocerlo ahora cuando el sino de los hombres frustrados regurgita. Raro incluso en la gama de rarezas que siguieron a la distante escaramuza de la virginidad depuesta. Bardo apareció con cierta apariencia de normalidad que me forzó a vivir en ascuas y estremeciendo un algo en mi interior más hondo que las propias entrañas. Fue un trayecto difícil, no recibí compasión hasta que todo enfiló hacia la tragedia, hasta que la violencia —único resorte visible capaz de movilizar a mis contemporáneos— y el escándalo —corifeo incondicional de la violencia— no presentaron sus cartas credenciales.

Las primeras frases, tímidas, románticas hasta el enredo, eran lo más ridículo que pueda imaginarse. Sentí ganas tremendas de reír. La más leve manifestación de burla lo hubiera sembrado en una atroz desidia, en el más recurrente complejo de inferioridad. Lo tuve claro al instante, si no con palabras y frases de definición, al menos con el agudo olfato de mis suposiciones. Lo escuché. Recibí cada frase con su propio sentido. Fui sorprendiéndome sin auras de sainete. Sensaciones de viva

admiración aparecieron. Había desterrado las tercas tentaciones de reír, que la burla revirtiera el camino hacia mí misma. Ninguna duda afloraba a los bordes de mi rostro, ni a la sutil vibración de mis palabras. Me impresioné de veras; la imprescindible transferencia de actriz activaba un profundo sentimiento, compulsaba una memoria afectiva cuyos signos se abrían de la contemplación al éxtasis.

Con timidez actué; insegura, algo aturdida ante el encuentro, para que imaginase enseguida que él era el poderoso, el conquistador, el macho, en una frase. A los hombres, no importa sus manías y costumbres, les gusta aparecer como conquistadores, sentir su hegemonía, para borrar con esos fueros su complejo constante de inferioridad; de ahí que sea tan fácil, tan propio para ellos, llegar a la violencia.

Encuentros falsamente casuales y préstamos de libros —obligada a leerlos, a regresar con análisis y juicios que iban haciendo creíble mi deslumbramiento— dilataron más allá de mi experiencia la llegada triunfal del primer beso. Tal vez sea cierto que le tomaba el pulso a su línea de espejos y actuaciones y que me deleitaba el placer de atraparlo con talante de actriz que muta en personaje. Así, el juego perdía el peligro en su monotonía y me obligaba a probar en un terreno que había sido ajeno (salvo un tanteo que no debo contar a estar alturas) aunque tenía conocidos expertos en el rol. Fue, en la plena extensión de la palabra, una bella relación de adolescentes. Recibí cartas de amor y de ternura, salpicadas de versos que él mismo pergeñaba. Y flores, ya púrpuras ya blancas ya rosadas. Y, más que todo, declaraciones de amor.

Para cada momento una declaración de amor, distinta, labrada en nuevos términos que anunciaban futuros diversos e insondables. Siempre una forma de pensar que más allá, en el huso incansable de la vida (una de sus frases que más estremecía mi carne) había una forma de ser según los dictados de la mente, según las transferencias que habrán de pedir los personajes.

Mi vida era el teatro, pero no mi vida real, esa donde una esconde sus reveses con fiestas, reuniones de amigos, hoteles, días de sol y playa, o en la aburrida labor de enseñanza a niños que jamás elegirán la actuación en sus proyectos, sino mi vida imaginaria, la del personaje que hacía todos los días para mi suerte. ¿Colmaban los cursis arrebatos de Bardo esos deseos ocultos, reprimidos tan bien que ni yo misma llegaba a analizarlos? Es demasiado simple decir Pudiera ser; aunque tal vez por ello mismo se acerque a la verdad. Algo habrá, en el fondo. De ahí que no me pareciera extraño que en el primer intento en que nos desnudamos no llegara siquiera a una erección plausible. Suele suceder en un tiempo estadístico mayor de lo que muchos imaginan y, sobre todo, de lo que muchos se han atrevido a confesar. Supuse que con algo de esfuerzo, dibujando esos futuros grandiosos también en la vertiente erótica, la cópula vendría, feliz, sin límites posibles. Con técnica muy parecida había resuelto el problema de un muchacho brioso, algo tontuelo pero muy desprendido en cuestiones de dinero y pródigo en regalos, quien perdía su potencia justo en el momento de lanzarse a la penetración. Así que, de primer momento, negué importancia al incidente y decidí cerrar la noche con nuevos vuelos románticos y nuevas proyecciones de futuros.

Sumé a un día otro de agonía, de técnicas frustradas, de fallidos intentos y sospechas. Llegué al reproche, es lógico pensarlo y es, además, otro recurso táctico que bien me resultó en una ocasión algo furtiva con uno de esos macetas inconstantes y estúpidos. Pero un hombre capaz e inteligente no es fácil de embaucar. Ni Stanislavski —transposición mental de la virilidad— ni Meyerhold —energía biomecánica en roles de animales salvajes— ni Brecht —distanciamiento crítico y asunción de la normalidad del asunto en personas ajenas— ni Grotowski —escapes pletóricos de bucolismo a escenarios naturales y extraños— ni Barba —rituales de vívido ejercicio físico que debía alimentar con una copiosa fantasía mental— consiguieron siquiera una erección que permitiera el impulso de los juegos sexuales donde, pensaba en ese entonces, mi habilidad natural y mi experiencia provocarían el progreso irremediable. Tampoco era asunto de golpearlo. Era cosa de darse por vencidos, sobre todo al compilar que ya sumaban seis meses de búsqueda y fracaso. Que debía abandonarlo, me decían cada vez los consejeros. Lo más lógico, sin duda. Pero la imposibilidad se convirtió en un reto. Caí en la tentación de creer que era incapaz de levantar a ese hombre porque, científicamente se demuestra, la impotencia en sí es imposible, ella se manifiesta solo para sí. Un reto. Quién sabe si una lucha sin freno a mi futura anorgasmia. O un castigo, que cumplí paso a paso y que tuvo por fin su recompensa.

Un día, al final de un ensayo insoportable, entré en el descuidado camerino y lo sorprendí en un feliz onanismo, con los ojos cerrados, abstraído y repitiendo mi nombre con tal sensualidad que, en lugar de asombrarme,

sentí impulsos de estar realmente entre sus labios. Me incorporé a su función, como si él fuese un sonámbulo a quien no se debía despertar. Y todo funcionó (si no se puede evitar la redundancia).

Aunque, reconocido sea, tras la eyaculación, no muy demorada, nada podía intentarse hasta después de transcurridas veinticuatro horas. Culpa y soberbia invadían ese intervalo. Reproches y caricias. Y hasta poemas tan ríspidos que no podía evitar estremecerme al repetir en mi mente sus vocablos. Al menos algo ganábamos al tiempo, me dije esperanzada en que sería posible ir recortando el ciclo. Él cerraba los ojos, comenzaba, y yo me incorporaba con sabia lentitud. Mi nombre recorría en sílabas sus labios abultados; letra a letra caía sobre sus manos asidas al deseo. Lo dejaba extenderse, culpándome por haber acumulado instantes de placer mientras él no guardaba siquiera un escarceo feliz. Fue agónico también, tanto, que ya no tuve dudas de que asía a un hombre más, sin huella ni futuro, uno de esos seres románticos y tiernos cuyo pulso se pierde entre mis manos cuando mi cuerpo ha sudado hasta vencerlos. Noche a noche enfrentarnos a un círculo vicioso, apostar la esperanza para que sea posible una pareja exacta, hallar a tiempo un complemento justo.

Me di por derrotada. Después de habernos hundido en el fracaso una y otra vez, de no vencer el ciclo de mi nombre deslizado en letras de su mano, el abandono parecía una salida irrevocable. No puede ser egoísta una mujer que ha soportado tales circunstancias durante más de un año, día a día enfrentándose al absurdo, desafiando sus leyes. De mí entregué hasta el último suspiro,

hasta llorarlo en secreto repitiendo en mi oído esos boleros de ebrios sin sentido.

Pero le dije que sí, que era egoísta y acepté sus reproches con subida humildad, actuada con esfuerzo y resultados. Me increpó, como último asidero. Entonces me atreví a confesarle alguna aventura de las glorias pasadas y hasta le prometí que pensaría si en el futuro debíamos volver. En el fondo, también purgaba un prejuicio que me impelía a sentirme insuficiente, incapaz de llevarlo a su más alta dimensión. Lo abandoné con amables sugerencias y promesas tan vagas que en apenas un giro de su mente podían transponerse al mundo real. Fue su ruina. Otras mujeres no tuvieron paciencia y voluntad para intuir sus manías y ni siquiera acogieron la misma discreción que le ofrendé. Fueron seres normales, simplemente. Y el comentario corrió como la pólvora. De más está decir que negué insinuaciones, hablillas, comadreos y que, de haber sido católica, hubiera engañado al propio cura en el confesionario. Pero el chisme es tan fuerte, tan potente el rumor y tanto necesitan las personas alimentarse de la ajena desgracia, que fue imposible detener el comentario.

Llena de culpas insulsas accedí a su asedio. Me había convencido de que así lo ayudaría a desacreditar la hablilla, su imagen de impotente, devastador arquetipo en el machismo reinante. Aunque, debo reconocerlo de una vez, no consumamos ni el más mínimo intento. No hallábamos la sombra que una vez ayudó a reconocernos cuerpo a cuerpo. Nos comprendíamos, es cierto. Apenas con mirarnos el pensamiento del otro resplandecía de signos. Éramos, a ojos vista, una pareja feliz;

otros seis meses, y más. En mi interior, sin embargo, él era un hombre más, sin huella ni futuro, y ni siquiera mi nombre rodaba por sus labios como un verso mordido en la lujuria. Aproveché alguna que otra salida para dejar mi furor en un desconocido de turno y, un par de veces, en uno de esos viejos amores que de tiempo en tiempo se reeditan. Todo con suma discreción, como si mi condena infernal comenzara desde aquí, desde este mundo único posible.

De un momento a otro, me esperanzaba, él hallará una muchacha, comenzará un feliz romance, y yo podré salirme al fin. Me sorprendí evaluando cuerpos femeninos como si fuesen sopesados por sus ojos. Inmersa en la representación más larga de mi historia, esperaba con ansias el golpe de la suerte. En tales circunstancias, una lírica boda rebasaba mi capacidad de riesgo, me lanzaba al terror.

Discutimos con fuerza.

Me negué, rotundamente.

En su mente, saturada de signos, yo era su propiedad, uno de esos hallazgos a los que se les concede el papel del amuleto. Y no estaba dispuesta a tolerarlo.

Llegó así la violencia, insospechada hasta ese mismo instante. Me agredió. Me zarandeó. Y, mala suerte, aprovechó el tanque de cal que los pintores dejaran en el portal de la Casa de Cultura para cubrir mi rostro con aquel líquido quemante.

—¡Puta! —decía—. ¡Reputa! —gritaba, empujando la cal a mis entrañas y dejándome ver una erección ingente.

La leyenda municipal echó a rodar. Nadie intentó por lo menos disuadirlo. Todo el mundo sintió que era

mejor disfrutar del show antes que intervenir en medio de un ataque de tarros. Era una puta, a fin de cuentas y con toda la razón del vecindario; no quiero asirme a feminismos al uso, de pésima vanguardia.

El ardor de la cal en mi cabeza, su paso penetrante al fondo de mis ojos, su paridad con el fuego, alumbraron la conciencia de mi ciclo infernal, la condición de castigo en que sufría. Solo eso pensé en los días de hospital. Y el odio, desde luego. El odio que llegó para reconocerse, insospechado hasta ese mismo instante. Un odio febril muy interior. Abismo al que viajaba sin poder evitarlo. Para que todo ese odio tomara su torrente, volví a mi vida anterior, a mi constante evaluación y enfrentamiento de hombres, sin huella, sin futuro, siquiera sin un rumbo presente. Cómo los excitaba que les narrara la historia del tiempo de impotencia; qué grandes se sentían ante un pasado contrincante inferior. Qué jornadas de sexo y de placer brindaban aquellos que venían tras el antecedente. Era la forma mejor de descargar mi odio; y mi venganza.

Es falso, no obstante, que he querido matarlo ni que nadie, instado por mis órdenes, lo hiciera. Pasto ya de la hablilla pueblerina, él mismo echó a rodar el comentario, sembrando en cada Bar historias marcadas por el cine más burdo, mostrando como prueba hematomas que él mismo se infligía en soledad, quién sabe si al final de un onanismo abrasado por mi nombre. Había sido su forma de vengarse, su salida ante el único recurso del rumor. Cuando llegó la noticia, sentí un dolor profundo, acaso más intenso que el que él mismo sintiera, inconsciente de que el puñal del asesino había cortado para

siempre el huso de su vida. Y después un alivio. Un alivio tan grande…

Ahora me hacen feliz estas campanas que escoltan su sepelio, ese tañer incesante que he venido a sostener con mis manos, convencida de que la muerte recibe a uno de los tantísimos hombres sin huella ni futuro por los que suelo tener debilidad.

Bromas de Kundera

Sí, Kundera es un autor que escribe para ser citado. Sus complacencias filosóficas, conceptos, cápsulas de pensamiento, se desprenden del texto y cobran vida propia y hasta se hacen edificios rampantes o acaso menhires para la adoración. Con un buen fajo de frases de Kundera se puede alimentar cualquier soporte cultural. Y después de las citas, las historias. Sucesos cuya aparente sencillez se encabrita al abanderarse de aquellas reflexiones como torrentes que arrastran en un mismo caudal a los más altos líricos, a filósofos clásicos y sistemas sociales. Su ingenio es una trampa a la que todos marchamos. Lo nombraría el sofista mejor del siglo xx, si de algo valiera mi criterio, aunque sé que en tu caso estás de acuerdo conmigo.

Conozco a muchas personas que podrían parecer creaciones de Kundera, pero todas están desprotegidas de sus irreversibles conclusiones. Son más complejas sus vidas, llenas de nimios detalles, de gestiones banales y absurdas situaciones apenas advertidas. Los seres de

Kundera tienen la facultad de concentrar su existencia en los resortes de abstracción, de no gastarse —aunque diferencien la peste del olor— en una inagotable suma de banalidades. Soportan, en fin, la esencia que aspiramos; son un sueño a la vista, tan posible y seguro, que decidimos dejar de ser personas y convertirnos en seres de Kundera, embromarnos en esa historia dictada por sus juicios.

¿Por qué aferramos su broma? ¿Cómo nos dejamos fascinar por el polvo dorado (expresión deliciosa) de aquel atado de frases y argumentos? Guardo entre mis cosas el cuaderno que hicimos con sus citas. Debes saber a estas alturas que soñaba con que muchas se fueran borrando de tu mente para apropiarme de ellas y hacerlas parte del arsenal con que vamos engañando la vida. Es un autor que escribe para ser plagiado, para que podamos saquearlo sin cargos de conciencia. Un ser para este tiempo, exactamente. Me lastima que sea tuya la idea y me pesa, aunque nadie lo sepa, que sean tuyas también las mejores deducciones, las que más se asemejan a aquellas de sus libros, a un tiempo diferentes y cercanas.

Lamento además —las confesiones están en el ambiente y el lamento en estilo— que seas tú el ejemplo de discípulo. Pero yo también tengo mi Kundera, y lo fui conformando al margen de tus grandes sofismas, en contra y eludiendo tus concisas y exactas conclusiones. Disperso, lleno de nimios detalles y usufructos banales que inesperadamente desguazan la posibilidad de hacer con la existencia un buen rompecabezas. De ningún modo, porque eso consistiría en hallar la perfección, en

saber que al final de un buen esfuerzo todo encaja y el paisaje es hermoso en su crueldad. Antes, en el momento o después de la batalla, mi paisaje es un caos y con él (revelación sádica, sí) subvierto tus principios, que son míos para siempre. Y ya ves que era así, que apenas —cosa poco probable— serás la base de un plagio, asunto vulgar a estas alturas de copia irreversible, de multiplicación falaz y abigarrada, de esencia y pragmatismo.

Se te ocurrió: Llenaremos los muros con el cartel LA BROMA DE KUNDERA, y me lancé a ejecutarlo. Me divertía, no lo niego, no escamoteo el impulso de tus riendas, plantar un dazibao sin contenido en nuestras tierras. Me hacía feliz la sencillez del misterio, como todo acertijo. Más que una idea, el *graffiti* es un gesto de invasión, una broma que el ciudadano juega a la sociedad que lo satura de normas de conducta.

Después vino la ejecución:

—Poncharemos los carros —ah, don que has tenido para hablar en primera del plural, y mis manos se quebraron empujando el punzón contra los cauchos.

La gente carece de entrenamiento cabal para ligar hechos aislados. Al menos eso lo aceptaste, lo tomaste de mí, aunque después lo religaras con tus frases y lo hicieras abono de tu verbo. Quien anunciaba la broma en las paredes no era el mismo hijoeputa que ponchaba las gomas de los carros.

Otra cosa sería si hubiésemos escrito LA VIDA ESTÁ EN OTRA PARTE. Lo hubieran asociado con el delirio enfermizo de emigrar que nos sitiaba. O me habrían denunciado por un acto de políticas connotaciones ajeno a mi interés. Una cosa es escrutar hasta el

horror sus personajes y otra llegar a suplantarlos. Llevas razón al decir que es un autor que escribe para ser pasto absoluto de las tergiversaciones, para que a la primera vuelta del deslumbramiento nos descolguemos con sus frases al mundo. Mis manos se habían convertido en surtidor de ampollas y te hubieras negado a cualquier cambio, así que deslicé el punzón en el metal marcando la impotencia de tantos propietarios. Imprimía surcos vulgares en los autos para que mis manos pudieran descansar de tus ideas, de tu manía insoportable de hacerme un personaje de Kundera, sin llagas ni cansancio.

—Tenemos un rival —dijiste—. Alguien destruye la esencia de nuestro pensamiento trazando rayones insensibles en los autos.

No podía revelarlo. No reconocería mi salida vulgar y mi fracaso, por el sencillo hecho de que mis manos fuesen torpes y débiles. Lo ejecutaba con placer, pero no me atrevía a confesártelo.

—Golpearemos al rival con una propuesta digna de Kundera —aseguraste.

Y el rival era yo, siempre en silencio. Yo me asestaba el golpe y, a la vez, continuaba la práctica sádica capaz de destruir tus reflexiones, tus conceptos, tus cápsulas de pensamiento, tus menhires de suntuoso poder.

—El pensamiento está ahí, de todas formas —intenté defenderme aprovechando el camuflaje de la frase.

—Eso es literatura —respondiste con esa rauda manera de volver contra sí cada precepto—. Y la literatura no mata, no destruye. Solo en la acción se ejecutan las esencias.

En el fondo mi acción era de esencias.

Dupliqué mi condición de fantasma y produje la acción que me ordenabas —siempre en primera del plural— y aquella otra, aprehendida solo en el momento de llevarla a cabo. Se encallecieron mis manos y sus mapas habituales se obstruyeron con vivas cicatrices. Era un espectro a tus órdenes y otro, acaso idéntico, bajo la acción que mis manos no podían evitar, incontenibles ante el metal de los autos.

Qué orgullo sentí cuando dijiste:

—El rival no es tan simple, algo me dice que es bueno y sistemático.

La nimiedad sin sentido, cotidiana, también tiene su juicio, aunque lo más común sea verla en su prejuicio. Fue ese el momento que auguró mi victoria, y empecé a proyectar la operación siguiente. Era yo —nosotros— mi —nuestro— rival, y un tercero capaz de manejarlos a todos. Qué superior me hallé, qué grande el día en que te dije:

—Perdí los apuntes de Kundera.

Sería empezar de nuevo, recuperar en angustiosos préstamos las obras, anotar de memoria los traidores recuerdos. Levantar una Babel con tantos sencillos argumentos y frases lapidarias. Hacer aire de aquellas fichas tuyas. Obligarte a la repetición, lejana a tu temperamento. Someterte, bajo el tedio del camino vencido.

Intensa fue mi actividad mientras, alguna que otra vez, me incriminabas por moroso, reprochabas mis lentos resultados y buscabas en cuántos laberintos el porqué de mi pereza. Por cada agujero en un caucho quedaban marcados cinco autos. Llegué a escribir desaliñadas zetas para que todo apuntara a la obra de un chiquillo.

Debo decir con orgullo que de ningún modo la broma surgió por adicción —la asumía por disciplina, como un deber en cuyo cumplimiento llegaba a divertirme— ni se volvió directamente contra mí. Para ello hubiera sido necesario un argumento de Kundera, una de esas bromas con las que ha estado envolviendo a media humanidad.

Es un autor envolvente, no me dejaste ponerlo en nuestras notas, no quisiste salpicar los apuntes con ideas inmediatas, ajenas a un trasfondo filosófico sublime. Es uno de esos autores que convence, que arrastra como un buen amante, libre del convencimiento de la otra persona que abraza su torrente; como lo hacías tú conmigo, con el porqué necesario, con el último corte irrebatible, con el razonamiento final que concedía sentido a cada acción absurda, que encajaba la causa o el efecto según fuera preciso. Y para mí, que el sinsentido era vital, todo adquirió sentido.

Cada porción de la broma se ejecutó según un plan de huellas ensamblables, al paso de estructuras que jamás presagiaba. Kundera es un autor muy tentador, dijiste, tanto, que aun intentando destruirlo podemos terminar reclutados por sus huestes. Frase vital incomprendida en el momento justo; tan superior me vi. Me convertía en tu personaje, que es lo mismo que ser personaje de Kundera, uno de esos que aparecen con la dosis de antagonismo suficiente como para reafirmar las conclusiones que acompañan a los otros, los que son esenciales en la obra. Por cuánto tiempo dejé en las puertas de los autos rayones inestables, vulgares zetas y hasta falos y vulvas de pulso adolescente. Cuánto, hasta que mis manos no fueron más que un trapo viejo, un instrumento irreversible y obsoleto.

Si había un jugador, el derecho era tuyo. Lo comprendí muy tarde, cuando la broma, vencida por el hábito, capaz de agenciarse el mimetismo emocional de los paseantes, dejaba amanecer a la ciudad henchida de letreros sin definición y ningún auto escapaba a la fiebre colectiva que sajaba sus gomas. La broma, como dije, no se volvía contra mí: partía desde mí y desertaba. La ciudad —esa fue tu victoria (y mi derrota)— amaneció llena de frases, no importa ya cuáles, y de autos que eran viva chatarra en los parqueos. Cualquiera podía imaginar a las familias fraguando sus viajes a los muros, sobornando a los guardias y a los chivas —tal vez intimidándolos—, disfrutando del vicio de la broma sin saber que su orgía era el fruto morboso de un cerebro, de alguien que soñaba fabricar personajes rigurosamente humanos.

—La escritura no es más que una gran farsa —repetías, mostrando una emoción febril, feliz de que todo se hiciera a partir de tus designios.

—Si ha lanzado su broma —se te escapó la frase—, ella le cargará sus consecuencias. Las de Kundera son trampas, series de minas en los campos del juicio. Ningún zapador escaparía con vida, menos un vulgar dinamitero como este.

Te había traicionado la emoción. No es para menos. Una ciudad envilecida en el delirio de una broma absurda, contaminando al país de una manera rotunda, tanto, que ninguna referencia del hecho aparecía no ya en la prensa insípida, olvidadiza, sino en la habitual conversación, en el más libre comentario de vecino. Nada, ni una mención. Solo carteles en los muros y autos llenos

de figuras insulsas y agujeros en las gomas. Pero nada se hablaba. Ni siquiera turistas, espías o enviados de prensa se decidían a enfocar allí sus cámaras. Brotaba, bien lo dijiste, la estación transitoria entre el ser y el olvido. La broma más alta de Kundera, quien brinda en su escritura jirones de esa propia estación, quien arrastra, como el mejor amante, y subyuga hacia el *kitsch* más absoluto: el suyo.

Tú lo sabías, pero no lo dijiste, por inmodestia, desde luego. Y te hiciste mi amante, y me lanzaste al torrente de la broma y llenaste el vacío de mi ser con esas frases de apariencia perfecta, con sus citas de gran filosofía, sus conceptos, sus cápsulas brillantes y sus sencillos argumentos que en esos juegos se llenan de complejidad. Un beso en nuestras bocas se hacía alud de sofismas, un juego de cruel filosofía que tus manos, tan firmes y seguras en mi cuerpo, sabían ocultar. Cada búsqueda sexual era un sendero en el que yo me perdería, la levedad y el peso en una carga sencilla, inexcusable. Eras —como lo vi después del caos, cuando tu esperma corría sobre mí como un río perenne y caudaloso y sentí que era apenas la pieza, el instrumento falaz y desechable— un espectro vulgar. Comprendía —de golpe— que en mis manos estaba pasar a primer plano, acabar la tiranía de tus bromas, pastiches de Kundera.

—Los escritores no saben sino crear fantasmas —farfullaste—, espectros que solo en el papel serían creíbles. Son niños que en su afán de jugar con la existencia, presumen de cambiar algo en el mundo.

Y habíamos adorado a un escritor. Habíamos colgado de sus frases como devotos cegados por su luz. Y

tú eras, me dije en tanto el murmullo de tu frase sacudía mis entrañas, culpable a toda costa. Eras savia de error; guía de errados. Tenía que hacerlo, me animé: en ese instante o nunca.

Y hundí en tu vientre, en tu pecho, tus muslos y tu boca, mi punzón (no el cuchillo de Brutus sino este vil instrumento de pobre zapatero) mientras tu espasmo borraba el peligro del dolor, más bien buscaba la sed de mi interior, el leve caudal de la psiquis o del alma. Una y otra vez sembré el dolor en tus gritos de placer, mezclé salvajemente el odio y la emoción. La levedad del ser vibraba desde ti mientras la vida se iba hacia otra parte, punzada por mis manos. Kundera escribe con la fe de ir sembrando el sentido kafkiano en la existencia.

Ahora, los autos transitan la ciudad sin un rasguño, sin que nadie se ensañe con sus gomas. En los muros, ora el musgo, ora la vieja pintura o el cemento, ora las pobres consignas y las vallas, permanecen tranquilas, sin que llegue una frase de Kundera —o de Heine o de Schiller, poco importa— a turbar su silencio. Pero en mis manos las llagas permanecen, las ampollas se aplacan, se levantan de nuevo cada vez que el punzón marca la piel de un amante a quien fui conquistando con los fajos de citas de Kundera.

Última agonía de La Garza

—Se llamará La Garza —dijo, con tal fuerza que nadie lo objetó a pesar de que ninguno recibió muy bien el nombre.

Suyos eran los tanques de sostén, las cuerdas, la brea, las planchas de plástico vidrioso, la madera preciosa, los avíos principales, la brújula, los mapas adecuados. Lo respaldaba una historia nebulosa de experiencias de pesca más allá de las aguas permitidas. Bajo sus órdenes la embarcación fue cobrando una forma definida.

—No habrá motores —advirtió, desde el inicio—; son un lastre inservible, de fácil detección por los radares.

Con finas cuerdas de nylon resistente y bien tejido ajustaron los tanques. Fue un esfuerzo tenaz y demorado, una y otra vez repetido, porque él les exigía que no quedara el más mínimo roce, que la tensión fuera exacta, precisa en la medida más sutil. Mientras, con madera preciosa se tallaba la quilla, el mástil y los remos, y unas planchas de plástico que parecían vidrio soplado conformaban el piso. Varias camas del pobre vecindario

quedaron sin sus sábanas, orgullosos sus dueños de aportar para las velas. Habían inundado la calleja, cerrando toda posibilidad al poco tráfico posible. Una botella de alcohol rebautizado pasaba de una mano a otra, dejaba su marca en cada aliento, estimulaba chistes y piropos, convocaba míticas hazañas y futuros gloriosos, de insaciable abundancia.

Los paseantes, acostumbrados a contemplar las artesanías monumentales de las fiestas, paso a paso construidas, se detenían a mirar el laboreo. Algunos, desde luego, habían venido solo para verlos, para comprobar con sus ojos lo que el rumor propagaba por el pueblo. El permiso de hacerse a la mar sin restricciones había lanzado al país a una febril actividad, mezclados todos, unos queriendo y otros dudando, mandando algunos y otros mandados a correr con tanta prisa, con ansiedad de escapar de la crisis insufrible. En las noches, algunas velas resistían el apagón y develaban pasajes de aquella singular embarcación que parecían fantasmas cansados de vagar entre las ruinas del mundo. Se narraban historias, invocaban a orishas e imágenes marianas y, cada vez, antes de irse a dormir, envueltos en el olor persistente del alcohol, lanzaban su oración a la virgen de la Caridad, patrona inestimable que debía guiarlos a buen puerto.

Siempre alguna idea, un previsor consejo, un presagio, un asunto pendiente, demoraba la orden de partida. Lista por fin, la embarcación recibía bendiciones, santiguos, despojos, y asombrados elogios por su ingenio. Más de un automóvil, lleno de curiosos en plena función de aprendizaje, había llegado hasta el barrio marginal, desde otros pueblos, a contemplar la obra. Solo detalles faltaban y, en

principio, los constructores se aprestaron a vencerlos. Pero la desesperación cundió, y la exigencia de partir fue insostenible.

—Habrá que hacerse a la mar con favorables presagios —respondió a las primeras presiones.

—Si queremos perder, y encerrarnos quizás de por vida en ese paraíso de alimañas, podríamos partir en este instante —se enfrentó a las segundas exigencias—; para llegar a la costa deseada, La Garza zarpará en el tiempo justo.

La desconfianza ganó fácil terreno. Lo tildaron de loco, de ateo, de aristócrata falso, de engreído. No una, sino varias botellas de alcohol de cruda alquimia recorrían los bordes de la embarcación, un coloso de viva artesanía en medio de la pobre calleja. El calor de la noche obligaba a salir de las precarias viviendas, todos ligeros de ropa y, no obstante, insistiendo en borrar la atroz temperatura con la fuerza del alcohol. En lo alto, más allá del lindero que cerraba al barrio, la casa de dos pisos se dormía en silencio, protegiendo la fe del caprichoso cuya leyenda le permitía demorar la partida hasta quién sabe cuándo.

En un rumor muy tenue vibró la decisión: se comenzó a conspirar. Para cada uno de ellos, los alistados y los no, sería imposible continuar la espera. La construcción era perfecta y en ella podían alejarse de todo, escapar de la crisis, gritar a pleno antojo Me cago en cualquier cosa. Lo importante era huir, porque huir se erigía en frase de orden, en verbo salvador, en perspectiva más real. No importa el riesgo, señores, nos iremos nosotros, y si ese loco no viene, allá él. Un susurro la voz, pero también una muestra de ebriedad.

En un puro secreto lo apoyaron. Lo siguieron. Tiempos de huir, parodiaban la consigna tomada de Martí.

La embarcación se llenó de tripulantes henchidos de entusiasmo, dispuestos a romper la adversidad de la espera. Debía partir en ese instante, desde la misma tierra, travesía también los veinte kilómetros de remolque hasta la costa. Aperos y vituallas, bolsas de alimentos y vasijas con agua subieron en el acto, olvidando el silencio para siempre porque el palenque de salida, conservado por días de la humedad y la pura tentación, había emprendido su trayecto hacia el cielo en desafío perfecto al apagón.

De pronto, desde la casa de dos pisos, un reflector enorme iluminó la escena. La demasiada luz, atravesando las paredes que ella misma formaba con el polvo, sorprendió a todos, imponiendo un silencio inimitable. Por entre el chorro de luz divisaron la silueta, el cuerpo cuya sombra les permitía fijar allí la vista y sospechar que sus contornos venían del infinito.

—Es la señal —dijo.

Fue enorme el júbilo, su explosión justo antes de que la luz del reflector se retirase. Una zaranda de fuegos de artificio brotó de algún costado de la vía. El remolque emprendió su recorrido hacia la carretera, el reflector por delante, convertido en el faro de la tenaz embarcación cuyo nombre brillaba en los costados, cada letra adornando los extremos de un tanque. Los vecinos salieron a mirarlos, aquel torrente de luz a lo largo de las calles oscuras. Algunos aplaudieron, fanatizados ante el riesgo, otros gritaron insultos e improperios, reclamaron sus vívidos principios de patria aunque con hambre. Los

menos, se burlaron, alejaron de sí los extremos tirantes de la lucha. El remolque avanzaba con paso de ritual, hacia la costa.

La madrugada se abría cuando por fin arribaron a la playa. La voz del audio pedía que desistiesen, en dudosa virtud de disuasión. Los primeros curiosos llegaron con sus cámaras, ansiosos de un nuevo reportaje. Cada balsa, cada bote, de remos o motor, se erigía en suceso. Los paseantes miraban, aplaudían, opinaban... Algunos, repletos de entusiasmo, se lanzaban a atrapar la embarcación en el último momento, impulsados quién sabe por qué rabias.

La Garza, no obstante, era un suceso más; por la imponencia de su aspecto, por la mezclada multitud que la ocupaba, por la visión del capitán siempre mirando al horizonte, por lo ingenioso de la forma en que la harían avanzar solo con fuerza humana. Su partida fue lenta, de tan precaria apariencia, que ninguno de aquellos fortuitos emigrantes se decidió a abordarla. Abundancia de fotos y tristes vaticinios la escoltaron. Esperaban, opinión casi unánime, que apenas en lo hondo se hundiría y que podrían filmarlos, retratarlos, dibujarlos, apresarlos con la visión del testigo y la esperanza del narrador espontáneo, en su regreso a nado, angustioso, tal vez en lanchas de rescate, no habría que exagerar. Pero La Garza creció en velocidad y muy pronto su estela se hundió en el horizonte. Cada uno, en ella, conocía su función, la había ensayado en los días de prepararse y deseaba hacerlo en vivo, sobre el mar, tan tranquilo ese día de la partida. Muy pronto, en la corriente, varias toninas saltaron jugando con la sombra del barco.

La voz del capitán se alzó para aplacar el miedo.

—Importante será cruzar esta corriente —advirtió.

Aún no llegaba la hora de dejarse arrastrar hasta el lugar preciso. El trabajo, la confianza en el hombre, y el oportuno ciclo del alcohol, les permitieron adaptarse con mucha rapidez al medio natural e, incluso, no perder la habitual velocidad. Los relevos entraban justo a tiempo, protegida la piel con cremas y sombreros, y el descanso era siempre una exigencia. Solo él, como un coloso, un Ulises por siglos mejorado, parecía no dormir, en su puesto de mando, atento a cada peripecia, a cada tic de la brújula en el mapa.

En la rutina precisa transcurrieron los días y las noches, sin que el tiempo cambiase no más que hacia un chubasco o a una gasa de nubes de sombra agradecida. Al parecer, los guardacostas los habían ignorado y marchaban a la tierra de grandes promisiones; el capitán en su puesto, cumplidor en verdad de sus promesas. Los días y las noches; sin que el agua faltase; sin que ninguna reserva se agotara; sin que la intensa rutina les permitiera caer en la locura y, de ahí, en el envilecimiento. En las noches, el faro infatigable proyectaba su luz hacia delante, anunciando el avance, avergonzando a los fuegos de San Telmo que mal se dibujaban en el mástil.

—Es un viaje perenne —se dijeron a un tiempo, después de cien años de trayecto—; y él maneja las rutas en secreto.

—Se cree Moisés el muy cabrón —dijo un negro robusto, en un susurro tan bajo que solo su compañero de remo lo escuchó.

—O Jasón, el muy nenito de su madre —acotó el otro, dando un golpe de más al duro remo.

La madera preciosa se quebró y el olor ascendió por todo el barco. Una inquietud general movió los rostros; despertaron los ojos hacia el mar y, por primera vez, un ardor leve se posó en la piel de cada cual.

—Es el olor de los bosques —dijo él, impávido en el mando—: Se han perdido.

El olor de los bosques, el monte, repitieron. Para apresarlo, para que no les faltara ni el más mínimo efluvio, quebraron cada remo, hasta hacerlos añicos inservibles, inhalando el serrín como viciosos. Después el mástil añorado en cada vuelta de sus giros tallados, en cada rítmico surco, cada veloz protuberancia. Como un manto de muerte, la vela blanca cayó sobre el verde tranquilo de las aguas, espléndida hacia el rumbo interminable, una alfombra gigante delante de la proa.

Hemos llegado por fin. Hemos llegado.

Fue la alarma; la voz que los llamó desde sí mismos. La vela blanca flotaba; develaba el camino; se extendía por fin hacia el puerto deseado. Nos esperan aquí, con esta alfombra, se dijeron, y se lanzaron, ansiosos de tener recibimiento. La bonanza espejeaba, esperando por ellos, llamándolos con su rostro de brillo inestimable. Cada uno corría a lo largo de la vela, de fondo el reflector como un coloso divino e inspirado, hasta perderse en las aguas apacibles como en esos filmes de mundos paralelos, poéticos, ignotos. Pero la vela insistía, permanecía tendida en la distancia, y todos la cruzaron, hasta el vacío, hacia la nada que el ser humano temerá por siempre. No se percataban, es cierto, de que allí sucumbían. El olor de los bosques les había destrozado los sentidos. Arrojando zapatos, ropas viejas, enseres ya remotos, corrían

para que la abundancia los vistiese, les dejara probar las míticas comidas, los estridentes salarios que nunca han amasado.

En La Garza solo su dueño miraba al horizonte, la silueta cortada, majestuosa delante de la luz del reflector. Al pairo esperó el amanecer, o tal vez no era al pairo, porque la vela había hallado una corriente y jalaba la nave hacia su rumbo. El plástico del piso se había roto y algunos tanques, desprendidos por fin, flotaban a lo lejos como queriendo también seguir la ruta. En los costados las letras se alteraban; subvertían el viejo nombre.

No había nadie en la orilla cuando el último tanque se estrelló contra las rocas y el capitán, náufrago al fin, aunque sin dejar de abrazar el faro enorme, quedó tendido sobre el diente de perro. Nadie, tampoco, se acercó a recogerlo. El cuerpo desmayado, como en otra sesión de efectos especiales, se fue desintegrando; el rostro inaprensible, el tórax poderoso, las piernas, los brazos, el esqueleto todo, hecho polvo de sal sobre la roca. Solo el faro brillaba noche a noche, como un fantasma aburrido, constante en su misión de confundir a los botes que naufragan, de alentarlos a lanzarse al vacío donde La Garza se fue, según los diarios.

Cambio de impresiones

Cada tarde, cuando el sol poderoso administraba una corriente de tibio bienestar, se juntaban, como en la vieja posada de Boccaccio, a recordar su pasado, a inventarlo tal vez, a atemperar el futuro, a construir las leyendas que animan y acompañan al ser en cada una de sus rutas.

—Para mí, es la verdad, la vida se había hecho imposible. Mi ser, la inteligencia, mis gustos personales cada día juzgados por mediocres, entrometidos y arribistas, carentes de reales perspectivas. ¿Quién vive sacudido a cada instante por la opinión del prójimo? Muchos de mis amigos aprovecharon esa su condición para imponerse, para sobresalir de entre el conjunto que mira con temor, sin atreverse a saber que somos a fin de cuentas seres como ellos, análogos en casi todo. Pero yo no podía soportarlo. Mi naturaleza era ajena a ese tipo constante de escarceos.

—Es comprensible, sí, pero es aun peor el aislamiento, que te dejen así, en un rincón, sin acceso a los hechos y las cosas.

—Pasearse con la letra escarlata por delante de todos es casi un viaje hacia el suicidio.

—Uno sale al balcón una mañana y piensa que la vida es diferente en otros sitios, que puede sacudirse con un viaje esa presión de los otros sobre ti.

—Que en esos nuevos lugares habrá personas distintas, plenas de conversación, de compañía; que en las noches podrás acercarte a las zonas de bullicio, contar a los demás tus situaciones, gritar, acaso, lo que se te antoje.

—Y estar solo a la vez que lo desees. Mejor que nadie intervenga en tu vida personal, que nadie haga de ti su material de estudio, su escuela de consultas cotidianas.

—Descargarle tus penas a los otros; salir con los demás e imaginar que la vida es mejor porque vives en ella en ese instante.

—Tener una casa de pura soledad.

—Llegar a los lugares de plena compañía.

Hubo un tenue silencio. Apenas los rumores de esa vida callada se dejaron sentir unos segundos, tal vez minutos, porque el tiempo había huido a otras conquistas. El grupo, no obstante, continuaría su intercambio de impresiones.

—Razones. Siempre razones. ¿No es posible cambiar las circunstancias de vida por simple e inmediato deseo? ¿Por qué tenemos que andar por todas partes explicando la esencia de cada una de nuestras decisiones? El ser humano es esclavo de esas normas de conducta que él mismo va creando sin descanso. Simplemente me dije A fugarse, la fuga será mi próxima zancada, y allí fui, sin explicarlo, sin arreglos de cómo no podía ni de cuánto

podré. El futuro no existe. ¿Por qué se han empeñado en convocarlo? Aquí mismo, por ejemplo, solo existimos en presente.

—¿No esperas tú este momento de sentarnos a hablar de nuestras vidas?

—¿Nos dirás que no piensas en las frases del próximo relato?

—Pero no lo consigo si no vengo a narrarlo, compréndanlo. Solo el presente en que les cuento, o les debo contar, cómo decidí escaparme y cómo, al fin, lo conseguimos, hace válidos uno y otro tiempos.

—¿Y por qué entonces te preocupan los conceptos ajenos, si solo el presente de llevarlos a su uso puede hacerlos pertinentes?

—Porque tal vez son ustedes quienes me preocupan, todo el tiempo sumando otro motivo.

—Monsergas. Lo importante es hacer perfectamente claro que el culpable está allá, en la tierra preciosa que dejamos.

—O acá, en la angustiosa tierra a la que vamos.

—Culpables. Héroes. Víctimas. Demasiados comodines para abrirse camino en realidad.

Casi siempre, en las tardes de sol vivo e intenso, era imposible escuchar un buen relato. Todos querían marcar sus opiniones, timbrar en los demás sus criterios personales, aunque, la verdad es que más bien eran criterios de grupo, conceptos entregados al uso colectivo. En las tormentas, en las tardes de rápidas corrientes y enojados vaivenes, tornaban a narrar sus peripecias, a auscultar en los detalles el porqué de las tristes consecuencias. Pero nunca dejaron de cambiar impresiones; nunca dejaron de sentarse alrededor de algún

objeto evocador, a conversar, a inventar el pasado y el futuro, como en la vieja posada de Boccaccio.

—Mi barco era seguro, al menos eso nos dijeron, pero apto para pocas personas. ¡Y éramos tantos! Todos queriendo marcharse, todos con fajos de billetes en las manos. Negocios, se sabe, son negocios.

—Este mar, en verdad, es una franja. ¿Por qué no conseguimos acarrearlo de una vez? ¿Por qué no lo cruzamos limpiamente? ¿Por qué los botes precarios se deshacen de pronto?

—Las travesías son angostas en el mar. Nadie adivina qué obstáculos las rompen, qué fronteras se cierran o se abren.

La nostalgia imponía un nuevo silencio. Callados, recibían de las corrientes la imagen de los últimos sucesos, el porqué de los vuelcos y fracasos, la posibilidad cada vez más remota de arribar a algún sitio, aunque no fuese la tierra prometida, o el mar hecho de espuma preciosa y abundancias.

—Mejor soñamos con próximas victorias.

—Es nocivo empeñarse en recordar las peores consecuencias.

—A propósito, traigo en mi mente un relato de cómo llegaremos, y arribaremos triunfantes a cada aspiración, cada deseo, por pequeño, por nimio que parezca.

—Después voy a contarles mi regreso de elegante señora, de mano bondadosa, espléndida en las dádivas, constante en las precisas regalías.

—Y de los autos, los cientos de canales, los millones de inventos que nunca imaginamos.

—Telenovelas tan lindas y abundantes, bonitas de verdad, porque ella siempre se casa y se hace rica.

—Yo, en cambio, solo digo que es falsa la obsesión, que no somos fanáticos, sino gente que nunca está vencida, luchadores sin tregua por la vida, aunque ahora ninguno se atreva a predecir exactamente cuándo llegaremos al mundo presentido.

Después, cuando la noche bajaba sobre el mar, y la profundidad se hacía fría y temerosa, cada uno volvía a su soledad, a su habitual sitio de ahogado, a su espera por una próxima tarde de cambio de impresiones.

Cuarteto de Roma

I. Conrado:

Pasé el invierno en una racha insufrible de agonía culposa. A simple vista, nadie podía advertir que me agobiara el más tenaz desasosiego, capaz de vencer a paso de conquista cada uno de todos los obstáculos, razonamientos y bromas que pudiera interponerle. Mi reserva secreta de entereza se resquebrajaba aun cuando mi rostro continuara tan firme en su rol de evitar una hecatombe pública. Vivía en una maniática obsesión, en una sospecha invencible que me hacía relacionar cualquier movimiento, frase, saludo, o acaso el guiño más sutil que brotara de los ojos de Aluvia, con un intento de infidelidad. Gestos naturales, como alisar con una vuelta de los dedos un filón de cabello, se convertían en señales de complicidad si descubría que algún hombre la observaba; expresiones cotidianas, enunciadas más para llenar el silencio que con la fe de decir algo, adquirían de inmediato condición de advertencia, una clave cuyo código debía descifrar en el instante. Cada una de sus sugerencias, lo confieso,

embarazaba mi arsenal de sospechas con un torrente de dudas que a duras penas conseguía ocultar.

Reconozco que es algo paranoico, pero a veces los locos, en sus manías supuestamente absurdas, muestran la llave del mundo. Y no es que fuera mal la relación, pues, al repasar las manifestaciones que dan fe de una entrega verdadera, cosa que hacía varias veces en el día, nada podía reprocharle. Atendía mis reclamos cotidianos, escogía mis ropas en las compras, preparaba mis platos favoritos, con salsas, condimentos y sales necesarias, cuidaba de mi barba y mis cabellos, me reclamaba desnudo y adherido a su cuerpo para conciliar el sueño.

Pero me levantaba con los presentimientos más insospechados, y hasta le dedicaba velados sofismas, siempre insistiendo en sorprender contradicciones que pudieran revelar la exactitud de mis temores. Era muy raro, es cierto. En el fondo preciso de mi corazón —si se me permite la frase— no hubiera querido que Aluvia tuviese la más mínima intención de mirar a otra persona, aunque, y es el quid de la paradoja inexplicable, cada vez deseaba con más fuerza comprobar que eran ciertas mis sospechas. De haberme enfrentado con las pruebas, con la confirmación ya irrevocable, me habría tranquilizado. Aunque el mazazo me arrancara del mundo y me hundiera en un período de intenso sufrimiento, sería, de cualquier modo, finito, filosófico incluso pues tendría que asumirme en la nueva circunstancia. Y en un futuro lo hubiera rebasado, ya por abandono absoluto, ya por sustitución, ya por evasión definitiva o por derrota.

En cambio, sufrir diariamente la idea de la infidelidad roía hasta el horror el curso de mi vida. Detrás de

mi rostro de apariencia sana se debatía un tropel de perversos pensamientos, de sádicas venganzas y crueles nociones de tortura que a nadie confesaba al descubrir su flagrante ingenuidad, su esencia sin dudas infantil. Era una situación insostenible.

En los horarios menos propicios, la arrastraba para hacerle el amor con una intensidad nunca antes conseguida, acaso digna del ímpetu de Júpiter, de Apolo, de Baco o de Dionisio, o de una guardia de sátiros turgentes. La paladeaba con furia y con ternura, dejando actuar a mi imaginación siempre dispuesta a estallar como una larga serie de fuegos de artificio. Y parecía tan feliz en esos lances, tan mía a toda prueba. Pero yo echaba todo al cesto una vez terminado el escarceo, pues casi nunca mis pesquisas y trampas psicológicas quedaban en la sombra. Elaborar el plan de acercamiento, la estrategia del sitio que plantearía con mis preguntas insignificantes, ocupaba gran parte de mi tiempo, lo sé, y no me explico cómo podía llevar mi vida normal con tanta sobrecarga. Tal vez por eso, y no por las omnipresentes dificultades burocráticas o por el pobre sentido de gestión, se retrasaban mis deberes laborales y hasta las irregulares soluciones que imponían las carencias cotidianas.

Felizmente, un día de finales de invierno desperté con uno de esos presentimientos que me hacen temblar el corazón hasta las taquicardias. Decidí acompañarla, no recuerdo con cuál burdo pretexto, a una de sus actividades. En principio, Aluvia no emitió la más mínima protesta. Esto nada indicaba, desde luego; otras veces le había propuesto algo similar y ella había reaccionado de distinta manera, incluso enojándose por mi desconfianza.

De más está decir que entonces le juraba que no, que para nada del mundo me atrevería a desconfiar de su fidelidad y que, paradoja adentro, si algo de eso que ella misma insinuaba sucedía, el mundo no iba a desplomarse en un segundo. Mi capa de ozono, reiteraba, entre irónico y airado, estaba más que protegida. Con frecuencia tales escarceos derivaban en trifulca y esta en un desborde sexual capaz de arrancar a voz en cuello y pujante, y en términos casi siempre obscenos, declaraciones de amor de una vehemencia delirante, acrobacias, llantos sonoros y recónditas búsquedas de rincones erógenos. Juego violento aquel que nos alimentaba, que impulsaba con bríos renovados la relación matrimonial, aunque no sé por qué los matrimonios suelen presentar estas acciones como un tanto vergonzosas y hasta inapropiadas. Para mí, lo ideal es que toda fantasía sexual se transforme en un hecho consumado en el propio matrimonio, con tu pareja inmediata, con aquella que a diario te acompaña en las buenas y en las malas. Si pudiera elegir, no tendría relaciones amorosas más que con ella. Por desgracia, la sociedad obliga a enfrentarse a deslices de los que debemos, irrevocablemente, salir triunfantes, imaginativos, enérgicos y comprensivos. Los intercambios entre amantes no son más que un gesto adaptativo ante las convenciones sociales, una vía segura para contar con el imprescindible expediente de rebeldía que todos, sin reconocimiento abierto, nos exigen.

Nada indicaba su indiferente reacción, así que mi estrategia apuntaba a la capacidad de persistir, a hacer obvia la rara decisión de acompañarla. De haber estado envuelto en uno de esos trances de expediente rebelde

me hubiera preocupado menos por los supuestos pasos sospechosos de Aluvia. Pero vagaba en los límites de la obsesión y nada iba a impedir que la siguiera hasta aquella aburrida actividad: un intercambio de regalos que develaría el rostro de amigos y mensajes secretos sostenidos durante el último trimestre laboral. Nada es tan insoportable como esas bromas que surgen mientras los destinatarios abren con torpeza los bultos, casi siempre empaquetados con gusto deprimente. Detestaba entramparme en semejantes circunstancias y Aluvia lo sabía, de ahí que su anzuelo se envolviera con gestos sobreactuados y mohines ridículos del rostro, que a mis manos crispadas respondieran sus pómulos burlones. Por fin, mi insistencia en querer acompañarla, sumado a un grupo de axiomas e indirectas que bien delataban mis sospechas, fue recibida como la acusación que era y, cuando el cruce de alusiones llegó a un calor intenso, como un acto de acoso conyugal.

De todas formas, tras la violencia verbal, la furia incontenible del sexo y las caricias finales y pequeñas, la acompañé, formal hasta el delirio, dispuesto incluso a disfrutar con los chistes de mal gusto, gastados por el uso y la repetición, insulsos a pesar de su atrevida obscenidad. Iba seguramente convencido de que alguna que otra vez es necesario compartir con la esposa sus más ridículas inclinaciones, de que, a fin de cuentas, ella tampoco disfrutaba el desfile monótono de zarandajas y que solo cumplía con otra de esas convenciones que la sociedad va colocando a nuestro paso. No exagero si digo que algo raro, misterioso, extrasensorial acaso, me pedía que asistiese a ese intercambio de regalos, con su colofón

de bebidas y canciones de moda ya gastadas. Algo subía de mi interior para llevarme a esa brecha del destino. Allí, apartados del bullicio, estaban un compañero de Aluvia y su pareja: Ynancy.

Parece de mundo paralelo, de escritura fantástica, de autor enmarañado y caprichoso, le dije, impresionado no precisamente por el nombre, al que elogiaba por pura mecanicidad. Ella aceptó con reticencia, acariciando a la vez el brazo poderoso de su compañero. Él, sin embargo, no advirtió, o fingió no advertir el trasfondo entusiasta de mis observaciones y se limitó a acariciarla en el rostro murmurando muy bajo Ynancy, magnífica mi Ynancy, para preguntar después a Aluvia si venía lista para la tortura. No perdí, desde luego, mi oportunidad de descargar otra broma sobre el nunca bien recargado gusto popular y declarar, con ello, mi simpatía hacia el recién conocido. También iba en ello la liberación, si no absoluta al menos en una porción bastante amplia, de mi carga de sospechas y mi sarta de dudas paranoicas.

Tal vez, debo reconocerlo, el ciclo de obsesiones no era más que una antesala imprescindible para llegar a Ynancy. Gracias a su aparición disminuyó mi sospecha intransitable, mi acoso sobre Aluvia y sus normales salidas cotidianas, mi paranoia de ver en cada gesto de mi esposa una complicidad secreta que me lanzaba de lleno a la exclusión, que me obviaba por siempre de sus vívidas pasiones. Estoy seguro de que el amor —y aquí incluyo imprescindiblemente al sexo— entre mi esposa y yo fue más intenso después de mis espléndidas sesiones con Ynancy, ocultas, tiernas, sentimentales, eróticas también hasta el delirio, que en aquellas en las que el síndrome

de la violencia regía las acrobacias que me hacían ver a Aluvia en el trono perenne del deseo. Y algo muy importante: Ynancy barría la insuficiencia intrínseca de Aluvia, complementaba la huella de ese No que descubría en cada uno de sus gestos. No es cosa de perder en lamentos aquello en lo que andamos imbuidos aun en contra de nuestra voluntad, sino de comprender que todos los sucesos son parte de una cadena continua de acción y consecuencia a la que, si faltamos, corremos el riesgo de desaparecer del todo. Sé que tanto Aluvia como yo vibramos con más honda entrega después de mi secreta relación que en nuestra común vida anterior. Ella fue una de esas señales que las mentes más simples asocian con regalos divinos y que no son otra cosa que síntomas de los inexplorados y ricos discursos extrasensoriales que nos comunican con el universo. Reconozco, también, que mi obsesión insufrible del invierno no fue más que un preludio del todo necesario para una primavera espléndida, feliz a toda costa.

II. Ynancy:

Estaba acostumbrada al papel de pareja amorosa y llevadera de David Azur. En casos semejantes, era su camarón encantado, su pala perfecta pues, además de la posibilidad de los celos excitantes en la amante, podía servir de espía con el compañero y, de paso, entretenerlo un poco para que ellos concertaran al menos el encuentro próximo. Era un acuerdo tácito, algo que entre los dos funcionaba con una perfección mecánica. Disfrutaba adentrarme en ese rol, me sentía impersonal, extravagante, personaje en la plena acepción de la palabra

y, por eso mismo, dueña de cada situación, observadora a toda costa. Siento un inmenso placer al manejar las personas como si fuesen muñecas o instrumentos, no como pudiera pensarse, para manipularlas con sadismo, sino para jugar, como quien hace figurillas de barro o se divierte con los chorros del grifo. Podía escuchar coqueteos, indirectas, conversaciones insulsas o en exceso complejas sin que se transformara mi expresión, siempre adecuada, siempre sobrante de tino y discreción.

David Azur había pasado a recogerme, sin aviso, y yo, para asombro de mi madre a pesar de que es tiempo de que se haya acostumbrado, lo acompañé con la condición de que, si estaba limpio el campo, me marcharía de esa aburrida actividad. Al verla venir, acompañada, comentó en un susurro que tenía el santo claro y que había sido brillante al pensar en buscarme. Me dio un beso de amigos, me apretó por los hombros y se dispuso a recibirla bajo la más sana naturalidad. Conrado parecía del todo eufórico, seguro, o al menos satisfecho, perfecto para pasar a la fase de comunicación. Fue en extremo galante, aunque en constante vigilia, no siempre bien disimulada, que le permitía estar atento a los pasos de su Aluvia. David Azur era experto en esas lides, así que no le fue difícil aprovechar los escasos momentos de conversación y hasta acercarse a mí, como si me cuidara, como si temiera que ese constante interlocutor consiguiera atraparme. Conrado, por su parte, no demoró en fascinarme, no sé decir por qué ni con cuáles valores, si es que en algún momento aparecieron. Sentí la acción de algo que hurgaba en mi interior, que me impelía a deslumbrarme con su trivial filosofía, o a reír

con sus comunes chistes, o a divertirme con sus gastadas ocurrencias. Y, aunque más bien nos comportamos con indiferencia, no nos parecieron en extremo intolerables las estruendosas bocinas, las pésimas ruedas de casino, los coros de mujeres románticas tras los baladistas *de facto* ni, siquiera, los borrachos precoces. Al final de la tarde sabíamos cómo localizarnos, cómo volver a encontrarnos, solos, cómplices furtivos, cosa que hicimos apenas en el día siguiente y a espaldas de Aluvia y de David Azur.

He tenido mis novios, obviamente, y hasta amantes fogosos, deseados por mí, reclamados con ansia y con derroche, pero jamás me hallé hundida en un amor que no me permitiera abandonarlo en el momento justo. Me gusta disfrutar la independencia, no según pudiera sospecharse, para campar a mis anchas, suelta y sin vacunar, como se dice ahora por la calle. Las ligaduras de amante me pesan demasiado, siquiera las más nimias. Solo si compruebo que no estoy bajo el dominio indispensable de ataduras consigo entregarme limpiamente, pertenecer, si es que cabe una imagen tan absurda, a alguien. Sin embargo ante Conrado sucedió algo imprevisto, insulso pero intenso, una pasión que él atribuye a no sé cuáles influjos extrasensoriales y que no me he atrevido a discernir con equidad. Yo misma avivé las ataduras, reclamé los encuentros clandestinos y conseguí disuadirlo en sus raptos de arrepentimiento. Eso, sin traicionar mi amistad probadamente antigua con David Azur, sin ofrecerle la inútil revelación de las ocultas escapadas de Aluvia. La relación entre él y yo nos pertenecía a nosotros solamente. Así lo había sentido. Supe, desde el

primer momento en que nos desnudamos, que eran mías las llaves del silencio, que las informaciones venían hasta mí para encontrar su caja de caudales, para que solo yo estuviese en la privilegiada posición de quien maneja el accionar del prójimo, por sana diversión, como se sabe.

Pero jugar con personas tiene límites que a veces no advertimos, que nos sobrepasan si estamos tan entregados al ritmo de sus movimientos que, en lugar de gobernar las jugadas, nos convertimos en parte de sus variaciones. El pensamiento, la razón estrictamente, mueve las rutas del mundo. Nada ocurre que no sea el resultado de una buena manera de distribuir las piezas. Las pasiones, los grandes movimientos de la historia, los más bruscos e insignificantes giros que asumen los actos cotidianos, son producto del juego de acción y reacción del pensamiento, consecuencia de las mentes que entran a moverlos. No es que el mundo, a mi juicio, sea un inmenso tablero de ajedrez o de cualquier otro juego semejante, ni, como pudiera pensarse con tales reflexiones, que responda a los designios de una mano poderosa dispuesta a divertirse con la mayor celeridad, sino que toda acción es consecuencia de un pensamiento inmediato y anterior que la deriva, la ajusta y condiciona según las circunstancias específicas.

Lo que no se conoce exactamente nunca es el punto que nos lleva de la gloria al abismo; qué giro específico de la circunstancia nos obliga a descender como si fuésemos piedras rodantes a lo largo de alguna ladera interminable, imprecisa también por su escarpada superficie. El abismo, la certeza de que hemos descendido a lo impensable, a aquello que nunca podemos relatar,

nos deja sin refugio, atados a la rutina propuesta por otras de esas tantas audacias cotidianas que, según Conrado, la sociedad nos impone.

La primavera me pareció una hermosura, una feliz asunción del papel de pertenecer realmente a alguien que, por otra parte y gracias a la información que yo misma dominaba, era de mi exclusiva pertenencia, como una pieza más. Fue una estación magnífica, en la que manejé con placer absoluto los pasos de Conrado, y de Aluvia, desde luego. Pero el verano fue estúpido, inesperado, cruel, capaz de lanzarme a un hueco negro insalvable, al peor de los sitios, pues es completamente imposible para mí sentirme pieza, saber que alguien va manejando mis acciones sin que yo pueda evadirme de sus órdenes.

En qué momento ni por cuál circunstancia llegué a esto, no puedo definirlo; solo sé que dirigen mis acciones, que me desplazo en un tablero que, aunque visto a la distancia, no reconozco bien. Solo comprendo que el calor de este verano me agota, obligándome a seguir tras aquello que está en lo inenarrable.

III. David Azur:

Por lógica, debía haberme escapado ya de Aluvia. Incluso es tiempo de que hubiera transcurrido el ciclo en que ellas reclaman que ya no soy el mismo y, de pronto, me persiguen con acusaciones (fundadas) y celos insufribles. He disfrutado las intensas discusiones, plagadas de invectivas soeces e insultos desmedidos y, alguna que otra vez, sazonadas con tirones de moños, uñas quebradas defendiendo la gloria de haber poseído a ese gran

tipo que soy yo, y hasta impactos de puños bien cerrados que dejan hematomas de honor incalculable. Casi siempre acompaño a las que pierden, porque eso refuerza, ante una y otra, mis posibilidades compasivas y hace crecer mi condición de hombre complaciente. Siento un placer inestimable cuando les hago el amor, así, recién magulladas, y beso, y lamo, y saboreo con viva fruición cada una de las huellas del combate. Es, sin que lo sepan, la despedida, la última sesión que les dedico para volver a los brazos de aquella otra que se debate entre el sabor paradójico de la victoria derrotada.

Pero Aluvia no ha entrado en ese ciclo. Me lo he dicho mil veces, me lo he propuesto incluso; todo baldío. No me concentro cuando pruebo con otras relaciones y he llegado hasta la inadmisible situación de debatirme con un vergonzoso pene a media asta que, para más chiste, no vuelve a incorporarse tras una apresurada evacuación. Las amistades de siempre, aquellas que dependían de mis abundantes y buenas relaciones con jóvenes disponibles, o con las también detectables veteranas que intentan regresar a tiempos mozos, han caído en bancarrota y me reprochan, los que aún se dignan a dirigirme la palabra, mi falta de consideración, mi reclusión conventual. Algunos, de los que han dejado de hablarme, desde luego, han comenzado a correr la sospecha de que, al fin, acotan, me han aburrido las mujeres y de quién sabe con quiénes van mis siguientes aventuras amorosas.

Nada de esto me importa. Solo Aluvia; solo hallarme de nuevo con ella entre mis brazos reconforta mis horas, alargadas por la sombra pesante del hastío, hechas de puro ejercicio en la resaca de un amor que se desploma sin remedio hacia el imaginario.

La primavera fue espléndida y jugosa. Mi truco de llevar conmigo a Ynancy fue ejemplar: aplacó al esposo y nos concedió una libertad casi ideal. Primero en el cuarto de un amigo, después, en cualquier sitio, incluidas las zonas de turismo y hasta las playas, medio desiertas y por eso magníficas en esa época. Aluvia, es la verdad, sobrepasó mis dimensiones. Los mismos subterfugios, las mismas búsquedas y complacencias, posiciones y ensayos, eran distintos con ella. Si bien era yo quien proponía, quien iba delante, sugiriendo con gestos y, pocas veces, con órdenes ligeras, ella daba el colofón exacto, la potencia del clímax. Era ella quien sabía completar cada juego con magia indescriptible. No puedo asegurar que sea el cambio de estación, pero el verano ha quebrado aquel idilio, ha sembrado un abismo entre nosotros, y me ha lanzado a este vicio de placer en solitario que me deja sin fuerzas y sin ánimos. No me ha sido difícil conseguir que la doctora firmase otro certificado a mi favor, pues mi aspecto la tiene preocupada e insiste en someterme a chequeo bajo su estricta vigilancia. Le digo que sí, que es buena su propuesta, y la imagino peleando con una de esas jovencitas que viven al asedio de las discos o que pierden su tiempo riendo entre los parques (aunque a veces lo ganan, no precisamente riendo, entre los parques oscuros y apartados) o con una de esas mulatas que atrapan el sustento vendiendo a domicilio productos de mercado negro. Jamás una doctora ha insistido tanto en sus insinuaciones sin que yo le prepare la emboscada que sueña. Son limpias, liberadas y muy agradecidas con el sexo, sobre todo si evito las pausas entre orgasmos. Pensar en eso es la fórmula para la resistencia, para extenderme en esas eyaculaciones continuas.

En cambio con Aluvia solo recibo su fuerza, su pasión, su insistencia. No puedo analizarla, no logro calibrar sus deseos con la distancia de siempre, con la segura fórmula. Aluvia me estremece y siento que hasta la última uña del meñique la disfruta. De ahí que se haga insostenible saber que, cuando consigo entramparla en un lugar de los nuestros, me analiza, distante, pensando en cómo soy, cuáles son los resortes que me impulsan, quiénes las mujeres que más me desbaratan y quiénes aquellas de las que puedo prescindir. Y, si fuera solo esto, estaría dispuesto a compartirlo, a entregarme, como se entregan a mí doctoras y estudiantes, trabajadoras y *freelances*. Pero apenas consigo persuadirla cuando vengo con una de esas caras opciones, o tal vez obsesiones de estos días, mientras sigo perdiéndome en el endeudamiento, cuando le ofrezco no precisamente el encuentro con mi cuerpo sino la aparición en uno de esos sitios bruñidos por el dólar. Es triste, a fin de cuentas, saber que me excita también contemplarla en ese rol de señora adinerada, productora de algo siempre audaz, poético y grandioso. Los estirados buscavidas la invitan a cenar, halagan sus virtudes delante de su esposo, que soy yo en ese instante, y hasta me dan el consejo de que nunca permita que se escape. Al menos, después de estas sesiones de representación de burguesía emprendedora, frenada por bloqueos y sistemas económicos, puedo poseerla con la furia de siempre, con la emoción que nos acompañó en la primavera.

El verano es atroz, laberinto en el que duele hasta la misma raíz la crueldad de los meses. No sé cuándo ni cómo podré liberarme del verano, esa estación que para

mí ha sido un privilegio, en la cual mis hazañas, placeres y caprichos colmaron expectativas de mucha pretensión. Debí pensar que, en las mujeres el cargo de conciencia de la infidelidad va ganando terreno a la propia necesidad de ser infiel, de refugiarse en esa paralela relación, de hallar el complemento de aquello de lo que carecen. Al cabo del tiempo, cuando creen que la práctica ha vencido su ciclo de reconocimiento, cuando han purgado por fin sus instintos de venganza y su ira ante Dios por haberlas hundido en menor categoría, regresan al redil, sin confesarlo al esposo, en extremo amorosas, dispuestas a ceder en aquel punto con el que siempre habían sido intransigentes. Debí razonar que las mujeres te usan como si fueses un juego de instrumentos, o una de esas terapias tan añejas que ahora se presentan con visos de avanzada.

Ninguna mujer se te entrega para siempre, aunque lo juren, aunque ellas mismas lo crean de esa manera y se declaren de un hombre hasta el delirio. Todas llevan prendido a sus caderas el síndrome de la escapada, sobre todo si tu amor es sublime y las reclamas desde el centro profundo de tus ansias, sobre todo en verano, cuando se escapan del cansino ejercicio laboral tantos cuerpos ansiosos, disponibles, y se van a las playas a solearse, a dejar en la arena torrentes de deseo; sobre todo si has vivido con ellas primaveras espléndidas.

IV. Aluvia:

Si no fuera mi esposo, le hubiera dicho adiós hace ya tiempo. Es un cuadro de lástima. Pero útil. Tiene clase, en público obviamente, y te enseña, sin comprenderlo

acaso, cómo hacer arcilla moldeable de las relaciones, cómo ver desde lejos a todos los demás, y utilizarlos. Él, desde luego, no utiliza a nadie; no comprende que sus posibilidades naturales son armas poderosas, recursos con los que siempre se puede abrir camino. Y me alegro, pues eso me permite no arrojarlo a la vuelta como un trasto y jurarle que sí, que sin él no se puede soportar la vida, que sin él la existencia es un juego digital. Personaje al fin, actúa en correspondencia, se atiene a los preceptos y a las reglas naturales del juego, y oscila según las circunstancias o, para ser exacta, según se exterioricen mis estados de ánimo. Fue un invierno difícil, regido por sus dudas, sospechas, acusaciones y diatribas, pero después la primavera calmó sus obsesiones y lo colocó en el momento preciso que impulsaba la historia.

David Azur es un niño engreído y poderoso, un amante feliz, pero aburrido, aséptico detrás de tanto don para inventar recursos. Sus gestos son agua de virtud sin sentimiento. Lo hubiera despedido aun antes de dejarlo creer que me había conquistado, que era otra de sus plazas sitiadas y vencidas, sin concederle siquiera su ansiada primavera. Carece por completo de clase y es incapaz de pasar más allá de su estúpido egoísmo, de su filosofía de don Juan de baratillo. Pero es la clave de todo surgimiento, es eje que permite ascender al nuevo mundo, aquilatar los cambios que persigo. Por él he vencido el asedio culposo de Conrado, he trascendido sus propias obsesiones de apasionamiento y, sobre todo, he llegado hasta Ynancy.

Sospechaba que no sería un asunto de llegar y atraparla, de ir directamente a sus murallas y montarme en

el puente levadizo. Sabía que, para obtenerla, sería imprescindible obligarla a transitar por un camino ascendente, progresivo. Primero, en su habitual rito de falsa pareja de David Azur, reprimida hasta el fondo en su enamoramiento de quien nunca ha intentado pasar de ser su amigo o, más propiamente, su manipulador de títeres; luego, como amante repentina de Conrado, abierta de pronto a una de esas engañosas pasiones. No es solo clase, también posee ternura y una especie de don para que las mujeres lo admiren al mismo tiempo que lo aman, lo desean y le reprochan su escasa habilidad para imponerse en los giros constantes e inmediatos de la vida. Sería perfecto si..., se dicen, pero nunca lo plantan totalmente, aunque lo dejen, aunque abdiquen del tiempo transcurrido con él durante esos juicios espontáneos que las amistades suelen imponernos.

Por el propio Conrado conocía cómo iban las cosas con Ynancy, aunque fingiera, aunque creyera que llevaba su engaño a plenitud y empleara su honda inteligencia en intentar despistarme. Y a través de él, también, enviaba mis mensajes ocultos para Ynancy. De ahí que supiera exactamente cuándo estaba en momento de abordarla, cuándo se rendiría a mi más inmediata insinuación. Utilicé, ya en el colmo de la seguridad y la confianza en mí, su mismo correo de cómplices, que conocía a la perfección, para citarla un día en el que Conrado estaría ausente de casa.

Venía dispuesta, diría sin temor que estaba ansiosa. La sorpresa de verme se mostró en sus ojos menos intensa de como yo misma lo hubiera imaginado, preparada como estaba para salvar circunstancias engorrosas.

Escuché su pretexto con mi más seguro rostro de credulidad y la invité a pasar, y a aceptarme algo de beber mientras fingía esmerarme en resolver mentalmente su problema, en indagar por detalles que hasta ese punto parecieran nimios. Hablamos poco, pero nos miramos bastante. Al momento, comprendí que el descuido con el que me comportaba al sentarme, o al desplazarme con cualquier burdo pretexto, bajo mi fina bata de casa y sin ropas interiores, la intranquilizaba. Podía advertir su garganta muy tensa, sus músculos vibrantes, sus ojos, indiscretos y siempre indetenibles. Cuando le pedí que me diera su criterio sobre la enfermedad de mamas que, según le confesaba, padecía, ella aceptó reconocerlas con pura mecanicidad. Sudaba mientras yo conducía sus dedos de una exploración a otra; presionaba con tal delicadeza que no tardaron mis pezones en ponerse de puntas. De pronto, guié hasta allí las yemas de sus dedos y el temblor que venía desde sus manos ascendió hasta mis hombros, estremeciendo los vellos de mis brazos. Por su garganta pasó un último destello de humedad mientras sus ojos perdían su decursar constante para quedarse, entrecerrados y fijos en su propio gesto, que aun era reflejo de mi orden.

Liberé entonces la fuerza que ejercía en sus dedos y comprobé que el riesgo no había sido en vano: allí permanecieron, rozando, ya con delicadeza plena, mis pezones, reconociendo de nuevo la dulzura agresiva de la piel. Comencé a desnudarla, cosa fácil, pues eran anchas sus ropas y anudadas con mucha sencillez. Ella se dejó conducir, a veces con los ojos cerrados, a veces reconociendo su cuerpo en el espejo alto, a veces observándome,

permitiéndome hacer con libertad. El tiempo de comunicación, en el que Conrado había sido el ingenuo intermediario, sobrepasaba ya toda expectativa. Conseguía mi objetivo: llegaba a Ynancy, con todas las posibilidades para ser su guía, con todos los hilos del cuarteto entre mis manos.

Y me las arreglé para hablarle a Girolamo del proyecto, un día en que había arrastrado a Ynancy hasta su hotel. Pasar de turista a empresario es un sueño sin dudas tentador para esos personajes, fofos y aburridos, que nos van conquistando sutilmente, sin que ellos mismos lo adviertan, sin que, al final, consigan en verdad una conquista digna. Es un sueño que aviva la chispa de cualquiera de ellos, rehenes del vertiginoso círculo vicioso que la sociedad les va trazando con señales brillantes, equívocas, seguras a sus ojos, más si andan implicadas dos muchachas perfectas, talentosas y atractivas, como se lo hemos demostrado Ynancy y yo.

Esa es la base del éxito, la esencia de avanzar siempre sumando una victoria: convencer a los demás de que las trampas con las que los vas dominando no son sino sus propias victorias, irreversibles conquistas ante el azaroso bregar de la existencia. Esa es la clave de llegar a feliz puerto con tus metas, la manera de hacer que hacia el final del otoño tenga en mis manos el ansiado contrato de trabajo, el difícil boleto que ha de llevarme a ese sitio que, tras el romano acento de un punto de oscura geografía, guarda para mí el despegue hacia una estación definitiva, espléndida hasta el fin.

Canalizo

Desesperados como estábamos, nadie se detuvo a pensar por qué el barco había decidido dejar de perseguirnos. Lo importante era huir, escapar a toda costa, salir de aquel canal que tantas malas noches nos había costado, arribar a algún sitio, no importaba ya cuál. No era, lo habíamos comprobado, un guardacostas, tampoco una lancha de patrullas ni, siquiera, salteadores esporádicos o piratas llamados a traficar con personas. Días de asedio y noches de vigilia temiendo que no volveríamos a amanecer, habían ayudado a descartar variantes como aquellas. Lo más absurdo de todo, el ridículo aserto del inicio, parecía a esas alturas lo más obvio: estábamos siendo acosados por uno de esos monstruos de pésima factura que invadían las salas de vídeo. Parecía un barco, pero también se estiraba desde proa como si un aura de efectos especiales hurgara desde dentro. A veces lo veíamos, tan cerca, como uno de esos pulpos que arrastran su terror por más de mil leyendas. De lejos, y en las noches, aparecía como un astro cansado de su imagen

infinita y estallaba en luciérnagas, en fuegos de San Telmo que, nadie supo decir por qué motivos, nos hacían consumirnos de pavor.

Medido en su estricta dimensión, el tiempo podía ser de apenas unos días. Pero en nuestra más cierta expectativa, en el rastro horadado por nuestro pensamiento, la extensión era enorme, acaso permanente e incontable. Escapar, solo escapar nos preocupaba; no ya del país, con su secuela de insultos y miserias, ni del monótono andar en que se hundían nuestras vidas, ni siquiera del tiempo inexistente, sino del buque fantasma, nombre que habíamos adoptado con unanimidad no consultada.

De inicio, su aparición produjo un rapto de alegría pues nos habíamos perdido a través de un canal que se hacía interminable. Llamamos, sin prudencia ninguna, ansiosos por hallar la voz de un guía. Pero nada escuchamos desde el buque. Al cabo de los días hemos podido pensar que levitaba, indiferente, mientras gastábamos todas las señales y perdíamos la voz con tanto grito, tantas vanas preguntas en medio de un canal cuyo mapa esencial era el silencio. Partió, como si nunca nos hubiera detectado, como si apenas él existiera en esa esfera de aguas y alimañas. Lo perseguimos, creyendo que tras él hallaríamos la salida, insistiendo otra vez en llamar por nuestro auxilio. Más veloz que nuestra precaria y magullada embarcación, lo perdimos de vista, aunque la estela perduraba más tiempo —recién lo comprendemos— del que debe durar cualquier estela y solo gracias a eso pudimos seguir sobre su ruta. Ansia de escapar, de aferrarse a la salida posible. Bastaba con la línea cortada a lo largo del canal para seguir aferrando una esperanza, para sentir,

sin reflexiones, la cercanía del escape. Solo después de comprender que era largo en exceso aquel trayecto comenzó la sospecha, el temor de una trampa irreversible. Y advertimos la clara extrañeza de la estela. Cuando se está en peligro, inerme ante lo desconocido, a punto de esperar lo más terrible, uno puede captar lo sobrenatural con menos reticencias y, lo peor de todo, someterse a su influjo.

Avemarías, padrenuestros, oraciones diversas, invocaciones de santos procedentes del panteón africano, imaginativo y guerrero, y hasta algún que otro murmullo en llamado a san Fangkón, inundaron nuestro barco. A pesar de lo estrecho, de lo angosto de la marcha de todos sobre las tablas de cubierta, el explícito acuerdo permitía que los ritos se efectuaran sin grandes obstrucciones. Alguien pasaba de rodillas, de un extremo a otro, hasta donde se bamboleaba la estatuilla de yeso de San Lázaro, mientras otros magyubaban sus santos con conchas, piedrecillas y gajos espinosos; a la par, una mujer improvisaba un rosario con nudos a través de una camisa de mangas alargadas y se enfrascaba en enseñar a su pequeña los rituales del rezo.

Yo miraba hacia la estela del buque todo el tiempo, pues sabía que los dioses, tan disímiles y antagónicos en tantas ocasiones, no ayudarían sin que aportásemos un esfuerzo concreto. La devoción general aplacó el pánico, concentró a cada cual y permitió que navegásemos por fin sin sobresaltos. Quienes no sentíamos la necesidad de una fuerza divina que nos escoltase, nos entregamos de lleno a la persecución. Calculamos la demora precisa de la estela, proyectamos turnos, para que el

navegar impreciso no echara nuestras fuerzas al agua impenetrable. La fe, a no dudarlo, era un precioso instrumento en esos trances y es mérito reconocer que no perdimos jamás de vista al buque.

El canal, en cambio, se estrechaba, se tornaba del todo innavegable. La devoción extrema, tal como ayuda, puede llevar a insólitas acciones. Quién sabe si lo justo no hubiera sido alejarse, retroceder. Pero la fe hizo que aquella fuera la esperanza, que todos sintiéramos que la línea de espuma era señal de guías insondables. Seguir, seguir la estela, ahora que nunca se borraba, aunque fuera insólito que un buque de tal envergadura navegara por ese canalizo angosto que hacía brotar su fondo cenagoso hasta la superficie. Hasta que fue del todo imposible continuar, deshecho el motor, quebrados los remos de emergencia, inútiles y escurridizas las pértigas de impulso.

Por suerte, la devoción evitó que hubiera histeria y reinó un clima de plena santidad que nos disponía a esperar tranquilamente la inevitable avanzada de los cocodrilos. Incluso los ateos, más por vencer el temor con un misterio sin plena solución que por una esperanza espiritual, encomendaron el alma a las potencias divinas.

—Creo que hemos dado la vuelta —dije en secreto al timonel—, y que pronto podremos vernos en aquel chiste en el que los rescatados, ya en un hospital nacional, elogian ese vaso de leche extranjero, desdeñando el líquido aguado que solían consumir.

El timonel, que no tenía creencias religiosas, pero tampoco sentido del humor, me lanzó una mirada de

desprecio antes de advertirme, también en tono bajo, para que ninguno de los otros lo escuchara:

—Piénsalo mejor si se te ocurre de nuevo un chistecito: vas abajo aunque los cocodrilos se embullen.

Tembló todo mi cuerpo, pues en el mar las amenazas se llenan de espeluznante certidumbre. Decidí que lo mejor sería entregarme a mi única devoción posible: pensar, imaginar otros estados de la mente y otros mundos, reales, obviamente.

Así nos entregamos al sueño, agotados después de tanta travesía y noches sin dormir. Cada uno soñó con su deidad, salvándonos a punto de ser devorados por los feroces cocodrilos, cada uno sintió limpio el corazón al ver que respondían a sus ruegos en un momento tan crítico, tan definitivo. Por mi parte, soñé con aquel cuento en el que cada cocodrilo identifica la nacionalidad del sujeto recién devorado ya sea por el olor —esencia de perfume francés—, por el sabor —hamburguesa americana—, o por las muchas condecoraciones y medallas que aún saca de sus dientes, lo cual le indica que se trata de algún héroe del trabajo de la Unión Soviética, al que se le ha agregado un cuarto devorador que se lamenta por los vahídos que le provoca el picadillo de soya, esencia del cubano que ha atrapado.

No fue posible, al día siguiente, determinar cuál de aquellas deidades nos había colocado mar afuera, a la vista de un cayo que veíamos como un sitio perfecto para náufragos de viejas y queridas novelas. Ni cuál otra, malvada, olvidada acaso, colocaba delante al buque enorme. Nos pareció una amenaza, así que, con las manos, inclinando los cuerpos por encima de cubierta, comenzamos

a remar desesperadamente. Lo importante era huir, escapar de aquel barco gigantesco que a punto había estado de dejarnos a merced de la ciénaga. Sin precisar explicaciones comprendimos que el buque fantasma era una especie de tentación —lo que cada cual se explicaría según sus intrincadas creencias—, una trampa en la que no podíamos caer. Pero, cuanto más luchábamos, más se le acercaba nuestra embarcación, más a punto del choque lo advertíamos. Impactaríamos su costado, era un hecho. La reacción última, de nuevo, se cobijó en la devoción. Cerrando los ojos, cada uno pidió su último deseo, decidido a recibir el impacto, la explosión, la desintegración inmediata. La madre, de espaldas al monstruo, envolvió el cuerpo de su hija segura de que así la libraría del golpe. Pareció larga la espera, sobre todo porque sentíamos el desplazamiento del monstruo hacia nosotros. Avanzábamos y, sin embargo, no habíamos impactado, no habíamos arribado a la desgracia inminente.

Cuando abrimos los ojos, casi al unísono, estábamos chocando con la arena, encallando en la playa. Detrás, no podía percibirse la más mínima señal de buque alguno, ni siquiera la estela misteriosa que habíamos perseguido. Solo la niña, furtivamente primero, después segura, había abierto sus ojos y había presenciado el ascenso del buque hacia las nubes. Sus descripciones, confusas, imprecisas, nos llevaron a pensar que alguna presencia superior había descendido en el momento justo para alzar el barco y dejar libre nuestro paso. Las peripecias de Gulliver hubieran parecido realismo elemental a esas alturas.

Esta es la tierra prometida, dijo alguien.

Hemos venido a fundar, agregó otro.

La fe nos ha salvado, murmuró la madre, y de la fe seremos.

La próxima excursión, pensé, sin atreverme a comentarlo, sin arriesgarme a ser pasto seguro de los cocodrilos, prefiero hacerla a una playa de diente de perro antes que verme en estos líos.

Todos, de rodillas sobre la magnífica arena, emprendieron sus ritos habituales. Para poder pensar, para tratar de explicarme qué ocurría, también me incliné junto a la orilla del mar. Como era de esperar, me dormí sin que llegara a mi mente explicación alguna.

Tres vírgenes desnudas jugaban con mi cuerpo, lanzándolo por encima del mar como si fuese una pelota de trapo. De pronto me riñeron con fuerza y al unísono, pegaron con sus manos blanquísimas y suaves en mis nalgas. Su contacto quemaba cuando por fin abrí los ojos. Más allá, mis compañeros de viaje discutían, porfiaban por sus dioses, exaltaban las eternas virtudes de sus bien alabadas deidades y denostaban las de cualquier otro fanático, lamentablemente ciego, en tinieblas, ahora que la luz había acudido plena. De las ofensas pasaron a las amenazas y de ahí a las agresiones. Por suerte, un rayo poderoso cortó aquel desenfreno; detuvo cada gesto tal y como ocurre en el momento en que la Bella Durmiente se pincha con el huso. Eran, literalmente, estatuas bajo la tormenta. También yo, aunque observaba, aunque añoraba correr a algún refugio, era una estatua más. Cada figura allí, sin moverse, aunque tal vez con la capacidad de ver, resistió la tormenta, dejó que el agua del cielo limpiara el salitre acumulado en los días

de travesía. El tiempo, como siempre engañoso, se hizo largo, quizás de unos cien años, pero, puesto que alguna vez tenía que ser, la tormenta cesó y cada uno, por suerte, abandonó las agresiones directas, cosa por completo distinta a la continuidad de la vida en Palacio tras el beso recibido por la Bella Durmiente, y se dedicó a alzar templos a su fe, a predicar, a convencer a los otros.

En pocos días el cayo fue un alud de ceremonias, de rituales y, a saber cómo, cada uno imprimió sus doctrinas en la piedra, las hojas de los árboles, la madera encontrada en los rompientes, los despojos del barco en que escapáramos. Nadie, sin embargo, quiso aceptar mi idea de construir una nueva embarcación.

Hasta tanto las falsas religiones no vuelvan a la fe verdadera, se dijo cada cual, no habrá descanso, y esta gloria que asimos será eterna.

Ni entradas ni salidas; todo fluía allí, dentro del cayo. Rechazaron los barcos de rescate, las señales que no fuesen del dios a quien alzaban, los recuerdos de la vida pasada, las posibles conquistas del futuro soñado en viejas noches. Me resigné a ser mensajero, a llevar y traer noticias reticentes, recados ofensivos, amenazas y, cada vez más, profecías. Mi irremediable ateísmo me había condenado a ese oficio menor de recadero. En lugar de en un triunfador que atrapa la promesa de gloria y promisión, me convertía en el cada vez más atareado mensajero de las profecías con que los grupos cambiaban advertencias.

Si pudiera escribirlas, me decía en tanto procuraba conservar en la mente cada frase, atesorar los vocablos para el seguro testimonio del tiempo. Incluso alguna que

otra vez me sorprendí farfullando algún ruego involuntario para que acudiera a mis pies un fajo bien grande de papel.

¿Hasta dónde es posible castigar la memoria? Esta fue mi pregunta cuando no pude más con tantas profecías en la mente, cuando me convencí de que jamás las llevaría más allá de las fronteras del cayo.

Comunicarlas con plena exactitud, más que un deber, era un importante ejercicio de memoria, por eso transmití cada mensaje con la exactitud con que lo había escuchado, con la dureza con que cada cual lo elaboraba. La guerra, desde luego, no tardó en comenzar. No aquella lucha inicial y un poco ingenua, a pesar de sus visos de crueldad, sino una guerra pensada, creada especialmente para destruir.

Comprendí que era inútil evadirme. Debía ser mensajero. Advertí, además, que sería oficio seguro, aunque difícil. De algo valía haber sido fiel a cada frase, haber respetado ofensas e inflexiones, pues cada cual tenía la certeza de que no habría desvíos en los partes y mensajes, de que, también en ese punto, su estrategia podría ser efectiva. Pero una guerra es un punto de atención extremo, capaz de atraer los más disímiles recursos de la información. De modo que hubo pacto, jornadas de convención que fui coordinando escrupulosamente. Hasta que al fin la viva fe, la creencia en sí y no el decursar de la doctrina ni los mitos de su etimología y sus parábolas, ocupó el lugar único. Un renacer para el que había sido decisivo el relato de aquella niña que habíase atrevido a abrir los ojos mientras el monstruo indefinido nos salvaba del atroz canalizo.

No era ya, cuánto duraba el avatar de guerra, una niña, sino una joven hermosa, sin afeites, crecida en un descuido absoluto por resaltar la belleza de su cuerpo, pero hermosa. Tampoco —y pensar que yo creía conocerlo todo, ser testigo perfecto— se había afiliado a religión alguna. Era asistente. Cumplía los trabajos menores, aquellos demasiado bajos para quienes eran portadores de la fe verdadera. En medio del vigésimo primer día de convención acalorada, sin que nadie lo advirtiera, pues ella servía con discreción, bajo una estricta facultad que permitía que la ignorasen, se detuvo, levantó sus ojos grandes, que yo mismo había descubierto apenas un minuto antes, y comenzó a describir el monstruo salvador.

De nuevo iluminados, los profetas, devotos y estrategas cayeron de rodillas; se lanzaron a la tierra, adoraron un algo indescifrable. Al concluir, la muchacha siguió tras sus faenas, tal vez ajena al relato, tal vez inconsciente de haberlo recordado. Unánime, aunque sin palabras, se tomó el acuerdo de consagrarse a la meditación hasta que, por fin, llegara el preciso iluminado. Había sido, se dijeron, un largo tiempo de prueba, un angosto camino de preparación.

Y así fueron los días, las semanas, los meses, no sé bien si los años venideros: tranquilos, henchidos por el sacro deseo de meditar.

Como nadie acudía al mensajero, decidí acompañar a la joven sirviente en sus labores, hacerme, como ella, invisible, insignificante a cada uno. Palabras, más allá de alguna identificación imprescindible, no cruzamos; tampoco frases o gestos de contacto físico que no

fueran del todo necesarios. Éramos, cada uno en sí, felices al servir. Pude olvidar la idea del más allá, el ansia de tener el milagro del papel, de seguir la imposible religión de la escritura. La meditación de los otros, por demás, había alejado mi sueño de ese mundo que borraba según seguía los pasos de la niña salvadora, convertida ahora en joven, humilde, desaliñada si se quiere, pero hermosa.

Su belleza fue el golpe. No pude resistir, no sé bien después de cuánto tiempo, la tentación de mirarla, de rozar sus mejillas con mis labios, de aprender de memoria la geografía de cada milímetro en su piel. Lo hubiera hecho. Había pasado la noche llenando de valor —y de motivos, ah, los siempre desequilibrantes motivos— mi decisión. Pero esa noche el destino del cayo iba a cambiar.

Para nosotros: el mar, dijo el arcángel, y la noche brilló en un resplandor asustadizo mientras cada uno despertaba, ya brusca, ya pausadamente, para quedar boquiabierto ante la luz. Un espectáculo lleno de suave dramatismo, pleno de fe, capaz de atrapar al más indiferente. Algo bajaba en esa luz hasta el más hondo interior de cada uno, no importa cuán escéptico hubiera sido hasta ese instante. Los expedicionarios contemplaban en éxtasis el vivo resplandor. Anunciación divina, decían sus corazones. El mar para nosotros, repetían.

Iluminados del fuego, advirtieron otros, algo después. La luz del arcángel indicaba el fuego, y no los ritos del agua, como se intenta practicar. Se había roto la paz meditativa. Y fui llamado a transmitir mensajes. Tergiversé cada línea; cada frase fue torpe, incoherente en la contienda de ideas. Y llovieron, entonces, profecías.

Devotos de san Telmo. Hijos del fuego. Peregrinos de la lluvia. Sedentarios del sueño. De nuevo el cayo fue la confusión, la Babel de creencias, la guerra de la fe. Las estaciones pasaron mordidas por nuevas profecías, por torrentes de sabias predicciones. La lucha una vez más.

Por suerte, llegó de pronto un ciclón de esos que pueden demorarse por horas sin perder su empuje. Digo por suerte, porque así estuve solo, sin orden que cumplir, porque después de no sé cuántas jornadas de incesante traslado de mensajes, agotadores ejercicios de tergiversación, podía recostarme a descansar. Una niña jugaba a dejar fósforos prendidos en mi piel cuando, por fin, me desperté. Estaba frente a mí, con expresión inocente, aunque pelada al cero. La cerilla vibró junto a su rostro y vi que era la joven, transformada, vuelta de nuevo a su infancia, idéntica al instante en que tuvo el valor de abrir los ojos al peligro. En sus pupilas se reflejaba un niño maltratado en extremo por la angustia. Era yo. La llama había sido prendida para que usara sus ojos como espejo, para que descubriera en ellos mi aspecto deplorable. No soñaba. Eran exactos la niña, el fósforo, los ojos y el espejo.

—Cómo has dormido —me dijo.

La luz se evaporó dejando en el vacío el relámpago veloz de sus pupilas. Su voz, sin embargo, continuó, sin perder su infantil ingenuidad:

—Vámonos, anda, tiene que haber por ahí un cayo limpio, un sitio diferente a esta locura.

La sombra de la inercia

Quedó desnudo delante del espejo, un espejo pequeño, que apenas reflejaba su rostro. De todas formas, sintió una voluptuosidad que estremeció su cuerpo. Sin saber cómo, evocó aquellas manos que habían palpado sus ansias tarde a tarde. Eran las seis de un día un tanto nublado y debía suponer que hoy, tampoco, ella vendría. ¿Qué sentimiento le hacía empecinarse en esperarla? ¿La rutina? ¿El temor a vivir en soledad que tan mal ocultaba? ¿O era acaso el misterio que arrastraba la fuerza de la inercia? Lo cierto es que esperaba, impaciente a esa hora, sin verla aparecer.

No puedo más, por favor, ella había dicho, larguémonos de aquí, y él le había contestado que la vida es difícil en lo eterno, no importa el sitio ni las circunstancias. La estrechez, lo comprendía, engendra ganas de huir, ambición de arriesgarse. Pero él permanecía obsesionando sus ojos; se reiteraba hasta el miedo en la secuencia del REM la mañana en que ella, al levantarse, echó en un bolso ajado la mitad de sus ropas y, sin decir nada, se marchó.

Sin decir nada, después, llegó una tarde, mientras él intentaba escaparse del letargo de una siesta colmada por la sed de los monstruos y el ansia de espléndidas figuras que lo halaban de golpe hasta su orgía.

—Te miraba dormir —le dijo, imperceptiblemente tímida, mientras él comprobaba que era ella en persona y no una sombra del sueño persistente—. Estás inquieto.

Y húmedo además. Pero no quiso dejarlo escabullirse. Lo detuvo; le pidió por favor que le mostrara cómo hacía al recordar las jornadas de sexo compartido. Lo desnudó, con manos suaves y seguras, y enseguida el empuje voluptuoso lo llevó a la erección. Sus ojos se achinaron, buscando exactamente el momento en que se concentraba, evocando aquellos otros, cuando ellos dos se mezclaban en un límpido esfuerzo lujurioso. Y avanzó entonces, hasta verla, allí, delante de él, con el rostro algo tenso y los labios temblando y entreabiertos.

Nuevas fuerzas pulsaron sus arranques, nuevos bríos alentaron su mano, y una descarga de sonoros silencios llamó desde su mente.

Se cerraron sus ojos y en el acto su mano perdió el ritmo, oprimiendo el conducto con odio y sobresalto. Juntando sus manos, ella hizo un cuenco y atrapó la andanada viscosa. Esperó, hasta la última gota, y entonces la acercó para olfatearla. Aspiró fuerte, sin dejar de mirarlo, y comenzó a saborear dibujando el trayecto de la lengua a los labios. Por último, recorrió con las palmas todo el rostro, incluyendo los párpados cerrados.

—Desnúdame —ordenó mientras, y él le fue retirando cada una de las piezas de ropa—. Ahora te enseño qué hago cuando te recuerdo —dijo, totalmente desnuda—. Mírame bien.

Era un rito sagrado, no había dudas. Él la adoraba, como a una diosa a la que siempre podría ser entregado. La contemplaba, magnífica deslizando sus manos por cauces y emboscadas, mordiendo, succionando sus dedos nuevamente húmedos.

Por eso la esperaba, aunque fuesen las seis de una tarde nublada y sin sentido; aunque el espejo le devolviera apenas el desaliño creciente de su rostro; aunque todo indicara que la última vez había pasado, que ella ahora descargaba sus sueños de figuras y monstruos lujuriosos en la regia estatura de un tendero alemán, comprensivo y amable por demás. La esperaba, siquiera en sus recuerdos, para poder castigarse una vez más, para olvidar cuánto cerraba sus filas la estrechez, cuánta fuerza arrastraba la sombra de la inercia.

Los amantes de Pompeya

¿Será posible preguntarse al menos cómo no pude escuchar cinco minutos; cómo el tiempo se hundió para lanzarme a la calle, huyendo, escapando de ese cuarto pequeño y angustioso, de pronto sin vida ante mis ojos?

—Al menos cinco minutos —me rogaba—. La vida no puede ser así, tan a merced del absurdo.

¿No era humillante verlo, tan prendido a sus ruegos, tan dispuesto a borrar con un gesto la herencia intolerante del machismo? ¿No es la vida un hilo muy débil que se mueve a merced del absurdo inclaudicable?

—Por favor, escúchame —pedía—. Quiero una explicación que me convenza al menos.

¿Acaso iniciábamos el curso de un radioteatro? ¿Éramos dos personajes de novela radial?

—No insistas —lo detuve. Mi voz se hizo enérgica, por primera vez superior—. No tengo explicaciones, y es eso exactamente lo que significa.

El curso inevitable de un radioteatro.

—Nada de eso es creíble —se encaró, pero a esa hora su empuje sucumbía.

Increíble. Inexplicable. ¿Por qué andar arrestados por palabras? ¿Por qué aferrarse a buscar una disculpa para cada suceso de la vida?

—Surgió, y ya —rematé—. Es algo místico, si quieres explicarlo así.

—No seas ridícula —gritó, por primera vez con fuerza desde sí—. ¿Pretenderás hacerme creer que las personas se iluminan de repente?

¿Nos iluminamos alguna que otra vez, o es solo una ilusión poética, un deseo que apenas sostenemos en la mente? ¿Qué sería esa fuerza pidiéndome escapar, correr al menos escaleras abajo, hasta donde esperaba en su moto aquel desconocido? ¿Quién mandaba mis actos cuando le dije Sí, la vida empezará contigo, ahora?

—¿Un hijo? —preguntó, inferior hasta el colmo, perdido en su capricho de acopiar motivos, de explicar cada mirada de músculos y huesos.

¿No es un abismo esa salida? ¿No es un horror entregarse a ese misterio de abrir en mi interior una vida que no sé si ha de empujarse con ánimo preciso? ¿No me ha aterrado la idea de la crianza?

—¿Acaso el que te espera tiene una amplia casa?

Pobre hombre, aferrado al motivo, perdido por la ley del móvil, peón de esas historias que él mismo ha denostado con saña y buen humor.

—No —le dije, tal vez con algo vengativo en la intención, convocando a un rencor que nunca le he guardado, ajeno para mí—. Ni siquiera tiene casa. Vive en un albergue.

—¿Y a dónde irán? —fue su pregunta de hombre de este mundo, su salida más rauda, pobre, como ves.

¿Sabía yo a dónde iríamos? ¿Me importaba?

—¿Están los tiempos para el lujo de ese burdo romanticismo, de esa locura vanguardista?

Estábamos de lleno en el radioteatro. Y había que terminarlo.

—Lo romántico solo tiene valor para los implicados —lo cité, para quebrar cualquier vestigio romántico que aún se escondiera en ese cuarto, en sus ojos siquiera—. ¿Se te olvidó que en el aula enseñabas que la diferencia entre lo cursi y lo romántico radica en el nivel de participación directa del que juzga?

—Eso es ficción —enfatizó, dispuesto a contender en los moldes de la frase—. Literatura.

—¿Tampoco aseguraste que ninguna ficción resiste la prueba del espectador si no parte de un sentimiento humano, es decir: real?

¿Intentaba vencerlo con sus propios argumentos? ¿Convocaba sus frases para hundirlo también en el ridículo histórico? ¿O solo quería terminar de una vez con aquel drama sin fondo?

—¿Podría dejar aquí estas cosas? —se me ocurrió de pronto—. No caben en mi bolso.

Y el traqueteo insistente de la moto se hizo fuerte, poderoso. Temí que se escapara. Lo descubrió en mis ojos: solo importaba que esa moto esperase, que no perdiera de pronto su sonido. Reaccionó, quizás la única vez en que se parecía a sí mismo.

—¡Qué le pasa a ese imbécil! ¿No puedes decirle que se espere un momento?

La radionovela debía concluir. Podía, a fin de cuentas, usar las palabras cotidianas. Nadie miraba, nadie estaría para

testificarlo. ¿Por qué debíamos existir pendientes de no parecernos a esas nimias creaciones; por qué agredirlas si ellas se nutren también de nuestros actos, no importa si simples o complejos?

—Esa llamada es más fuerte para mí que cualquier cosa en el mundo —dije—. Discúlpame. No es que te niegue, simplemente, te abandono.

—¿Y te parece poco? —increpante y mordaz era su tono, a pesar de lo pobre de las frases, a pesar de los visos de ironía—. Claro, tu juventud te concede el derecho de abandonar a quien lo arriesgó todo por ti.

Dramaticé entonces, con intención remarcada, como si hablara en verdad para una sala, con sus espectadores en vilo, adorándome como a la diva inmemorial.

—Esa moto me llama. No tengo otra respuesta. Por favor, no dramatices ni me hagas pensar que al cabo del tiempo te arrepientes.

¿Quién sabe por qué ni cómo emprendemos los caminos? ¿Quién predice que un día nos cansemos de sentirnos felices a la sombra de una existencia común mientras echamos al cesto cuanto huela a preferencias comunes? ¿Alguien nos obliga a arrastrar la carga de las buenas conductas, la insostenible sed de los motivos? La vida es torpe si insistimos en llevar sobre los hombros la justa explicación. Es absurda también por eso mismo. ¿Por qué no se hacía simple marcharme, escaleras abajo, mientras su tono gutural atropellaba una ristra de insultos y diatribas, de promesas y ruegos? ¿Sería imposible que un algo me hubiese iluminado, que me esperara un futuro esencialmente humano, libre de normas y prejuicios? Nadie consigue dibujar la vida. Es falso el arte; para sobrevivir engaña.

Me esperaba una moto; un desconocido que ya estaba a horcajadas encima del asiento. He aquí la realidad, el exacto momento en que me escapo de un pasado cuyas barreras se inscriben en el rango de la felicidad.

—La gente no se comporta así todos los días, ¿verdad?

Mi pregunta padecía de la torpe ingenuidad del principiante.

—Tal vez no descubrimos que la gente desea comportarse de esa forma; que odia, sin confesárselo, su mísera rutina.

Esa fue tu respuesta. Me había dormido también en la cotidianidad, en el deslumbramiento primero de su imagen. Lo adoré hasta ese instante de la tarde en que un hombre con pinta de bohemio inconstante se detuvo delante de mis ojos, a verlos en su fondo, a decirme que nada era verdad.

—El hechizo llegó —dije, sintiendo en mi rostro la velocidad del viento, feliz de esas palabras, de ese hablar sin posibles restricciones—. Mi vida era monótona hasta ese instante en que te sentaste en mi mesa a compartir el té.

En un gesto, su mano y su cabello jugaron con mi rostro.

—Cuando miré para ti —agregué, mientras todas las sombras de la noche se hacían un resplandor—, no vi a un hombre, sino a un lirio. Un lirio vivo que se me aparecía.

Fue entonces que surgió la frase, desde ti, como un milagro.

—Estabas bajo el magma de la vida diaria.

Como los amantes de Pompeya. Como esa leyenda, avivada por la poesía, en la que dos puros amantes

fueron sepultados bajo el volcán milenario. ¿Por qué precisamente ellos reclaman la atención de los poetas, y no los niños, por ejemplo, o las madres, o las casas que habían levantado con su esfuerzo, incluso las mismas obras de arte y los poemas que hacían para perpetuarse? Quizás sea verdad que los poetas suelen ocuparse de lo menos importante, para envolverse en palabras que jamás van a hallar la realidad. Lo dijiste a esa hora, y tal vez lo recordemos al comprender que nosotros, y esta fuga irreal, somos un hecho.

Atrás quedaba la radionovela. La realidad comenzaba en ese viaje, que es este mismo en que nos vamos quedando para siempre. Algo tremendo —como un alien, te burlaste— buscaba en mi interior, y te llamaba, hacia el más primitivo de los mundos.

—Aquí Tarzán, aquí Tarzán llamando a Juana —parodiaste a poetas y filmes y aventuras—. Aquí Tarzán muriendo de impaciencia por los ojos de Juana, por la boca de Juana, por los pechos y las curvas de Juana, por los abismos en que Juana se lanza hacia el futuro.

Juana, totalmente dispuesta, esperaba la gloria de Tarzán, el esplendor de la historieta mejor que la farsa del poema, que la rutina de tener siempre a mano un buen motivo. Fuimos directo a la cuneta, y una vez más la parodia pasó de tu sonrisa a esos fetiches.

—Mi amante de Pompeya, en mis brazos te llevo, si no a un cuarto de lujo, sí a esta cuneta, que es la selva que habrá de recibirnos, la jungla en que debemos renacer, la ciudad milenaria que nos acogerá en nuestro amor irrefrenable.

Y la hierba era un mar tan apacible, una corriente a través de los delfines y las olas. Nos escoltaban esas piedras

enormes que sirven de asiento a los viajeros en los días de esperar que algún chofer los rescate del sol y de la espera. Entre ellas sentíamos la mejor seguridad; protegían nuestro edén improvisado.

—El ser humano es real —dijiste—. Solo si te beso realmente el beso existe; la poesía lo destruye. El hombre normal es el único que besa en realidad.

—La poesía más alta empieza aquí, cuando hemos regresado a los instintos primitivos de la especie humana, al viejo edén —agregué, llena de besos y de hierba, plena del mar de tu cuerpo en la corriente veloz de la cuneta.

¿No puede ser un cuerpo una señal divina? ¿Quién nos vedó para siempre a la iluminación?

—Sí —te respondí, no sé si iluminada de una vez—, vamos al mundo entonces.

No fuimos a tu albergue. Nada quisiste rescatar. Los objetos, las pertenencias todas, esclavizan al ser, no le permiten vivir en libertad. ¿Quién de nosotros se atrevió a negarlo, una vez dicho? La palabra es difícil; por ella, alguna que otra vez arriesgamos la próxima existencia.

Y era sábado ayer, o antenoche, ya qué importa. La noche en que nos aturdimos contemplando películas insulsas. Y penetramos de pronto a una película de sábado. Tú a favor de mi oscura sugerencia. Dispuesto a la aventura inesperada. Era pésimo el sitio, apestado de imbéciles turistas y mendigos de chicles y cervezas.

La vida va de lo sublime a lo sórdido toda vez que se le impone un cambio. Cuántos axiomas para una sola noche. Cuántas nuevas palabras que venían de la pura realidad, ajenas al delirio de ficción que ocupa nuestros

más sublimes actos. Quién sabe si esos amantes de Pompeya no cambiaban al fin cuando la lava del volcán los convirtió en materia para arqueólogos.

El sitio era perfecto. Encima, en lumínico enorme, el letrero POMPEYA rutilaba. Para nosotros, los protagonistas, algo cambiaría. Aunque aquellos mendigos atiborrados de perfumes y colonias baratas, pagadas sin embargo a precio de oro, seguirán adorando el baratillo, cambiándose por nada; y los otros sanacos, enrojecidos por el sol, seguros de que sus quemaduras tropicales les deparan una sobredosis de vitaminas solares, regresarán a sus países contando quién sabe qué leyendas de sexo y buena vida.

—La vida —sentenciaste con el mismo desdén que imponías a cada axioma—, tanto para los mendigos de aquí, como para los sanacos de allá, seguirá siendo igual. Solo en uno mismo es verdadero el cambio. Si quieres, te regalo ahora mismo el lema exacto: Yo soy yo, y los demás, un grupo.

En tu bolsillo un menudo; en mi bolso un dólar y algo más. Bastaba para entrar a tomarnos siquiera una cerveza, a observar quiénes entran y quiénes se demoran y hasta quién juega con quién. Normal, todo normal en el principio.

—Anjá —concediste, y a la vez te apropiaste del relato, llevando a punta de palabra cada escena—. Hasta que estemos terminando con otras dos cervezas, ya sin un medio de reserva, y me ponga de pie y me acerque al carapálida fofo de la esquina, lo tome por el cuello, sin dar tiempo a que nadie lo socorra, y le ponga un cuchillo, este cuchillo, en la garganta.

Él va a sacar la cartera, eso es de oficio. Tú la tomas, lo registras, e invitas a los empleados a abrir la caja-contadora. Todo muy rápido, sin palabras de más, para que el miedo cunda con la alarma. No olvides, tampoco ustedes, imbéciles mendigos, que está en peligro la vida del turista. Mi rostro, con la expresión más cruel, como drogado, tú, con tus virtudes de actriz, serás como una loca. Dejaremos sin plata al establecimiento, y a ese infame turista, fofo, rojo hasta el horror, que viene a comprar lo que no debe, lo que de ningún modo se merece. Lo arrastraremos hasta la salida, la punta del cuchillo hundiéndose un poquito en su papada, dejando ver un breve hilillo de sangre malvenida al trópico, para que sea una película del sábado, con acción, violencia y sexo fracasado y maldecido en su idioma, alemán o danés o cualquier otro.

Y seguiremos, vertiginosos, febriles, tú con todo el paquete, yo arrastrando a ese gordo maloliente, tal vez sus pantalones malolientes también a esas alturas, suelta su disnea en el pavor, en la salida, arrancando la moto, lanzándolo todo de repente al río, al basurero que duerme entre la oscuridad profunda.

—El dinero del gordo, el de la caja, y mi bolso, mis pertenencias que nada significan, que esclavizan mi vida y me obligan a cuidarlas sin descanso —agregué— rodarán como cantos al barranco. Y los presentes se irán a perseguirlos; primero hacia el botín.

—Magnífico detalle —me elogiaste—. Incluso los cajeros bajarán, para cuidar sus pertenencias, para evitar la rapiña de los desesperados que buscan al tacto los billetes e intentan descubrir por su brillo a las monedas.

La confusión permitirá que arranques el motor. Aburrido, asqueado de ese sueco, griego o italiano, tampoco importa, pasaré su garganta con la hoja del cuchillo y lanzaré su cabeza también al basurero.

¿Por qué la muerte? ¿Por qué ese acto que todo lo detiene?

—Porque es una película del sábado —explicó—; y en ellas la gente muere asesinada, sin motivos visibles; puro absurdo adorando la violencia.

—Pero tú y yo somos reales —lo enfrenté, ante la imagen jamás imaginada de una cabeza que parte abruptamente de su cuerpo, hacia ese abismo pequeño en que los otros peleaban, arrebatándose objetos y monedas—. Ese hombre era real. Un ser humano que merecía vivir, a fin de cuentas.

—Querías cambiar —dijo—, y hemos cambiado. Somos dos personajes.

La locura es estéril. ¿Quién hace confundir la poesía y la insania? La poesía es un objeto. Un objeto que usamos arbitrariamente. La insania es un viaje hacia el vacío. Un perenne vagar sin ver los rostros. Una fuga insaciable.

—Llegados a este punto —me advertiste, sádico en el tono—, solo nos queda la fuga verdadera. ¿Me acompañas?

¿Cómo se atrapa al juez de la ironía? ¿Cómo se vuelve atrás la muerte? La realidad es cruel, como la dura materia de que estamos hechos. Si el más allá esperaba, si al final todo ardía en la esperanza de volverse extranjero, si el destino era el mar, al mar iríamos. Justo ahora comprendo que no es magia, sino la posesión de

la hipnosis lo que marca tu manera distinta de aparecer, de deslumbrar a amantes como yo.

—Nada exijo —dijiste, y esta vez eras tú el que alzaba el drama, poderoso en tu rol—. Nada espero ni otorgo. Apenas recuerdo que esa magia no existe, que la vida es vulgar y que por eso no vale la pena resolverla; o explicarla. Yo puedo ser, en este instante, aquello que desde siempre y para siempre esperas. No te engañes demasiado.

Fui una tonta reclamando irme a casa. Merecía los reproches. No quería sus palabras, de pura realidad. No sabía que sus manos rozando mis cabellos bastaban para impulsarme al abismo de la fuga. Quería hacer el futuro de aquellos amantes de Pompeya. Y estaba entre dos fuegos. Me debatía entre dos búsquedas opuestas, una vez más como un personaje de teatro, pero con una realidad irreversible delante de mis ojos.

Y nos fuimos al mar, como los otros; como los tantos que habrán de hacerlo todavía. Él ajustó el motor a aquellas tablas precarias, dio instrucciones, y condujo la ruta a lo largo de la noche. Solo su cuerpo brillaba a través del avance, solo sus manos sacaban fuegos fatuos a aquella soledad. El motor carraspeó, quejándose, vencido por la sal. Estaba exhausto, y se tendió, junto al motor rendido. No despertó en las primeras claridades. El mar no era agresivo, así que su cuerpo vagaba en un ritmo casi hermoso, exánime. ¿Es la muerte lo único capaz de transformar al ser humano? Su cuerpo yacía sobre las tablas. Solo ante la muerte giramos verdaderamente. ¿Alguna vez soñé que aprovechaba su sueño para segar su vida? Alucinaba, no podría negarlo. ¿Fue mi mano la mano de Judith alguna vez?

Solo la muerte reconoce el verdadero poder, y sabe bien cómo ejercerlo. Alucinaba, no hay dudas. Verlo allí, quieto para siempre en medio del desierto azul, no podía ser un sueño. Una vez más conté la historia, convoqué los momentos esenciales, llamé a las frases grandiosas y precisas. ¿Me contestó? ¿Puede la muerte ofrecer nuevas respuestas? También él quería ser un amante de Pompeya, solo que nunca se atrevió a decirlo. Su confesión le hubiera hecho aprender el valor de los objetos. Debía salvarlo, ¿no es cierto?

Até mi cuerpo al suyo, con el cinto, con pedazos de ropas y cordones de zapato. Cruzaríamos las olas, como aquellos amantes milenarios debajo de la lava. En la próxima noche estuve lista, ambos hastiados de sol y de silencio. Y nos lanzamos. Fue una orden; sus últimas palabras. Descenderíamos al abismo mudos, unidos para siempre. Tú no existes, eres solo un proyecto de alucinación; un capricho innombrable del recuerdo que me culpa por no haberte escuchado al menos otros cinco minutos. Es falsa la próxima mañana, tus manos y tu rostro, las quemaduras de mi cuerpo. Únicamente la muerte es verdadera. Por ella ando, ¿verdad? ¿No es mentira que todo se dice ya desde la muerte? Tras ella, apenas es posible la locura; el castigo ante la culpa; el juego didáctico que alza las verdaderas barreras infranqueables, para que nadie alcance jamás la dimensión de los amantes de Pompeya.

Crucigramas

Con sus filas de estrictos casilleros, ansiosos, dóciles al fin, los crucigramas hacían la más completa obsesión del gran Alfonso. Toda vez que lo vi resolver ese entramado sinuoso y displicente, sentí que era feliz y que esa felicidad, por su contagio, escondía un peligro extraño. Enorme de estatura, más bien delgado, serio; era poco común hallarlo alegre aun cuando empleaba sus escasas bromas. Su personalidad se hacía objeto de duros comentarios, aunque yo prefería no sumarme a esas tiradas de insípidas diatribas. Apenas conseguía comunicarse con los profesores, vencidos los imprescindibles asuntos laborales, quienes lo tildaron de sabelotodo, autosuficiente, egocéntrico, y otros tantos calificativos comunes y afectivos de los que suelen servirse para encasillar en la marginalidad a cualquier trabajador incómodo. Por mi parte, contaba con el privilegio de verlo, cada martes, mientras cumplía con su guardia semanal como si fuese un fantasma enclavado sobre uno de los muros del edificio docente. Me había ganado el derecho a sostener con él conversaciones extensas.

—¡El gran Alfonso!

Era el cliché de mi saludo; y un chasquido de manos apenas efusivo.

Cada martes, mientras hundía sus codos en el muro y dejaba que su vista se posara en un punto indefinido, me esperaba, es algo que puedo asegurar. Acaso quería parecer el capitán de un buque fantasma —esa escuela con sus vivos colores en medio de los verdes del paisaje— y desbordar sus pensamientos contra los naranjales, como si fuesen boyas dormidas y lumínicas.

Verme salir de mi larga jornada de dicción y juegos de significados arduamente explicados, bastaba para que me abordara, en ristre su tema favorito: el inglés y sus giros idiomáticos. Consultaba después, como ante un diccionario humanizado, palabras, frases, combinaciones y giros del sentido, en su pronunciación precaria, casi escolar, aunque entregada con dignidad de profesor de altos estudios. Y concluía con vitales esfuerzos para hilvanar en un diálogo —al que yo accedía como si él fuese un perfecto angloparlante— aquellas expresiones acumuladas en jornadas nocturnas mientras toda su familia se abandonaba al éxtasis televisivo.

De los crucigramas, el gran Alfonso hablaba en muy pocas ocasiones.

Si descubría que el cansancio me hostigaba, pasaba a temas literarios. Neruda un genio; y parrafadas extensas de sus versos. García Márquez un vivo redactor que supo emplear estilos que estaban en el aire, fáciles de capturar por el ambiente. Carpentier un francés muy nostálgico de Cuba; y sesiones de remedar pronunciación y acento. Vallejo un loco obsesionado porque no

comprendía el sano decursar de las palabras, la fe de la oración. Hemingway, Dos Passos y Truman Capote, verdaderos escritores, gente que sí sabía crear para lectores, personas con calma comunicativa. Y remataba con su intensa diatriba contra aquellos poetas empecinados en escribir a base de recónditas metáforas, imágenes surreales y complejas figuras literarias.

—Para colmo —sentenciaba, tal vez sin comprender que, de acuerdo con mis intentos poéticos, recibiría su andanada como una acusación directa— renuncian a usar puntos y comas y cuántos signos el idioma creó para suplir la carencia del tono en la escritura.

—El gran Alfonso, caramba.

Así plantaba mi modo más sano de evadirlo; de abandonarlo sin rechazo, sin el perenne desafío con que los demás compañeros lo trataban.

—¡Y hasta se tragan las mayúsculas! A nada llegan, te lo aseguro —añadía, como si fuese el rector de los poetas.

En otras ocasiones, cuando Alfonso conseguía evadir estos escollos y la conversación, tan cercana al monólogo conferencista, duraba un poco más, se hundía en un tema que lo apasionaba: los novelines del oeste. Llegué a pensar que había leído algunas más de las que podían haber sido escritas, que al soñar, sobre el vértigo onírico (frase suya), componía nuevas historias. Conocía en sus mínimos detalles las obras de Marcial la Fuente Estefanía, nombre que pronunciaba con tono de impecable locutor radial, para seguir entonces con la perfecta narración de sus instantes de mayor estereotipo. Ironizaba buscando un preciosismo que en no pocas ocasiones se

dejaba vencer por la complicidad. Acto seguido la emprendía con las novelas de Corín Tellado, remedando una música trivial y adulterada. En este momento sí conseguía una sátira distante, aguda y agresiva. Nada lo unía a esa retahíla genérica de novelines que, literalmente, se deshacían en las manos de múltiples lectoras. Pero muy poco hablaba de los crucigramas, que eran su diversión por excelencia.

Y, en aquellos aislados momentos en que, empleando senderos indirectos, lograba adentrarlo en ese tema, el apasionamiento, liberado el dique, desbordaba cualquier extremo de la imaginación. Podía discriminar, en la linealidad del método y con detalles de lujo ya exquisito, un sinnúmero de estilos, normas y maneras de confeccionarlos, así como una profusa lista de caminos posibles para su solución. Tenía criterios bien determinados acerca de las tablas de salvación de cada autor y describía montones de recursos eventuales y cañonas. No dudo que de algún modo fuese cierta la leyenda de que podía prescindir del cuestionario. Su pasión lo llevaba a competir consigo mismo; a medir el tiempo y a proponerse metas cada vez más insólitas, como llenarlo a la zurda o con un ojo vendado o con dolor de cabeza, diarreas o cualquier otra enfermedad. En momentos de vívido entusiasmo, confesaba cuántos minutos empleaba con regularidad para cada una de las publicaciones, que no eran pocas, pues tenía múltiples amigos extranjeros cuya correspondencia se llenaba con crucigramas de los más insospechados temas y maneras. Su colección, encarpetada, clasificada con rigor, ocupaba el sitio de estricto privilegio entre sus pertenencias. Me lo había revelado

en uno de esos momentos de extrema solidaridad, y hasta me había prometido que, si alguna vez lo visitaba, me concedería el honor de permitirme hojearla. Ese era el gran Alfonso, siempre como un coloso retraído sobre el buque fantasma en el que transcurría nuestra vida de esmerados profesores, de jodedores forzosos ante cualquier peligro de monotonía.

Alfonso tenía un alto número de detractores. Lo sabíamos todos, incluso él mismo. Por eso contrarrestaron mi intento de elogiarlo, de concederle al menos la supremacía en el trivial hecho de resolver los crucigramas, aquella confesión un poco involuntaria en una tarde de vapor y cansancio. Le opusieron a alguien que, por su noble carácter, su gusto común y su discreto sentido del humor, gozaba de popularidad: Pinto; Ramón Pinto Sánchez, estudiante del penúltimo año del Instituto Superior Pedagógico y, por tanto, profesor de práctica en la escuela. Si hombre tan noble, cortés y amable, aceptaba el desafío, no había por qué sospechar de crueles doblefondos. Se pactó el enfrentamiento para un jueves, a mediodía, en el Salón de Producción.

—¡El gran Alfonso! —lo animé, sin la más mínima ironía.

Delimitaron el área para el público, la zona de juego, la mesa de los jueces y el ágil reglamento. Profesores, estudiantes de práctica docente, personal de servicio y de administración, se congregaron como habituados a aparecer en asuntos tan curiosos. Y al menos dos de las alumnas a las que Alfonso encargaba el papeleo de su cargo consiguieron quedarse para admirar la competencia. Hábil, dinámico, seguro. Pinto hacía que su destreza

también fuese admirable. Su lápiz pasaba sobre las cuadrículas con la prestancia del mejor surfista, pero sin la más mínima salpicadura, sin tachaduras ni borrones. Parecía, casi tenían razón sus defensores, un paladín del crucigrama. Eso sí; jamás lo había escuchado jactarse, ni por insinuación, de semejante habilidad.

Ambos llegaron a un tiempo a la última palabra. Cada cronómetro se detuvo en la misma centésima de segundo, de manera tan impresionante que los numerosos partidarios de Pinto no atinaron a sacar la ventaja del empate en esas situaciones de público a favor. Pero el pacto quedó ya para siempre. Como dos pistoleros que van al final del novelín. La tradición se fundó y cada jueves había crucigramas disponibles en el Salón de Producción. Y cronómetros listos y jueces imparciales a pesar de que el público, en pleno, asistía con la esperanza de que Alfonso perdiese en esta vez. Como los jueces eran nombrados por los competidores, fui juez en cada uno de los desafíos y aprendí a sentir el peso específico de las casillas y, sobre todo, la densidad del tiempo en su más mínima medida, cronómetro en mano, ante el accionar apacible de Ramón Pinto Sánchez. También aprendí a llevar con dignidad el peso bruto de la antipatía y la marginación, porque esos constantes nombramientos y esa confianza manifiesta en la expresión «El gran Alfonso», hicieron que el rechazo alcanzara para mí. Yo era imparcial y nunca sorprendí en Pinto el más mínimo reproche, ni siquiera en sus ojos que, eso sí, enrojecían mientras ganaba las filas de cuadrículas. También su piel, roja como las tierras de labranza más allá de los vastos naranjales, y sus pecas, parecían exaltarse en el instante

más vivo de la competencia. Pero ello era normal; no podía verlo como una señal de desafío.

El resultado invariable, idéntico una y otra vez, lejos de hacer monótono el certamen, avivó el interés. Las sesiones se extendieron a cualquier tiempo libre. Con rapidez pasmosa se organizaba la contienda y acudía todo aquel que no tuviese ocupación impostergable. Incluso el alumnado, aunque permanecía sin ser autorizado a entrar, se mantenía informado y, aquellos que podían, esperaban la noticia a la puerta del Salón, y hasta apostaban algún que otro almuerzo o prendas de vestir. No es que el régimen docente o productivo se detuviera para atender al desafío, como en esos duelos imprescindibles del oeste, sino que todo crecía a la par del curso cotidiano, junto al ritmo habitual del régimen tranquilo de la escuela; sin posponer una clase, sin dejar de cumplir con las tareas. De ahí que ni la directora, ni los subdirectores docente o de internado, siempre lejos de toda iniciativa común, impersonales y distantes como capo brechtiano, se atrevieran a vetar el suceso.

Pero la competencia era febril.

Alfonso dejó de hablarme de temas literarios, abandonó el aprendizaje de giros idiomáticos y las comparaciones entre la frase en inglés y en español y hasta sus vivas dramatizaciones de los novelines del oeste, para hablar solo de cómo resolvía este crucigrama y este otro, para advertirme, como si fuese yo el competidor, las trampas que podían aparecer en ese juego de casillas aparentemente inofensivas. Correspondí a su confianza dejando de llamarlo El gran Alfonso. Él sospechaba, aunque es justo decir que no lo confesó, que su rival se

preparaba gracias a la complicidad de los incansables donadores. Nadie podría, pensaba, resolver tantos crucigramas a su propio ritmo. Pero asumía la posible componenda con una dignidad estoica. Como yo continuaba siendo el único destinado a comunicarme con Alfonso, y como aquellas jornadas de tiempo sostenido en mi pulso habían logrado afectar mis intenciones literarias, pensé que estaba ante el momento propicio para averiguar si había fraude y, de ser cierto, imponer justicia.

—Si algún día Alfonso se lleva la victoria —había dicho un bromista, organizador activo de los desafíos—, habrá crisis en Educación, porque todo el personal de esta escuela es capaz de renunciar.

Eso, desde luego, tienta a cualquiera a avanzar en sus sospechas. La nobleza de Pinto, pensaba en ese instante, puede dejarse arrastrar por los bromistas e, incluso, por solapados detractores que suelen envolver sus invectivas en juegos de chistosos. Alfonso era, y yo lo sabía bien, un experto en las más íntimas sensaciones de los crucigramas; de ahí que, si todo era un invento, mereciera llevarse la victoria.

Precisamente un martes, a mediodía, aparecí con una pareja de crucigramas como quien va con jaula de oro al vacío escenario de la exposición; dos preciosos ejemplares que fui confeccionando durante casi un mes, en el tiempo que habitualmente empleaba para mis lecturas y mis menguadas incursiones líricas. La organización inmediata se había desarrollado de tal forma que en un santiamén estuvo todo listo. Tras el sorteo ritual, los contendientes se prepararon para el disparo de arrancada. Por primera vez no pude hacer de juez; el reglamento

prohibía esa función a quien fuese el donador, aunque sí lo premiaba con el mejor palco. No les había revelado mi autoría, puesto que eso se hubiera prestado a una sospecha unánime, fatal.

También por vez primera, a Alfonso no le preocupó la presencia de uno de sus detractores en el cronómetro de Pinto. Si los crucigramas venían de su único interlocutor, razonaba con lógica aplastante, sería imposible toda componenda. No se veía agitado, ni ansioso; no parecía el vigía que, vencido el tiempo de labor en el buque, aguarda a que el relevo aparezca.

Fui público entonces. Espectador a toda ley. Uno más entre todos.

Las manos rasgaban el papel cubriendo las casillas acaso en ritmos de electrocardiogramas. Saltos y accidentes eran vencidos por ellos como si fuesen momentos habituales de una escritura indetenible, veloz entre las líneas pautadas, un poco oriental cuando los caracteres bajaban la senda vertical. Una expectativa absoluta inundaba esa vez al Salón de Producción. Sentí, también por vez primera, ese silencio unánime, esa forma de ser a un tiempo espectador de una partida de ajedrez y de una inverosímil carrera de caballos. Ambas en una. Ciencia y destreza. Y esos lemas que surten el efecto de estar sin ser ya nada.

Aclamé cuando esas manos sin freno soltaron los bolígrafos con una sincronía pasmosa, como si un ente divino tuviera diversión en verlas descansar siempre al unísono. Grité, yo por Alfonso, el único; el resto por Ramón Pinto Sánchez, retador firme, capaz en toda la extensión del crucigrama. Paladín en verdad, lo había

resuelto con su propio esfuerzo. No había trampas. Toda sospecha era una forma de acusar a quien no lo merecía, de increpar a quien no había dejado nunca de ser justo. Lo comprendí un momento después de que el Salón estuviera desierto, cuando la historia corría por los pasillos con su sarta de interpretaciones y matices, con sus siempre diversos testimonios.

Alfonso, casi imponiéndose al júbilo y a la tupida red de exclamaciones y murmullos, anunció que ese sería su crucigrama último. Tan enérgico fue, y a la vez tan grave y tan solemne, que nadie se atrevió a ponerlo en duda, ni siquiera el más agudo de sus detractores. Instante, si no de una crisis en Educación, sí del desánimo absoluto; fin de una diversión que había sobrepasado su inocencia inicial para situarse en el lugar del vicio, en la más cruda dependencia. Se había roto el encanto. Impulsos tuve de apoyar al jocoso que propuso un mes de pase, incluyendo un turismo a Trinidad.

La noticia llegaría a las escuelas vecinas; algún que otro intentó reeditar la competencia, pero nada interesante pudo reportarse de esos sucedáneos. Alfonso había cesado, inesperadamente, y Pinto, su digno rival, se había apresurado a ofrecerle su mano en señal de saludo y solidaridad.

Conmigo no habría trampas, Alfonso lo sabía. Por ello también pudo saber que había sido igualado en buena lid. Su único interlocutor había propiciado la demostración. Fue claro para él que alguien empírico podía obtener sus mismos resultados, conseguidos en múltiples jornadas de analizar y comparar estilos y tendencias, recursos y estructuras. No era el campeón, como creía.

Y ese martes, cuando salí de mi larga jornada de vocablos y frases repetidas en pos de una pronunciación al menos aceptable, Alfonso no esperaba acodado en la cubierta de su buque fantasma. Había renunciado a cargos y salarios. De todas formas, sentí que vigilaba mis pasos un coloso invisible que jamás demoraría mi horario de llegar al albergue y, tras una ducha, acostarme a leer pacientemente.

Ciclo vital

Una vez más imponerse a los vómitos intensos, la náusea, los mundos tormentosos que urdían una constante pesadilla en sus órganos internos. La línea lacerante del hambre viajaba a su cerebro y hacía que sus ideas giraran torpemente, mezclando su sustancia en un único espacio sin que ninguna conservara la suerte de adherirse por fin a alguna otra. Sabía ya que todo intento de cambiar el sistema alimentario tendría fatales consecuencias: su mecanismo digestivo había quedado dispuesto para tolerar solo literatura inédita y, por más requisito, producida por él mismo.

Había probado engañarlo en tantas ocasiones que el temor lo obligaba a ser prudente. Pero, ¿por qué rendirse? ¿Por qué no intentarlo una vez más, cuando el rodillo gastado de su *Remington* lo miraba con sorna, feliz desde su ocio, y antes de que la desesperación lo hiciera reventar?

Al estremecimiento del cuerpo, mordido por la debilidad, se unió la convulsión típica del descubrimiento.

Había encontrado una idea, el germen de una obra que pudiera llegar a alimentarlo.

Con la revelación, su interior se enfrascaba en una lucha de la que, razonaría después puesto que el acto mismo negaba el pensamiento, no sobreviviría. Una próxima embestida, presentía sin conseguir evadirse del temor, y todo acabará. Sería borrado, desleído en su propia necesidad de subsistir.

Sobrepasó, por fin, el malestar.

Una idea salvadora.

Sintió que una reserva de fuerzas remotas lo ayudaba a escapar del momento delirante. Aparecía, menos mal, un argumento que le permitiría redactar algunas páginas. Ese relámpago, en el que la idea para escribir se revelaba, lo recibía como virtud para enfrentar aquel otro, fatal revelación, en que le fue dado alimentarse solo de la literatura que él mismo pudiera producir.

Para explicar su circunstancia actual, analizó incontables relaciones y correspondencias de su existencia anterior. La fuga, con cobertura de prensa y declaraciones complacientes e inventadas, había cargado la culpa, sobre todo cuando se le hizo obsesión en la memoria el momento en que un vecino, travesti devenido cartomántica de budistas influjos, le había recomendado no aceptar la invitación. Por no sentirse ingenuo a tal extremo, alternaba la culpa con el momento en que defendió, para su fama y reconocimiento universal, la tesis de la omnipresencia del texto. Se había burlado, empleando esa mordaz ironía que lo hacía tan temible, tanto de la distancia académica de los profesores titulares como de la intuición incurable de los escritores presentes. Él, un desconocido

sin título y sin obra, aunque sí saturado de lecturas, en cuyas manos puso el azar aquella banal convocatoria. Cuántos notables editores le pidieron entonces su ponencia con la promesa de incluirla en libros de estudios y revistas. Pero él, adorador del chiste, ese ejercicio trivial de la mentalidad cuya semejanza con la metempsicosis lo hacía en extremo tentador, respondió que por cuanto el texto existía «independientemente» del acto para su propia escritura, su discurso era del todo innecesario.

Si ustedes —había imprecado desde su ponencia— no producen más obras, es solo a causa de su propia falta de visión. La ceguera y, sumado, la obstrucción de los procesos sinestésicos, los convierte en esclavos de dos términos muy pobres desde su propia fundación: la inspiración y la técnica.

Golpeó, casi sin fuerzas, el teclado. La escritura inició su recorrido, vacilante, aunque por fin un hecho en la blanca superficie del papel. De la inspiración, golpe ansiado pero cada día más difícil de obtener, transitaba a la técnica, al acto de hilvanar una situación con otra empleando perennes subterfugios. Parecía fácil, una vez comenzado.

Había experimentado en su propio sistema digestivo la eficacia de un texto repleto de imaginación frente a las insufribles consecuencias de una historia sembrada en el *collage*. Desde que la desesperación lo empujó hacia el primer intento de plagio había acudido a todas las variantes y lo habían hostigado todos los recursos. En mala hora. Fueron días de profundos disturbios, manifestaciones airadas y crueles represalias en ese pobre interior de su sistema digestivo. Las citas, muy bien lo

comprobó, afectaban su vesícula. Un hilo ardiente abrasaba una extendida zona, desde el centro hacia lo alto del cuerpo, y se negaba a ceder a algún medicamento. Las parodias, por su parte, provocaban períodos de diarreas mientras que el uso de alusiones, imágenes de clara referencia y, en fin, todo cuanto pudiera descansar sobre un conocimiento precedente, causaba indigestiones cuyo deslizamiento de gases no solo hubiera puesto en peligro relaciones públicas, sino que amenazaba con enloquecerlo.

Los géneros también tenían sus jerarquías. Tanto el ensayo, limpio de citas, esquemas laberínticos y apoyaturas culteranas, esto es: el ensayo de opinión fluida, elemental, el juego entre la valoración conversacional y la conversación ensayística insertable en el relato, así como la novela de armazón lineal, fundamentada en la estructura de la peripecia griega, eran manjares exquisitos. La poesía versificada, tan arisca (en cambio qué insípidos e indigeribles los estudios sobre versología), y el drama, ya fuera de corte isabelino o clásico, dejaban un grato recuerdo en sus comidas. El cuento, el relato breve, el artículo, la reseña, aparecían cada vez más como simples aperitivos o meriendas. Aunque debía reconocer que las fichas surgidas al azar, sin interrelación, cumplían muy bien el rol de la infusión capaz de sostenerlo en pie en momentos de hambre intolerable.

Lejos estaban los tiempos en que, después de una reseña, líquida, dulce y pletórica de carbohidratos, atacaba una crema de cuento fundado en la violencia de acciones sucesivas, para enfrascarse enseguida en el consumo de un bien sazonado capítulo de ensayo o de novela o,

incluso, de un drama inobjetablemente tenso. Para cerrar, un exquisito flan de silvas o unos pasteles rellenos con cuartetos de ritmos cadenciosos. Remotos, se diría que olvidados, andaban esos tiempos. Aunque, reconocido sea en la tragedia y la sátira, cronológicamente era breve la distancia. Nada, dureza de aprenderlo, acelera más la medición del tiempo humano que la escasez y la precariedad de su régimen alimentario.

La historia había crecido. El motivo de Sísifo, involuntario, lo obligaba a soportar aquellos cólicos intensos. Edipo, Ícaro, Teseo, Caliban, Carlos Argentino Daneri. Cuántos le habían hecho sufrir aquellas rachas molestas. No podía, tampoco, desperdiciar la hoja. No podría siquiera sacarla del rodillo para copiarla de nuevo puesto que eso, también lo había sentido en carne propia, sería considerado por su sensible organismo como plagio.

—¿Por qué me he empecinado con el cuento?

Reproche semejante renovaba sus náuseas.

¿Solo porque se trata de un alimento intermedio, breve, al que podía tener acceso ante el apremio de algo que lo sostuviera? ¿Tan vulgar, tan pragmática y llana sería la explicación?

Sus últimas historias eran de pésima factura, lo cual, en literal sentido, sufría en su interior. ¿Por qué, se reprochó, no obedeció al presagio ridículo del cartomántico; por qué, continuó como si fuese imprescindible el mecanismo, se atrevió a asegurar en aquel día de su fama que el valor y la calidad del texto literario serían siempre relativos? ¿Por qué fue tan audaz —tan efectivamente audaz— de asegurar que entre el Quijote y la Caperucita Roja no había importantes diferencias de valor?

Miró de nuevo al texto, descansando contra el rodillo de su *Remington*.

Apenas unas líneas y el mito dichoso marcaba su presencia. ¿Será imposible borrar toda cultura del pasado? Con el lamento, recibió el corrientazo del hambre, la llamada del texto.

Un movimiento raudo, impulsado por una orden inconsciente, lo hizo tirar de la hoja. Ahora sí. Los mareos, el temblor en las manos, el frío sudor, nublaron una vez más su pensamiento. Mecánicamente, como toda acción en sus últimos fatales tiempos, comenzó a morder el texto, línea por línea y palabra por palabra, tal y como —había aprendido— sería menos caótico a su frustrada digestión.

En medio de una arqueada escuchó el timbre de la puerta. En aquella casa había que cuidarse del lenguaje de la puerta, se dijo sobrestimando las fuerzas que podía concederle aquella hoja apenas comenzada. El vómito llegó, sin objeciones. La pasta maloliente cayó sobre las losas del piso y el cesto de basura, ligero, con gracilidad casi felina a pesar de estar lleno de papeles en blanco, planillas y revistas ya viejas, se lanzó sobre ella y no volvió a su posición hasta dejarlo todo bien lamido.

—Cuánto lo siento, amigo —le dijo al verlo terminar, insatisfecho, pero feliz de haber tenido algo que comer—. Por mi culpa pasas hambre. ¿Quién iba a imaginar que fuese contagioso, no?

No hubo respuesta. Tal vez el cesto compartía el infortunio sin nada que objetar, conforme con su suerte.

Uno debía cuidarse de escoger amigos —filosofó ya para sí—, debía cerrarle la entrada a la cadena de

acción y reacción de la amistad, para que la conciencia no se desespere con el aborto de los resultados.

El sonido del timbre insistió en remarcar esa presencia ajena al otro lado de la puerta. Le parecía frustrante recibir visitas. Pero las personas insistían. Se acercaban, llegaban hasta su casa pensando que sería fácil copar su territorio. Y, para colmo, en el momento en que los vómitos lo dejaban sin fuerzas, en la situación precisa en que no podía tomar otra decisión que abrir.

Se trataba, no de un viejo amigo como era costumbre después de su forzado aislamiento, sino de su hijo, un joven enérgico y hermoso a quien no hubiera reconocido de no ser por la semejanza con sus propios rasgos. A pesar de la seguridad con que intentaba expresarse, se veía nervioso, expectante allá en el fondo más sincero de su imaginación. Le reclamaba, después de tantos años sin la más mínima sombra de comunicación, su acuerdo para formalizar la exhumación y el traslado de los restos de su madre y su presencia en el acto si por fin conseguía vencer los trámites. ¿No sería esta la culpa que arrastraba? Los había abandonado con el único fin de consagrarse a la meditación literaria. ¿No parecía un motivo exacto, humano, ético y moral, capaz de mover las voluntades superiores? Un padre que desdeña la vida y la familia por la vana ilusión del intelecto. ¿No sería lógico pensar que estaba siendo castigado justo en la causa de su error?

Un cólico profundo, alargado, cimbreante, vino a estremecerlo.

¿Desde cuándo sería presa del mito? Tenía manía, se incriminó, de ajustar cada hecho a la leyenda clásica,

a la manera griega que tanto daño ha creado a la cultura occidental. El castigo. Sufrir un castigo que es exactamente el motivo del deseo. ¿Podía haber un demiurgo jugando con todas y cada una de las vidas, disfrutando la trivialidad de recomponer la existencia de tantos soldaditos de carne y hueso? ¿Valdría él para rango de pieza a tal nivel?

El cólico de nuevo. Su hijo, acalorado ante su indiferencia, lo amenazó. Debía responder, pero ¿cómo? Sabía que si intentaba traspasar los linderos de la puerta sería absorbido, desintegrado por la fuerza del umbral. La puerta solo permitía el ejercicio de entrada. Esto, ya se sabrá, era el efecto bisagra a la tragedia. Él, paso primero, amaba a su familia, aun cuando la hubiera abandonado. La recordaba con creciente ternura, y los reproches, como es lógico en toda tradición occidental, eran suma constante de un *mea culpa*. Claro: podía ser que él mismo se hubiese condenado a soportar la posible presencia del castigo, incluso sin conciencia de ello. ¿Cómo un fanático de la estructuralidad constante, inagotable, no había comprendido ese momento? ¿Por qué no había asistido a la revelación hasta ese mismo instante en que su hijo enfrentaba el peligro del umbral?

El rostro agresivo y el giro atrás del puño amenazante lo hicieron reaccionar. Debía cerrar la puerta. Era su hijo, al que amaba. Cerrar. Cerrar. Cerrar. ¡Urgentemente!

La hoja cedió. Los brazos jóvenes abrieron la cadena hacia el momento fatal. No huyó hacia el interior, su ardid más eficiente. Se plantó, humilde, con la esperanza de que esa actitud de recibir a toda costa cambiara los impulsos. Pensó lanzarse al abismo del umbral, inmolarse.

El joven advirtió sus intenciones. Él, por su parte, comenzaba a entender el profundo egoísmo de su idea: solo buscaba perpetuarse, atenerse al último asidero ante el hecho de que sus escrituras surgían para ser devoradas, en el preciso sentido de la lengua. Firmes, las manos de su hijo lo empujaron al interior del pequeño apartamento.

Y se dejó zarandear, seguro de que también esa venganza le sería concedida. Un momento después sintió cómo era alzado hasta llegar rostro con rostro a la mirada amenazante, conservada por años de rencor y de abandono. Cerró los ojos, no por miedo a ese joven enérgico y hermoso cuyo reclamo de humanismo había llegado a escupir en su rostro la vergüenza, a llamarlo a la culpa verdadera, sino porque sufrió al adivinar las consecuencias inmediatas.

Cayó contra el sillón de las visitas, sin abrir los ojos, reteniendo, como último flash de la memoria, generador del cuento que pudiera emplear en la comida siguiente, la mezcla de furia y halitosis de aquel que aún no comprendía su condición de amado de los dioses.

Se abalanzaron sobre el visitante las legiones de libros. Habían estado nerviosos, impacientes por la extendida demora ante el umbral. Lo supo siempre, en verdad. Ellos no admitirían otra salida; no había recurso para evadir su voraz maña. Y por si fuera poco, habían captado la vertiginosa aparición de su conflicto. Ante otras personas, disfrutó con sosiego esa crecida. Había contemplado la labor de pirañas de los libros enfebrecidos en su intención de devorar tanto al conflicto esencial que afloraba de pronto en la conversación, como a los otros, que yacían debajo aun del subconsciente. Consumir cada

partícula del cuerpo garantizaba que todo, absolutamente todo, fuera captado por los libros. Ello, después, le deparaba sus únicos ratos de placer: leer aquellos ejemplares —que todo lector imaginaba extáticos en la impresión— con una dimensión inesperada tras el alimento inmediato.

Que eso ocurriera con su hijo, al que amaba, le hacía sentir terror, le hacía —oh, revelación— sentir que se enfrentaba al argumento de una próxima novela. Bien trabajada, empleando con mucha habilidad la técnica, le serviría para vivir modestamente seis u ocho meses. ¿Cómo pudo olvidarse de que sus visitantes, no por esporádicos menos reales, poseían la virtud de sugerir el argumento imprescindible, la imprescindible trama, el conflicto, imprescindiblemente imprescindible?

Aterrado, acaso vapuleado por influjos de dolida conciencia que luego serían pasto de las páginas manchadas por su *Remington*, abrió por fin los ojos. Había soñado, aunque fuese un instante, con el nuevo argumento. Se había desprendido, mientras, de la tragedia del hijo. No quedaba en el apartamento ni el más mínimo indicio de su presencia. Todo perfectamente deglutido, como si nadie jamás hubiese penetrado el lenguaje de la puerta.

Pero los libros no habían regresado a los estantes. Siempre volvían con graciosa habilidad hasta sus puestos, se estrechaban, fingiéndose seguros ante el paso del tiempo y se dormían después como benditos. Esta vez lo miraban con fijeza, clavaban sobre él mismo sus pupilas hambrientas. Sin duda, le daban tiempo a comprobar que en sus ojillos solfeaba una mezcla piadosa de dolor y ansiedad.

Lo rodeaban. Lenta, poderosamente, cerraban el círculo a su alrededor.

Se enfrentaba, también tuvo tiempo para comprenderlo, al final que reclamaba esa novela que recién había pensado. Aunque, qué bien ahora lo entendía, no serviría ya para calmar su hambre, sino —el conflicto era suyo— para alimentar la voracidad incontenible de los libros, para dar garantía al ciclo vital de su existencia.

En el principio fue el trabajo

En el principio fue el cargo, la revelación que lo situó delante de mis ojos enrojecidos por el sueño y la fatiga. Contaba con desgano, con desdén tan extremo, que debía ser sospechoso. Hemos vivido lo suficiente como para saber que un día El Elegido debe aparecer, que cada cierto tiempo los hombres necesitan de una nueva redención ante su creador. Podía ser, desde luego, y así lo comenté con algunos de mis compañeros. Fuimos a verlo, a escuchar sus parábolas, que él camuflaba bajo el nombre de fábulas insulsas, para saber si tocaba el corazón. Tan hondo lo sentimos que la vergüenza impidió revelar nuestra incondicional adhesión. De cualquier modo, Él lo sabría: Él estaría allí para guiarnos.

Mantener la atención mientras se narra, contar anécdotas que, al menos, frunzan el ceño de quienes escuchan, hacer chistes, fabular y acaso también testimoniar, son arduas, monstruosas tareas que pudieran volverse y devorarnos. Un epíteto involuntariamente pedante, una

agresión mal dirigida, el lujo de unos segundos más del límite de monotonía permisible, una alusión que se bifurque en extenuados laberintos, cualquier incidente de mínima significación, y se podría derrumbar el edificio, como en un desafío al poder de la presencia. Si agregamos que a este oficio se le exija algo así como un resultado contable en la actitud posterior del receptor, se comprenderá la extrema agonía que lo sustenta. Este es el aspecto en que debe descansar el motivo central de las consecuencias a las que me condujo la lucha, empecinada, inexplicable también, por conseguir la plenitud de posibilidades al alcance de un fabulador, de un hombre que no va más allá de los juegos ingenuos que el lenguaje le entrega. Se sabe: no es la secuencia de motivos lo que mantiene el interés de mis historias, sino su aspecto simple de realidad insólita, inverosímil, tan cotidiana, que sería lamentable, casi torpe, desmentirla. Agradezco, por ello, la amabilidad de permitirme exponer mis últimas razones.

Es inútil continuar tercamente en el silencio.

Tampoco en este instante estoy buscando la gloria, la absolución o el indulto socarrón de aquel que se retracta. Solo y olvidado, aun cuando los diarios y los numerosos noticieros repitan mi nombre hasta el cansancio, he decidido emprender la narración de esta historia que se aleja de mí cada vez más. Retomo ese oficio, que he labrado siempre fuera de toda sutileza, con la imperiosa intención de acercarme a la verdad de los hechos, de ser fiel —primera; última vez— a los sucesos dictados por la realidad.

En el principio fue el cargo. Para hablar con exactitud: el empleo de CVP que recién comencé a desempeñar.

Como he repetido en incontables ocasiones, no tengo el más mínimo vínculo con la organización que revuelve, ya para largo, los ámbitos nacionales y de la cual, según se pretende, soy o he sido el presidente. Comparto con sus miembros, con plena lógica, el criterio de que el CVP es un personaje de gallarda importancia. Únicamente la mala fama de la tradición lo presenta unido a una mueca de burla y de desprecio. La propia interpretación de las siglas como Comemierda /que/ Vigila /la/ Puerta responde a la etapa inicial de propagación de la especie. Si atendiéramos a las innumerables perspectivas de su puesto —que resume seguridad, información, cortesía y amabilidad de bienvenidas— comprenderíamos la justicia que encierran las demandas de quienes pretenden un resarcimiento de su imagen pública.

Nuestros corazones se llenaron de espíritu, de vida. Comprendimos de pronto la amargura arrastrada en los años de trabajo, la desazón —inútil— que acompañaba al desempeño del empleo, del cargo. Y Él, como si nada, se presentaba ejerciendo nuestro humilde oficio.

Es obvio que entender y simpatizar con esa vertiente principal no implica que la integre. De hecho, no soy partidario de los sucesivos secuestros, aun cuando estos secuestrados —siempre personas en servicio activo dentro de esos Comités /de/ Vigilancia /y/ Protección— regresen con una insospechada instrucción intelectual y normas de educación impresionantes. No intento, tampoco esta vez, ofrecer detalles de sus luchas y sus métodos de acción. Ni información ni documentos ni experiencia

alguna me respaldan. Las circunstancias han cerrado tercamente mi número de opciones. Solo me queda establecer el curso del relato a través de la cadena de eventos que me llevaron a esta muy conocida situación y a la menos divulgada decisión de renunciar a todo derecho de narrar.

En las primeras noches, y gracias a la compañía de otro CVP que trabajaba justo al frente, conté algunas historias cuya finalidad única consistía en burlar el sueño y mitigar la soledad. Este hecho, primero en la cadena, provocaría imprevisibles consecuencias. Pero debo ceñirme al orden lineal de los acontecimientos, aunque el adelanto fragmentario de futuras consecuencias estructure un clima de tensión más que probado, en pos de que este testimonio no se convierta en otra fábula, otro relato varado por sus propias leyes.

Las primeras historias —solo escuchadas por aquel a quien me veo precisado a llamar Mi Primer Receptor, puesto que el trato directo, la tácita confianza y la presencia bastaron para identificarnos y aún hoy su nombre me es desconocido— establecieron una absoluta honestidad entre él y yo. En otras circunstancias, lo comprendo, todo intento hubiera resultado impracticable. La conversación no habría sobrepasado los comentarios al uso acerca del calor, el pésimo transporte y las siempre peores condiciones de vida, sin conceder el más mínimo atisbo a cualquiera de las situaciones fantásticas que la mente concibe, avergonzada, flébil, oprimida en la avalancha de tanto raciocinio. Pero, así como escalar montañas hermana hombres, vigilar ómnibus dormidos y depósitos de viandas codifica con mucha rapidez la dispersión

de los signos que pueden acercar a los hombres en esa larga ascensión hacia la madrugada, aun sin hermanarlos. De inicio conversamos, pero de pronto fue fácil escucharme, alentarme a narrar, pedirme que emprendiera esos cauces a un tiempo inesperados y previstos de la fábula. Sin temor a un espejismo nostálgico, diría que la comunicación entre mi Primer Receptor y yo fue tan perfecta que dejó de importarnos cuanto tuviera relación directa con el duro gobierno de la vida.

La organización fue inmediata, inspirada; de ahí que yo partiera a superarme; de ahí que pudiera recitar la enciclopedia con apenas unos días de entrenamiento. Él nos guiaba, sin decirlo, porque aquello que llega de lo alto a lo más hondo en uno mismo no requiere de más explicaciones. Y, desde luego, otros compañeros decidieron sumarse, inspirados también por sus parábolas. Entonces, sin acuerdo previo, el Movimiento fue un hecho.

Su sustitución se produjo en un plazo sumamente breve.

Un nuevo CVP —nótese la acción metonímica en la cual la función se convierte en sustantivo— avisado sin duda por su predecesor, se dispuso a ahuyentar la soledad de sus noches escuchando mis relatos. Primero, me sorprendió que conociera el argumento de historias contadas solo a ese antecesor; después, tan enfrascado en mi simple vanidad de narrador me hallaba, no me asombró que invitara a otras amistades, integrantes de varios Comités de Vigilancia y Protección de la localidad. En poco tiempo tuve un auditorio numeroso. Esto, cómo negarlo, me halagaba. Ser indispensable —además

de punto focal de la atención— produce, mientras no se toma conciencia del grado de responsabilidad que ello entraña, una sana actitud de vanagloria junto a un nivel de reconocimiento rayano en lo ideal. Esa conciencia que nos compromete llega —y espero que este sea mi atenuante principal— demasiado tarde. Es exactamente obvio que la finalidad de las historias, ante la presencia fiel de un auditorio, dejara de estar fundamentada en ahuyentar el sueño —que desaparecía en su temor al grupo— y mitigar la soledad —que no existía— para radicarse en motivaciones de mayor envergadura. El Tablero de Ifá que pudiera trazar la teoría de las comunicaciones es, como se sabe, infinito. Las leyes que lo rigen están sujetas a reglas que se tornan endebles ante manías y caprichos o que acaso erigen un elemento rector a esas extrañas voluntades. De ahí que no me tentara la idea de encontrar explicaciones avaladas por la ciencia en el devenir de aquel proceso que, aunque yo lo desconocía, gestaba una explicación mayor: acaso un punto en el que el tablero revierte su potencia e irrumpe en estampida tenaz e insoslayable.

La exposición de los hechos, por fin en orden, debe ser la siguiente. Por fidelidad a los oyentes pero también como exigencia que sustentara la firmeza de mi autosuficiencia, las noches se llenaron de historias creadas para ser contadas durante la guardia. El público reconocía esta exclusividad. Su atención y su interés fueron el hilo rojo de todo el desarrollo. Si crecía el número de asistentes mi deber consistía en complacerlos, en dejarlos recibir aquello que su recóndito instinto escamoteaba sin permitirle salir a superficie. Crear cuanto esos sistemas

intuitivos de estructuras formaban allá en sus subconscientes. No eran aquellos amables receptores siquiera medianamente intelectualizados como para explicarse semejantes sutilezas, de sospechosa analogía con teorías que el desquicie metafórico me ha permitido convertir en Tablero de Ifá. Tampoco estoy seguro de que su devoción permanezca al conocer que mis creaciones son solo la sustentación de lo que ellos mismos hubieran concebido. Ni, según supongo, en aquel momento hubiera podido exponer la teoría con tanta claridad.

Me divertía, simplemente.

Era muy divertido adentrarse en la suerte emocional del auditorio con una alegoría, de forma que nada revelara esa especie de trucaje, esas vueltas retóricas que bifurcan sus orientaciones y, a la vez, lo ciñen. Emitía solo la historia consumada, la narración constante y sonante. Una parodia no era una parodia, sino un relato con plena independencia de motivos. Sus fundamentos, impensados, azarosos, nacían y se completaban allí mismo. Fue un juego sencillo. Ingenua voluntad de un hombre solo e indefenso ante los instrumentos de trabajo que van cobrando una monstruosa independencia, hasta volverse, para devorar a aquel que los ha alimentado. El leñador que ha logrado manejar perfectamente el hacha, contempla la caída del árbol, y su desguazo en astillas uniformes, como un vencedor auténtico, como un rotundo dueño de su oficio. Así mismo el carpintero; el constructor; el mecánico, y hasta el soldado. ¿Por qué entonces un hombre que solo narra historias, un vigilante nocturno que lucha por hacer agradables sus noches de mísero salario, es obligado a ser vencido por los propios

instrumentos que tan espléndidamente ha manejado? Esa pregunta, duro sea, es apenas análisis, doloroso avatar de la retrospectiva.

De sus labios brotaron las palabras preñadas de sentido. Pudimos comprenderlo porque El Elegido nos hacía sus apóstoles, sus fieles seguidores. Desde un gesto en silencio, hasta toda una frase, cada una de sus comunicaciones rebosaba en mensajes.

Aquel, de aquellas largas madrugadas, fue siempre un juego simple.

Las divertidas ambiciones que noche a noche lograba consumar sustentan el valor de esa simplicidad. Demostrarme —quien escucha está libre de toda responsabilidad deconstructiva— que los presupuestos comunicacionales de las teorías occidentales, por ejemplo, podían ser ejecutables para, en la próxima noche, probar con indolencia que esas mismas tendencias pudieran ser arrasadas con un verbo, se convertía en condición *sine qua non*, en único objetivo sustentador de narraciones tan ingenuas y alejadas de presupuestos sublimes a la sociedad. Tal vez pude pensar durante el prolongado tiempo de éxito que mi juego ejercía las funciones de una prédica, aunque solo como una posibilidad remota, pálida e intrusa. Nada, si no la aparición estrictamente mágica de los vocablos, sustentaba el heroico decursar de las historias. Mis intenciones giraban solo alrededor del Tablero de Ifá que construía. Mi fe del narrar se alimentaba de descubrimientos acaso inadvertidos que solían acudir en el acto mismo del lenguaje. Fieles, satisfechos, envueltos

en una emoción que era casi metáfora, aquellos vigilantes, mis imprescindibles colegas en uno y otro oficios, consumían el producto en su intención directa, ajenos también a cualquier maquinación elaborada desde las mesas intrincadas de los especialistas, y aun desde mi pobre y simple mesa. La insoportable soledad y el sueño arrasador se deshacían: eso era todo.

¿Por qué no actuar, entonces? ¿Por qué no asir la misión que nos legaba?

Tampoco tuve conocimiento inmediato de sus actos. No es la vida exterior lo que me anima, lo he dicho ya otras veces, sino los múltiples senderos de la lengua, el mapa sorprendente en que se inscribe el discurso literario. Si alguna información dispersa llegó hasta mis oídos debió ser olvidada en el momento; nada podría relacionarla con aquellos relatos que yo les transmitía. Sus vidas, lo he reconocido con cierto sentimiento de culpa a partir de esta vorágine, no fueron mi interés. Hoy sé, además, que la humildad del tono y la proclamada sencillez protegían mis visos de arrogancia y les hacían entender como un atrevimiento toda intención de contarme la más mínima anécdota. Perdida la presencia de mi Primer Receptor y ganado un público amplio y receptivo, dejé de ver los individuos o, mejor: mi individualidad fusionó tantas personalidades en un ser de entendimiento dócil, adaptable a los caprichos de mis búsquedas. Jamás me pareció necesario conocer cuál era el rumbo de sus vidas fuera de aquellas horas de vigilia. Es cierto que se organizaron, fundaron un movimiento y diseñaron su

lucha a partir del altar que con mis relatos levantaron. Pero yo nada supe. Me habría parecido absurdo y sin sentido. Solo cuando me vi en medio del proceso judicial comencé a tener nociones del asunto. Ello, sin duda, llevó a los primeros interrogadores a calificarme de cínico impasible, aunque no sé el porqué como lema agregaban la frase de «intelectualoide con ínfulas de barataria».

Los detalles de cómo ocurrió todo el proceso han sido divulgados aunque —lo he repetido en entrevistas— en franca tergiversación de sus motivos. Sería fatigoso hacer una vez más la relación y arriesgaría la completa divulgación de este testimonio. Según dicta el orden, debo referirme al momento en que renuncié a todo derecho de narrar (anterior al de mi detención, lo cual demuestra la falsedad de las noticias que aseguran que fui sorprendido en plenas funciones de predicador). El motivo de la renuncia se fundamentó, apenas, en un hallazgo lingüístico. El discurso, me dije, lleva en sí mismo el tablero interminable de las significaciones; y ese tablero es un monstruo, un dragón que va regenerando sus cabezas hasta calcinarlo todo. Hubiera sido estúpido salir a predicarlo, no solo porque el monstruo es invencible, sino porque yo mismo era el monstruo. Renuncié al puesto. Me quejé del salario y de las pésimas condiciones de trabajo; del catarro y la alergia. Hubiera sido imprudente decirles la verdad. No suponía, honestamente, que esa renuncia sería un detonante. Más bien intentaba retirarme en plena discreción; inadvertido.

Y comprendimos el justo sentido de la vida, en acción y pensamiento. Así de claras surgían sus doctrinas. Nos lanzamos al

tiempo, a salvar nuestros apóstoles, a preparar el terreno de despegue. Como fieles de su verbo elegido, nosotros somos solo el don de su parábola infinita. No importa que sobren los incrédulos, porque si el mundo no estuviese acosado por ellos, no haría falta enviar a otro Elegido. Si el milenio de la parábola se abría ante nosotros, debíamos soportar el detonante. En el principio fue el cargo; y del cargo brotó la fe del verbo.

Después, se produjo la conocida ola de demandas. El país se estremeció por lo insólito, incapaz de comprender su lógica. Cuánto de organización subsistía detrás de aquellos actos sin concierto aparente. Qué inescrutable expediente de luchas y razonamientos brotó de ese silencio, de esas noches en las que quise espantar la soledad. De cualquier forma, aun hoy me es imposible detectar las incidencias de narraciones en cada uno de los actos cometidos por los miembros de esa activa organización. No comprendo, por más que han intentado demostrarme que miento, cuáles hilos conectan a aquellas anécdotas ingenuas con este cúmulo de acciones ya orientadas; a aquella abierta exposición con estos clandestinos empujes de los cevepistas (siglas que retraducen bajo una trascendencia que no me pertenece, como Cultura /y/ Vigilia /nos/ Protegen); a aquellos juegos retóricos con estas luchas sociales. Sé que sería más que un sueño para un fabulador hallar, siquiera una vez, su propio Aleph, o al menos aquel —no importa si falso— de Carlos Argentino Daneri, pero me niego a aceptar que lo haya encontrado. Adviértase que cuando Borges hace que sus devotos campesinos crucifiquen al inspirado lector del

Evangelio, la culpabilidad no debe recaer ni en el crucificado ni en sus crucificadores ni, siquiera, en el propio Borges, sino en la página en blanco, que lo mira con fuerza inquisidora y le exige una amplia lista de sus brujas y demonios a cambio de su insegura pero siempre posible expiación. Tampoco es posible que el Aleph lo encuentre a uno.

Parece absurdo, sin embargo, negarse a reconocer que la base ideológica de semejante movimiento laboral —alzado en demanda por la reivindicación y el resarcimiento de la imagen pública de los CVP, la intelectualización de sus filas y no sé cuántos puntos de agenda más— proviene de aquellas historias que yo conté noche tras noche. Parece insólito negarlo. Pero a mí solo me es posible afirmar que hice mis fábulas, primero, con la sana intención de mitigar el sueño y ahuyentar la soledad y, después, con el malicioso interés de erigir y desmembrar teorías indistintamente científicas. Y el monstruo, ese dragón que regenera y vuelve, es apenas un ser en el papel, una criatura hecha con viejas figuras de retórica; un personaje.

Así como aquellos que me escuchaban eran ajenos a mis secretas sutilezas, fui yo ajeno a las progresivas consecuencias que mis relatos provocaron. Mi culpabilidad, es obvio, no existe. He roto mi promesa de no escribir otra narración solo para dar testimonio. Sé, en este momento tanto como cuando lo descubrí, que es el propio discurso quien forma y conforma sus niveles de sentido. Pero ya mis opciones se han cerrado. La condena vendrá y aquellos que me veneran mientras yo los desmiento seguirán adorándome en su altar, como una

imagen que abre un nuevo rumbo. Una vez más la inquisidora página en blanco abraza el curso de mi vida. (¿De concederme un minuto de silencio en esta frase, estarían concediendo un minuto de silencio a mi existencia?) Y es ella quien me ha obligado a optar por el suicidio —irreversible a estas alturas, consumado y lacerando mis vísceras— y me ha lanzado a una carrera feroz contra mi propia promesa y a través de senderos que sé impracticables. Una última historia para testimoniar. Un intento baldío por traducir la realidad a un lenguaje que no la reconoce y que, a cada intento, la deforma. No pretendo expresar un acto de protesta, jamás sentido a pesar de los múltiples enojos, fingidos o reales; ni desmoralizar tanto a quienes con mis historias sostienen su fe, como a quienes actúan violentamente contra mí. Aun cuando algún rebuscador pretenda demostrarlo, tampoco persigo una puerta a la posteridad ni, acaso, un camino hacia la resurrección.

Si uno emprende un juego de muerte con la página en blanco, y pierde, el pago debe ser ineludible. El veneno que sube por mis venas y que ya comenzó a contorsionarme, es un líquido real, pero intangible, un camino invariable hacia la muerte, que no admite discursos ni estructuras. La página en blanco, ahora mismo, lentamente manchada con la letra, es un modo tenaz de mitigar el sueño y, mientras no se concluya, de ahuyentar la soledad.

Apenas me queda tiempo de vida para agregar a estas notas los manuscritos que han logrado salvarse, tanto del fanatismo de los demandantes que irrumpieron en mi casa en busca de los borradores, como del acucioso

—y tan correcto— registro de quienes efectuaron mi detención. El azar muestra, indolente, que las bases del mito y la leyenda se levantan sobre cimientos invisibles; y hará comprender que un hecho de mínima significación —como el rescate de estas fábulas, por ejemplo— puede hacer que la construcción toda se deshaga, como en un desafío a la fuerza de la ausencia.

Condenarlo, desde luego, será alzarlo a la gloria, reconocer por fin su condición. Seguiremos su ruta; rescataremos, por todos los medios, sus palabras henchidas de sentido, legadas no a nosotros que apenas fuimos elegidos como apóstoles, sino al futuro que, aunque una vez y otra vuelva a descreer, no podrá condenarlo hacia el olvido. Y su palabra, plena de mensajes, guiará nuestros pasos, y no será jamás borrada.

Tamar

Es uno de esos días de mala racha, de esos que nadie colecciona por la simple vergüenza de aparecerse al mundo con humos semejantes. Tamar se ha sentado en el sofá desvencijado. Está de cambiarse, ha escuchado decir ya tantas veces; pero nadie se esfuerza, porque saben que así es como él existe, como lo reconocen hasta un tiempo perdido en el pasado, más allá de su infancia, en cualquier vida anterior, si es que suceden. Se ha sentado en el borde del sofá, y ha hundido la cabeza en las rodillas, para sentir el castigo en la columna vertebral. Cuando el dolor se enfurece demasiado, se aferra a los tobillos con sus manos. Es su postura habitual para esos días de insufrible mala racha. Así, le es imposible pensar en nada más; solo el dolor, la incomodidad de la torpe posición, con el regreso al instante del alivio, tal vez con el ridículo deseo de que todos los malos pensamientos se borren con el vahído que sigue al despertar. Tamar no mide el tiempo de quedarse allí, doblada bajo la curva punzante de su espalda, pues le parece largo,

como la mala racha misma, y sería una indolente decepción comprobar que el reloj hace ínfimo el transcurso.

Amnón entra en la casa, un tanto enceguecido por la euforia, buscándola, derramando sus próximos proyectos. Para él, es uno de esos días de buen augurio, en los que podemos sentirnos en plena condición para mover al mundo. Cruza la puerta, la llama por su nombre y ofrece la última noticia en apenas un impulso.

—Si las cosas salen como esperamos —dice—, en unos días estaremos cruzando por encima del pueblo.

Entonces la descubre, inclinada en la punta del sofá desvencijado, pero le es imposible contenerse.

—¿Te lo imaginas? —continúa—. Un globo por encima del pueblo, y tú y yo en él, lanzando poemas, programas de teatro, resoluciones, planillas, la gaceta oficial y hasta papeles en blanco. Será un espectáculo magnífico, único.

Tamar libera entonces los tobillos. El derecho primero, enseguida el izquierdo, y después se incorpora. El mareo le devuelve una pared de extrañas dimensiones, unos muebles inquietos y danzantes, absortos en un ritual algo aburrido. Cuando pasa, y el vahído se marcha, la mala racha la obliga a recostarse al espaldar.

—Eres un soñador empedernido —responde al fin—. Un romántico que siempre logra enredarme en sus proyectos. Un cabrón soñador —agrega, y el malestar la conduce a aferrarse a una nueva acotación— como dice Rodolfo.

Amnón no la percibe aún, más allá, huyendo en sus proyectos. Solo capta palabras. Y continúa con sus frases de entusiasmo.

—¿Y qué dice Rodolfo, ahora que sabe que lo vamos a hacer?

Desde Tamar, perdida entre las grietas del sofá, responde apenas un gesto de tristeza. Él, sin atreverse aún a descubrir sus ojos, la ronda, en un gesto de euforia teatral, esperanzado hasta el delirio.

—Haremos el *performance* del siglo en este pueblo —le susurra.

Se detiene delante de sus piernas y, con gesto firme, la toma, la levanta, la hace girar entre sus brazos, la eleva como una bandera en la victoria misma, la retiene en lo alto unos segundos. Después, la devuelve al sofá.

—Dos locos —dice, mientras— a riesgo de ser arrastrados por el viento, y a riesgo de caer en el vacío. Será la más fuerte emoción de nuestras vidas, ¿no crees?

Ella asiente, segura de que sí, de que bien puede ser la aventura de sus vidas, sin advertir que ese simple ejercicio de dejarse llevar ha comenzado a morder su mala racha. La mirada de Amnón, en cambio, percibe el movimiento. Entre ellos, con apenas un gesto se puede conversar.

—Peleamos —explica al fin.

—¿Papá y tú?

—Rodolfo y yo. Una vez más.

La mala racha comienza a replegarse, y Tamar la apresura con palabras, justo ahora, que su hermano la escucha, de pronto ajeno a sus proyectos, libre de entusiasmos, de impulsos de volar sobre ese pueblo que soporta el transcurso de la nada con paciencia de tribu satisfecha.

—Atada estoy a un círculo vicioso —le confiesa.

Siempre hay nuevos reproches, porfías que se reaniman. Siempre hay algo que marca una ruptura, que

destruye los sueños. Algo dice de pronto Aquí me quiebro, y la norma es arder en discusiones.

—Discutimos —cuenta, como si nunca antes lo hubiera revelado—, nos lanzamos sandeces en el rostro, renegamos hasta rabiar uno del otro...

—La infalible teoría del cubo de mierda.

Ella corta el relato, sorprendida. ¿Acaso nunca antes ha contado a su hermano esas riñas amorosas? ¿O es que él no la escucha, algunas veces?

—Es una tesis de Gloria —aclara él—. Cuando una pareja se cuelga del cuello un cubo lleno de mierda, para ir mojando la brocha al menor chance, para ir untándola al otro cada vez, hay poco que arreglar.

De momento, Tamar no puede decir si había estado pensando que se iba a escapar la depresión, o si era solo una finta para hacerla volver a los motivos. ¿Por qué al enfrentamiento seguían las ganas de arreglarlo? ¿Por qué se hacía perfecto el placer de la violencia mitigada en la búsqueda del otro, la disolución de la rabia en la virtud del sexo?

—Debo tener —advierte, atrapando en un vuelo la ironía— un olor más que insoportable.

Amnón sonríe; y la olfatea, de los cabellos al vientre, casi rozando la blusa en su descenso.

—El cubo de Rodolfo era de mala calidad —dice, al final de su gesto de sabueso—; aún te acompaña tu olor de niña salvaje y protegida, de hermanita indoblegable y dócil —agrega, sin saber ya qué frase lo acompaña, tal vez sojuzgado bajo su olor efectivamente salvaje y protegido, indoblegable y dócil.

Cuando por fin ese otro instante de olor inatrapable lo devuelve al momento de hallar buenos consejos, de escuchar los problemas concretos de su hermana, atina a preguntar:

—¿No se gastan en esas discusiones?

Ella vuelve a moldear su abatimiento, apresura en su mente los últimos sucesos, convoca a aquellos otros, deformados ante el juego constante del olvido. Tal vez se alimenten de tales discusiones, necesiten de toda esa violencia, de ese odio anterior, para hacer el amor con la fuerza imprescindible. Tal vez se estén aferrando a esas rupturas para no sucumbir en la monotonía. Saber: ese es el verbo que va abriendo las puertas, dice Amnón. ¿Por qué dejarse dominar si tan bien se reconocen? Saber, también, es el verbo que va destruyendo los caminos. Con razón no se explica por qué sigue aferrada, dependiente del ciclo de discordias.

—¿Sabes? —lo detiene, una vez más intentando exorcizar la depresión con una simple frase—, me gustaría que las cosas me fueran como a ti y a Gloria.

Pues es normal. Lo más normal del mundo, se atreve a responder. ¿Se puede ser normal si uno es feliz? ¿Se puede, si en nada se delata la ingente rajadura, el abismo en que danza la pareja? ¿Y si en esta locura de tripular un globo para inundar el pueblo de papeles inútiles, y ver cómo la gente es capaz de asombrarse más que si fuese la primera vez, ella comprende, acompaña, alienta, parece eso normal? Sí; le gusta jugar a los antagonismos. Le gusta, al comprenderlas, jugar con las contradicciones, perderse en los deslices de aquello que puede ser posible, de aquello que viene de la duda. ¿Por qué no

obedecer a su capacidad de entendimiento? ¿Por qué no darlo todo a la inquieta inteligencia?

El tiempo de castigo, inclinada en la punta del sofá desvencijado, le ha dejado un dolor en todo el cuerpo. Le vibran los tobillos, los dedos de las manos, el torso, las rodillas. Tamar, entonces, acaricia a su hermano. Con ternura, invoca las veces en que él le ha recordado que entender la situación no es dominarla, aunque, desde luego, sin comprensión es difícil llegar a algún dominio.

—Entrégate, Tamar. Entrégate.

—¿A quién? ¿A qué?

—A ti, desde luego.

—A ti, entonces.

Lo contempla, su rostro algo inseguro, sus ojos en lo hondo del mundo, como si fuesen un camino infalible hacia el futuro, sus labios un temblor que se humedece.

—Tú eres mi imaginación. Mi fuerza. Caigo, o creo que voy cayendo, y somos tú y yo los que volamos sobre la ciudad, tú y yo los que soñamos con demostrar que el mundo cambia más en su interior y que despertar a ese cambio no es otra cosa que soñar.

Como en un vivo ritual de la imaginación, entre juegos infantiles e ingenuos sobresaltos, Tamar y Amnón viajan en globo; sienten el aire que viene hasta sus rostros; lanzan objetos por la habitación, que es la tierra, debajo, plena de seres asombrados. Van reclamando, en cada nueva acción, un inventario de asombros, un forcejeo entre la memoria perdida y el presente que atrae la verdad de esa memoria. El dolor en el cuerpo, la depresión punzante, la idea de mala racha, caen también desde lo alto del sofá, que se lamenta en sus muelles laboriosos,

raídos, permisivos. Sudan; transpiran en su juego, según se adentran en el agotamiento. Hasta que al fin, un tanto hastiada, Tamar toma una ducha.

—Soñar es la única forma de cambiar el mundo —advierte, ya debajo del chorro.

Y él le responde, anclado en el sofá desvencijado, extenuado después de tanto esfuerzo, pero sintiendo que nada de cansancio detiene su imaginación:

—Somos un sueño. Un sueño tremendo que engulle cuanto existe.

El agua baja dejando un brillo de perlas en los senos, el vientre, las nalgas, los muslos, las rodillas, los pies descalzos de Tamar. Sí. Un sueño en el que las figuras soñadas se arrancan de un tirón o se arraigan para siempre. El espejo, pequeño, le devuelve el perfil de su figura, llena de gotas que sueñan eterna esa turgencia. Los pezones se inclinan, como dos girasoles de Van Gogh, y hurtan su imagen al reflejo que brilla en la pared. No hay toallas tampoco en el estante. La bata de casa bebe, palmo a palmo, las gotas de sus poros. Son manchas de humedad lo que refleja. La paz del cuerpo que ha echado en el tragante las incómodas cargas. Más allá de la puerta, él deshila sus muchas reflexiones, por delante de nuevo la ansiedad, el sueño esperanzado.

—Me gusta verte feliz, seguro de que todo saldrá bien —le dice mientras baja a los hombros sus cabellos mojados.

Y él responde que son inexistentes; solo punto de vista y circunstancias. El bien, el mal. Aquí está la toalla, hermana mía, espléndida en tus manchas de humedad, tremendos los pezones que llaman sin ceder, los pechos

como piezas que habrá que atesorar. No importa qué ni cómo se decide; algo le roba las fuerzas y lo llama a perderse en ese cuerpo. Cuando sus manos palpan la cintura y las nalgas, el cabello mojado, los pechos como estatuas que vienen a la vida en el contacto humano, el cuerpo de su hermana se le ofrece distinto, ajeno a las caricias, al contacto que siempre han compartido. Cuando los labios de Amnón juegan con ansia entre los labios (mayores o menores, solo el sofá desvencijado pudiera decir cuáles) de Tamar, ella siente que nuevos sobresaltos la circundan, que todo mal presagio se derrumba en apenas un grito de placer, que eso debe seguir hasta el más alejado fin del tiempo, que ha descubierto la manera precisa de hacer puros añicos toda mala racha para salir al mundo con el rostro de paz que se merece. Allí, sobre el placer, solo piden que el acto se haga eterno, que las fuerzas asistan al deseo, que sean grandes en cada nuevo intento. Solo después, cuando el sofá cruje en la paz de sus respiraciones, se reconocen de nuevo como hermanos; se palpan esperando que una rama de fuego los devore.

—¿Somos nosotros, Tamar?

La voz de Amnón parece un casco hueco, un eco irreal, acaso una leyenda no muy bien conservada en la memoria. La de ella, en cambio, es como una campana que vibra desde el aire.

—Somos un sueño. Hemos sido un instante de sueño en la infinitud del universo.

—La vida es cruel. El sueño en que vivimos es inmensamente cruel.

—Nada ha sido para mí tan hermoso como este instante en que podía descubrirte buscando mi interior.

¿Cómo es que ella no teme?, él se pregunta mientras siente que todo ha sido real, que nada ha sido uno de tantos sobresaltos de su imaginación; mientras sabe que el placer aún descansa en su interior y que bastaría un nuevo roce para recomenzar, siempre recomenzar, pide en su mente. Ha sido —¿por qué ese capricho de no reconocerlo?— un descubrimiento preciso del amor. Lo anterior, esa lista infinita de mujeres, se ha esfumado, se ha roto sin que nada lo detenga. Ningún proyecto sobrepasa a este instante de pulsar la feliz respiración en el pecho desnudo de su hermana.

—En ti me he descubierto —le confiesa.

Su voz es un susurro, pero sabe que ahora puede hablar, que ella está allí, esperando por todas esas frases.

—Me gusta verte así: feliz, desnuda.

—Nada comprendíamos, Amnón, hermano mío.

—Mis años, hasta aquí, han sido apenas pesadillas.

—La pesadilla comienza en el próximo minuto, compréndelo.

—Comprender es ir cerrando los caminos. Saber es verbo que destruye.

—Saber abre las puertas. Y, siempre que abres una puerta, se destruye el espacio, se quiebra la pared, pero el camino se alza, la distancia se ofrece.

—¿No sientes culpa, entonces?

—La culpa es también parte de la vida, parte del sueño en que vivimos. Uno de esos elementos primarios que ningún ser pensante elude a fin de cuentas.

Con los ojos se palpan. Se miran con las manos. Con sus labios olfatean en los vellos erizados. Y se escuchan a través del sentido del olfato, en un caos ancestral

de sinestesias. Aunque esta vez no es el sexo, sino el tacto, quien impulsa sus gestos, su lenguaje, que es de mudos allí, antes de abrirse de nuevo a las palabras.

—Ya no seremos simplemente hermanos.

Cuando él rompe el silencio, no sabe si la culpa aún hace trampas en su voz, o si proyecta una nueva aventura hacia el futuro. Cuando ella le responde no vislumbra el porqué de sus temores, solo atrapa esas frases que él ha dicho en momentos más seguros.

—Cuando ganamos algo, también hemos perdido algo —y el tono cambia entonces, se hace firme—. ¿Te arrepientes?

—No.

—¿Lo harías de nuevo?

—Sí.

Se incorporan, henchidos por el vicio de encontrar, de conocer, de dominar, con la razón, las situaciones. Buscan sus ropas. Se visten en silencio. Al concluir, la habitación ha crecido, la casa se ha llenado de trastos y denuncia un desorden insufrible; y el sofá se ha hecho viejo, a punto de ser destinado al basurero. Amnón deja el botón de su camisa y se inclina, a recoger los papeles regados por el piso.

—Papá entrará por esa puerta de un momento a otro —dice.

Tamar evade los vuelos del espejo. Recompone algún mueble, lo coloca en el sitio que el hábito le asigna. Sin mirar nada en sí, va con sus manos a todos los objetos dispersos, algunos descompuestos para siempre.

—Primero va a llegar mamá, con el cuento del día y las pequeñas compras conseguidas —dice.

—También vendrá Rodolfo, noble, dócil, porque tu agresividad lo convierte en un niño.

—Tampoco debe faltar Gloria, tan incapaz de imaginarnos.

—Los sueños son vertiginosos, y están tan llenos de caprichos que pueden parecer incoherentes.

—Pues ahora somos casi un sueño. Un juego de símbolos guiados por un pobre idiota.

Es la vida. Un sueño hecho de símbolos que van a ser indetenibles. Muchos. Interminables símbolos encadenándose en una red que busca el infinito. Símbolo tras símbolo se gasta la existencia. Nadie será, para siempre, una señal, un indicio, un axioma constante, sino el sostén de esos signos que crecen sin reconocerse. La fragmentación, la efímera existencia de un signo en el espacio, de un símbolo en el tiempo. Es la vida. Y eso es lo que apenas hemos hecho, piensan, aunque ninguno reconoce su aporte individual, su apropiación indebida. Solo penetran en el campo minado que ofrece el pensamiento, buscando liberarse de una culpa que no los abandona a pesar del febril conocimiento, del dominio de todo en el acto de saberlo. Tamar sabe que es cierto, porque así lo han pensado. Amnón sabe que nada será por más de unos segundos, que el amor, una vez levantado en el saber, borra el conflicto. Pero Tamar no se rinde, ella sabe que debe preguntar.

—¿Y nosotros, nos entregamos al conflicto, o nos lanzamos al amor, uno en el otro?

—El amor es un salto perdido en el vacío.

Pobre respuesta. Se avergüenza. Las palabras se han ido; quedan aquellas gastadas por el uso, desvencijadas,

a punto de partir al basurero. Tamar vuelve al borde del sofá. Se inclina sobre el cuerpo. Cierra sus manos sobre la piel de los tobillos.

—O un salto de uno al infinito —agrega, desde allí, ya sin reserva ninguna de palabras.

Penélope, la actriz

Penélope, la actriz, se detenía a tejer mientras la filmación se adentraba en sus recesos. El entramado del manto iba alcanzando mayores dimensiones y, conocidas sus furias repentinas y el alcance de todas sus diatribas, nadie se atrevía a interrumpirla. En ocasiones, los descansos, las pausas, los trajines del *set* a incorporar, se extendían sin que nadie presintiese límites. Si bien los técnicos se entretenían con abulias ligeras, meriendas, comentarios insulsos y expectativas de aventuras con actrices de reparto o acaso extras fugaces, el personal ejecutivo se alteraba, transmitiendo a cada uno un clima tenso, regido por el peligro de que allí mismo el filme fuese al diablo. La actriz continuaba tejiendo centímetro a centímetro bajo la regularidad insaciable en que fluían sus agujetas. Al levantar la vista hacia un punto vacío en su mirada, tal vez el vuelo salvador de esas hebras ceñidas en sus trampas, la señal se extendía a todo el equipo, sin frases, con mensajes que nunca repetían y miradas veloces. Cuando el manto, las agujetas y los conos quedaban

en su cesta de mimbre, cada elemento de la filmación se hallaba listo, esperando porque ella arribase a darle vida. Eran largas jornadas; filmaciones casi siempre felices, de resultados que hacían olvidar toda molestia.

Pero otras veces, el tejido acababa prontamente, muy antes de que nadie sintiese su descanso, sin que los técnicos y ejecutivos hubiesen concluido sus faenas de preparación. Entonces era el caos; la actriz se acaloraba; se le alargaba de más el tiempo de entrar en situación para enfrentarse a cámara. Podía amenazar con desbancarlo todo, en su rol de *vedette* o, sin poder desprenderse de su interiorización, actuar según lo hubiera hecho el personaje. En ambos casos el pánico se abría como un manto tejido alrededor de la atmósfera; las miradas de todos se hacían duras, agresivas, portadoras de un ansia inescrutable. El saldo era el desastre mismo. Nadie entraba a su tiempo, nadie imprimía al parlamento el tono justo, nadie actuaba con el ritmo preciso. Y ella, herida en su ingente sensibilidad, reaccionaba con bruscos ademanes, miradas cortantes, palabras de apenas un gruñido.

La prensa nacional barajaba sus chismes con mecánica invención, discretos, obviamente. Vaticinaban un largo aburrimiento; coreaban un rosario de crudas diferencias entre la actriz, el guión y el director; o tejían, ellos también, recuerdos y romances que las personas leían con torpe ingenuidad.

En el exilio, los columnistas se aferraban a su imaginación codificada, llena de estereotipos procaces e increíbles succiones ideológicas. Los chismes eran otros, pero en el fondo podían agruparse en un bulto improcedente con aquellos que, dentro, corrían de boca en boca.

De cualquier modo, la filmación avanzaba lentamente, obstruida por lluvias, carencias y sainetes, inevitables a pesar de la fuerza de su probabilidad. Y el filme sufría cambios, adiciones, conjeturas y traumas. Desconfiada, la institución productora llamaba a reuniones, convocaba a su Concejo económico y, sobre todo, hacía informes de mucho triunfalismo. Penélope, la actriz, apenas respondía a ese alud de peligros, presiones, suspicacias. Sus reacciones se limitaban al tiempo de filmar, al momento inmediato de llevar adelante la representación. El mundo exterior se le hacía indiferente. Tejer: solo tejer con paciencia entre las angustiosas filmaciones, en los días, o semanas, de insoportable tempestad; durante las forzosas, casuales y constantes vacaciones planteadas por la institución de patrocinio, o en los recesos de reuniones reclamadas por sus tantas membresías, militancias y cargos. Cada escena sufría un distanciamiento que la permeaba de viva autonomía y, cada vez más, ella se demoraba tejiendo un manto que, en ello había insistido la prensa hasta aburrir, jamás se terminaba durante el tiempo de rodaje.

Un día, al contemplarla tejer, el joven director se preguntó: ¿Qué esperaba realmente? ¿Qué lejanos parajes retenían a ese algo (un galán ignorado o una añoranza entrañable de estar lejos, decían los columnistas más chatos, más plagiarios) que forzaba los días de la espera? Estaba seguro de que no se trataba de puro aburrimiento, de que no lo hacía solo para volcar en el simple entramado del tejido el *stress* acuciante e, incluso, de que no abandonaría su película aun cuando gritara de rabia y lo jurara. Estaba atrapada, como él. Ambos sabían que la

vida les iba en ese filme, más allá de concursos, críticas, presupuestos y ganancias. A fin de cuentas, él también se extendía con pretextos de cambios o adiciones, o con firmes negativas a escenas concluidas, aludiendo a desperfectos técnicos o a pobre dramatismo.

La poesía del filme lo atrapaba, sí, pero también las cadenas de su industria, los cotidianos desplantes, la interminable discusión alrededor de los recursos. Un creador se pone a prueba ante un género grande de dificultades, filosofó ante el aguerrido reportero que había conseguido detenerlo, grabador en mano. Y había pensado, callándolo, que todo ese arsenal de creaciones respondía al temor de enfrentarse al producto terminado; que las dificultades y obstrucciones le ayudaban, y mucho, a mantenerse en la esperanza de una obra de mérito, grande, indiscutible. El camino mismo de crear es quien me atrapa, dijo, absorto, pero ya el reportero se marchaba, sin escucharlo, feliz de su exclusiva. Y a Penélope, entonces, la atrapa el ciclo perenne de la espera. Su tejido no dice, significa; no devela, sino que engulle todo pensamiento.

Se acercó a ella, ante el horror del equipo ejecutivo que presintió una catástrofe. Con suavidad, tocó con sus manos el tejido y, llevado por la tenue electricidad que sus fibras transmitían, lo retiró para mirar directo al rostro de la actriz. Como en uno de esos muchos filmes, la besó, primero buscando un roce tenue de los labios, después ladeando el rostro para esgrimir la fuerza penetrante del impulso. Ella se dejó conducir unos instantes, tal vez tomando el peso a la respuesta, hasta que todo

fue acción desesperada, gestos de apremio, contorsiones, desnudeces, descubrimiento físico y gemidos.

Por suerte, el estupor general llevó al equipo técnico a actuar con mecanicidad, y filmaron la escena, como si todo no fuese más que un nuevo cuadro. Al final, con la vergüenza creciendo en las miradas, cada uno entendió que el proceso de rodaje iba a su fin, que en poco tiempo los cines podrían vanagloriarse de su estreno. Aplaudieron, y cada uno cargó con sus equipos, ordenó sus instrumentos, cumplió con sus deberes rutinarios. Conversaron de cosas sin sentido y hasta aludieron al alto valor de la pequeña escena. Pero antes de partir a otras demoras, la voz del director, desde el megáfono alto, detuvo la andanada.

—En tres días filmamos en la playa; será la última escena —dijo.

El movimiento se tornó vertiginoso, pues cada uno partía hacia su rol y no hacia el vacío que deja el producto terminado. No tres, sino diez días después se concentraron en la playa para la escena final. Penélope tejía en el asiento del auto, en su caseta personal, bajo la sombra de su manta-sombrilla mientras sus pies desnudos jugaban con la arena. Junto al canasto de mimbre yacía el libro del guión, cerrado siempre. El joven director fingía chequearlo todo una vez más, invadiendo el terreno de asistentes, ejecutivos y técnicos. De vez en vez, los numerosos fotógrafos que habían acudido para atrapar las instantáneas de ese último día, lograban captar aquella angustia acaso imperceptible en el rostro del joven director.

¿Qué nos queda después de esta agonía creativa, de este delirio de buscar siempre la gloria?, se dijo, justo en el instante en que Penélope alzó la vista y dejó en la canasta el manto, las agujetas y los conos. También el guión se quedó allí, dormido y sin sentido, mientras todo el equipo se alistaba, con las señales precisas y continuas. Ella vino hasta él; lo contempló un segundo y, sin permitirle hablar quién sabe con cuál señal recóndita, lo tomó de la mano y lo guió hasta el mar por el camino de tablas del gastado espigón.

La filmación los siguió, con regia disciplina, con vivo dinamismo. Al final, una patana curtida por el tiempo dejaba que el oleaje sereno jugase con su fondo. Descendieron, él con un salto, ella apoyada en su mano algo galante, algo tosca en el acto del esfuerzo inmediato y efectivo. Alrededor, los botes y las lanchas de aseguramiento, el despliegue tremendo de la filmación. La actriz le pidió al director que soltase la amarra, que la dejase flotar exactamente sobre el mar que, en la edición, se vería inmenso e infinito, sin posible horizonte. Para no perder la costumbre de hacer cambios, él se atrevió a proponerle que ella fuese tejiendo, como en los intermedios, en la patana abandonada. Ella aceptó, neutral en su expresión, y ordenó que le llevasen su canasta de mimbre.

—Ahora tú te retiras —indicó al joven director, amable pero firme—; quedaré sola en la patana, a la deriva, mientras ustedes filman.

La orden se cumplió en unos segundos y la voz de ¡Rodando! impuso un gran silencio a todo el mar. Fue posible mirar a su tejido con toda propiedad, sin la ansiedad de su futura decisión. Verla allí, tejiendo a un ritmo

uniforme en la patana angosta, provocó en cada observador una tranquilidad pasmosa. Era la paz, el encuentro con el sentido más pleno de la vida; la realización de toda expectativa existencial. Penélope tejía, simplemente tejía mientras la vieja patana flotaba mar adentro, apacible también, pero sin detenerse.

Acostumbrado como estaba a seguirla en sus acciones, el personal de filmación continuó su trabajo, sin perder un detalle, hallando, cada vez, un plano refrescante, una expresión audaz, una mejor fotografía. No importó que llegaran a alta mar, que se vieran arrastrados por furtivas corrientes, que algún escualo intentara la aventura de acercarse, que las toninas saltaran muy de cerca, jugando con la estela o con los giros violáceos de la luz artificial sobre la superficie. No importó que lloviera, porque allí estaban las lonas y el aseguramiento exacto, ni que el sol se encimara con desidia; mientras ella tejiera, todo el equipo respiraba pendiente del ritmo de sus manos sobre el claro entramado; y esperaban, tal vez provocando que el trabajo constante no advirtiera sobre la posibilidad de que el filme fuese al diablo. Así, la filmación en pleno fue una isla flotante, fantasma, apacible en su viaje alrededor de la patana gastada por el uso en que Penélope, la actriz, tejía sin detenerse, esta vez no entre filmaciones, sino para que todas las vueltas del hilo y la agujeta fuesen captados por los lentes incansables y ávidos.

Es de esperar que el suceso tuviese implicaciones disímiles en las febriles parcelas que bullen tierra adentro, cada una según sus intereses, según los *ratings* u objetivos de sueldo o de poder. La isla flotante era filmada

en todos sus detalles; cada imagen ponía en vilo a espectadores de múltiples idiomas, dispuestos a aseverar lo que dijesen sus pantallas. Pero, mientras ella tejiera, nadie debía responderles; no habría declaraciones, solo guerras, informativas e ideológicas, alrededor de esa última escena, fantasma entre las olas, el sol y las tormentas. Solo el manto tejido iba creciendo y, cuando se hizo un montón ya demasiado alto, el director tuvo la idea de desplegarlo, por encima de todos. Así pudieron librarse de la guerra del éter, lentamente, con el imperceptible fluir de la rutina, bajo la idéntica escritura que iban trazando las vivas agujetas de Penélope, la actriz.

Nadie se hundió en el desespero, ni siquiera los técnicos pues, al no haber extras ni actrices de reparto, apenas farfullaban mecánicas abulias. El tejido creció, hasta cubrirlo todo y, si bien las tomas exteriores, las de los aguerridos esclavos de la información, mostraban una especie de base protegida, de pequeño planeta y hasta de paraíso cerrado a las contaminaciones del ambiente; desde dentro, todo era distinto, regido por el lente, por la pura acción dramática. Fue entonces cuando Penélope, la actriz, alzó la vista hacia el vacío y, un momento después, dejó en su cesta de mimbre el extremo del manto, las agujetas y los conos. Con una orden más que presentida el joven director cerró la filmación y cada uno se enfrascó en sus tareas habituales, después, desde luego, del aplauso cerrado.

—Bueno —dijo Penélope al fin—, ya podemos volver a la existencia.

Recogieron su frase los cronistas y, en el instante, la patana gastada comenzó un hundimiento paso a paso.

Ella saltó, cuando algún asistente logró la reacción de rescatarla, sin salvar su canasta que hizo algunas burbujas al dejar la superficie. Pero el manto era amplio, y cubría la filmación de modo que todos descendieron, en la burbuja de estambre, mientras el joven director decía a los periodistas:

—En el mar, es cierto, el tiempo es otro.

Índice

7 Algunos consejos para llegar al error
ROGELIO RIVERÓN

15 El paciente espejo del pirata José Ramón Pérez Pita

33 Curriculum

45 El dulce aroma de la postmodernidad

61 La neblina es un testigo que al ser llamado a declarar se esfuma

81 Los graduados de Kafka

89 Predicciones

99 Odelí

111 Bromas de Kundera

121 Última agonía de La Garza

129 Cambio de impresiones

135 Cuarteto de Roma
155 Canalizo
167 La sombra de la inercia
171 Los amantes de Pompeya
183 Crucigramas
195 Ciclo vital
207 En el principio fue el trabajo
221 Tamar
233 Penélope, la actriz

LIBRERÍAS DEL PAÍS
DONDE PUEDEN ADQUIRIRSE LOS LIBROS PRODUCIDOS POR EL SISTEMA DE EDICIONES TERRITORIALES

Pinar del Río

VIET NAM HEROICO
Calle Martí, No. 49, entre Gerardo Medina y Recreo
48 758035*

La Habana

PUNTO Y COMA
Ave 41, s/n, entre 56 y 58, San Antonio de los Baños
47 383271

Ciudad de La Habana

ATENEO CERVANTES
Bernaza, No. 9, esq. a Obispo, Habana Vieja
862 2580

EL ATENEO
Línea, No. 1057, entre 12 y 14, Vedado
833 9609

Matanzas

LA CONCHA DE VENUS
Céspedes, No. 551, esq. Coronel Verdugo, Cárdenas
45 379496

* Para llamar desde Ciudad de La Habana a otras provincias debe anteponer (0), para llamar desde cualquier provincia a Ciudad de La Habana (07) y para llamar entre provincias (01).

Villa Clara

Pepe Medina
Colón, No. 402, entre Gloria y Mujica, Santa Clara
42 205965

Cienfuegos

Dionisio San Román
Ave 54, No. 3526, entre 35 y 37
43 525592

Sancti Spíritus

Julio Antonio Mella
Calle Independencia, No. 67, entre Callejón del Cero y Ave. de los Mártires
41 324716

Ciego de Ávila

Juan Antonio Márquez
Calle Independencia, No. 15, entre Simón Reyes y José María Agramonte
33 222788

Camagüey

Mariana Grajales
Calle República, No. 300, entre San Esteban y Finlay
32 292390

Viet Nam
Calle República, No. 416, entre San Martín y Correa
32 292189

Las Tunas

Fulgencio Oroz
Calle Colón, No. 151, esq. Francisco Vega
31 371611

Holguín

Ateneo Villena Botev
Calle Frexes, No. 151, esq. Máximo Gómez
24 427681

Granma

Ateneo Silvestre de Balboa
Calle General García, No. 9, entre Canducha Figueredo y Antonio Maceo, Bayamo
23 424631

La Edad de Oro
Calle José Martí, No. 242, esq. Antonio Maceo, Manzanillo
23 573055

Santiago de Cuba

Amado Ramón Sánchez
Calle José Antonio Saco, No. 256, entre Carnicería y San Félix
22 624264

Guantánamo

Ñancahuasu
Calle Paseo, No. 555, entre Luz Caballero y Carlos Manuel de Céspedes
21 328063

Isla de la Juventud

Frank País
Calle José Martí, s/n, esq. 22, Nueva Gerona
46 323268